El viaje involuntario de un suicida por afición

EINZLKIND

Nuevos Tiempos **Siruela**

EINZLKIND

El viaje involuntario de un suicida por afición

Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Jueves
Viernes
Sábado
Domingo
Lunes
Martes
Miércoles
Jueves
Notas
Créditos

einzlkind

El viaje involuntario de un suicida por afición

Traducción del alemán
de Javier Sánchez-Arjona Voser

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

El viaje involuntario
de un suicida por afición

Para Katja

Jueves

1

Harold siempre había creído que, después de morir mamá, heredaría el chalé y podría ahorcarse en la entrada dos veces por semana. Nunca pensó más allá. Pero cuando murió mamá no había quien pagara las deudas y, si el tío Derringham no se hubiera enfrentado al papeleo con la valentía de un héroe, quién sabe qué habría sido de Harold. Por suerte, el tío Derringham consiguió poner a su nombre la casa de alquiler de Golborne Road y acoger a Harold en el bajo en unas condiciones bastante buenas. Entretanto, Harold ha aprendido a valorar la seguridad, la retirada y lo eterno. Alguna vez incluso la sintonía consigo mismo, además de con el mensaje de su delantal, en el que pone: «Me llamo Harold. ¿En qué puedo servirle?».

No es mucho lo que Harold puede hacer por sus semejantes. Tampoco éstos esperan gran cosa de él, y en un día como el de hoy el tiempo maltrata el buen humor de la gente, porque del cielo caen rayos que fulminan árboles. Sólo se oye lo que pasa. Verse no se ve absolutamente nada. No hay ventanas aquí abajo. Siempre ha sido así y, si se va a buscar algo bajo tierra, nadie espera encontrar nada distinto. La luz es artificial: inunda el pasillo desde el techo, se refleja y quiebra; en algunos rincones sólo brilla tenuemente, en otros deslumbra de forma sobrenatural. A los animales les da igual, ya no ven ninguna luz. Aunque el cerdo aún conserva los ojos. Brillan oscuros en su cabeza rosada. Tiene una pinta tan saludable que uno casi podría pensar que todavía vive, aunque sin cuerpo es imposible. Lo hay troceado, en filetes o picado. Todo tiene que tener buena pinta, fresca y con color intenso. Pero no debe brillar nunca, porque entonces los clientes no tendrían buenas vibraciones.

Al mediodía, Harold puede salir fuera siempre que le apetezca, durante la pausa. Por la puerta de los empleados, subiendo la escalera pequeña y cruzando después el patio de atrás, donde se pudre la basura en contenedores grises y el personal distrae el vicio echando humo. Cuando puede, Harold intenta evitar ese lugar, no tanto por los gatos vagabundos y las ratas que, si no se sienten observadas, salen deslizándose de todas las esquinas, rincones y agujeros para saciar su hambre en la mercancía putrefacta. Más bien lo evita por culpa del enemigo, que responde al nombre de Carol.

De la sección de lácteos.

Su mostrador está sólo a diez metros del de Harold en línea recta, y a veces lleva una cinta rosa en el pelo. Pero no es más que una forma de disimular, un intento de distraer la atención de su verdadero yo, de algo que no puede describirse con palabras y que está

directamente relacionado con la experiencia del dolor. Cuando mira a Harold, su expresión dice claramente: «Asesina en serie». A veces también «Colona de asentamiento hebreo». Le mete miedo a Harold con eso. Como el primer día, cuando al saludarle le estrujó la mano y como quien echa un piropo le dijo: «Tú no sobrevives aquí ni una semana». Al principio, a Harold le sedujo la idea cruel de que Carol fuera atropellada por un camión de camino al trabajo. Pero ahora ya tiene claro que es mucho más probable que sea Carol la que atropelle al camión. Harold desconoce la razón por la que Carol muerde de semejante manera, sin soltar la presa. A lo mejor la violaron repetidamente cuando era niña, por su padre o por su hermano o por los dos. Y a lo mejor Harold se parece al padre o al hermano. Ella nunca se lo ha dicho.

En diez minutos Harold tiene que ir a ver a Mr. Hopkins. Carol lo sabe. Ha escrito más de 50 *post-its*, que están ahora pegados en el mostrador, en los armarios, en el fregadero, en hachas, cuchillos y tijeras. *Mucha mierda. Mucha suerte. El tiempo todo lo cura*. Ha dejado una foto metida en un sobre rosa junto a la báscula. Una instantánea en alta resolución y con los bordes borrosos que muestra a Carol rompiéndole el cuello a una paloma, aunque no puede apreciarse con claridad si la paloma estaba ya muerta de antemano. Lo más probable es que no fuera el caso.

Harold no tiene muy claro qué es lo que querrá de él Mr. Hopkins. A Mr. Hopkins normalmente no le suele gustar hablar con sus empleados. La última vez que le hizo subir para hablar con él fue hace siete años. Entonces había sido por unas irregularidades en la limpieza de los aseos de caballeros, que habían causado un revuelo enorme. Alguien había escrito con un rotulador negro en todas las puertas: «Aquí se digiere la mierda del sistema». Aunque Harold formaba parte del reducido círculo de los sospechosos, consiguió que Mr. Hopkins no le considerara una persona que se satisficiera con ese tipo de aventuras subversivas. Era algo en lo que Harold nunca había pensado. Ni en aventuras, ni en aseos de caballeros en general. Si estuviera en su mano, Harold lo eliminaría. Lo de pensar. Se limitaría a existir. Ni azar ni destino: daría completamente igual que al final criara malvas o pensamientos. Harold nunca había podido entender por qué podían llegar a ser tan importantes las asas doradas o el lacado en rojo burdeos, si de todas formas el ataúd es siempre de madera.

2

–Harold, ¿qué espera usted de la vida?

Mr. Hopkins es un hombre de escaso desarrollo y apetito enorme que se peina lo que le queda de pelo haciéndose la raya a la izquierda. Siempre parece un poco perdido detrás de su escritorio hecho a base de maderas de bosques poco comunes, pero ninguno de los empleados ha llegado nunca a concebir la idea de interpretar este hecho como un síntoma de debilidad. Sus ojos azules y acuosos siempre esperan algo, pero ahora ha

enarcado las cejas de una forma muy poco natural y despierta en el observador, o sea en Harold, instintos de sumisión.

–La vida, Harold, la vida nos tiene preparadas tantas sorpresas. Muchas veces son los cambios, pequeños y grandes, los que conducen a la vida por el camino correcto. A veces no se entienden a la primera las oportunidades que surgen en el momento en que unas puertas se cierran mientras otras se abren.

Harold intenta concentrarse en seguir las palabras y aquello que significan. Una mujer de unos 40 años y una chica joven le miran fijamente desde el mueble que hay detrás del escritorio de Mr. Hopkins. Están enmarcadas en latón. No son ni guapas ni feas. Posan. Intentan sonreír, pero es probable que fuera demasiado temprano o que la leche se hubiera acabado.

–Ayer mismo me dijo mi mujer: Harry Hopkins, dijo, tienes que hacerte otro corte de pelo.

Una paloma anida en el alféizar de la ventana. Se escucha su arrullo a través del cristal doble de la ventana. Se limpia las alas. Curiosa, echa un vistazo al despacho, pero un leve trueno vuelve a dirigir su atención a lo lejos. Mr. Hopkins se retoca el nudo de la corbata, hojea sus papeles, busca algo. Lo encuentra, levanta de nuevo la vista. Comienza a llover y unas gotas enormes revientan contra los cristales.

–Iré al grano, querido Harold: ayer volvió usted a aparecer detrás de su mostrador completamente lleno de sangre de ternera y pretendía seguir despachando. Aunque parto de la base de que no se había tirado encima un cubo de sangre de ternera adrede, no debía usted haber seguido atendiendo en semejante estado bajo ningún concepto. ¡Primero se tendría que haber adecentado!

Harold no había tenido tiempo para pensar en ese tipo de cosas. El descanso ya había acabado. Y uno no se puede saltar los horarios, lo dicen claramente las reglas; está escrito en todos lados, en el comedor, en el tablón de anuncios, en el despacho de personal y en los vestuarios.

–He tenido que atender la llamada de una madre.

Oh.

–Va a hacer una reclamación.

Oh.

–Sus dos hijos, de siete y nueve años, han tenido que presenciarlo todo.

Oh.

–Ahora están en tratamiento psiquiátrico.

Oh.

–Dicho de forma educada, estaba muy, muy furiosa.

Harold no está seguro del todo de si efectivamente habían sido los niños de siete y nueve años los que habían gritado «Guau, Jason», mientras le pedían un autógrafo. Como Harold no es Jason y ni siquiera sabe *quién* es Jason, les dio una rodaja de

fiambre. Una a cada uno. Es algo que no sólo está permitido, sino que se desea explícitamente: es la filosofía de la empresa.

–Harold, ese tipo de episodios son intolerables en esta casa. Nuestros clientes se cuentan entre los miembros más selectos de la alta sociedad y nuestra sección de delicatessen se cuenta entre las más exquisitas de toda la ciudad. Nos jugamos nuestra reputación, y usted, sin lugar a dudas, ha vuelto a tensar la cuerda por enésima vez.

Mr. Hopkins deja la frase ahí, sin más. Harold no sabe bien qué ha querido decirle con todo ello, pero no parece que se trate de un aumento de sueldo. Hasta la referencia a la cuerda supuestamente tensa representa un enigma para Harold. Ese mes ha llegado tarde dos veces. Una fue por culpa del 23. La otra también. La sopa fermentada de pescado que apareció vertida en su mostrador fue un ataque enemigo. La culpable, desconocida hasta la fecha; aunque Harold tiene una ligera sospecha. También la rana viva que brincaba entre los muslitos de pollo y el estofado de ternera argentina, y a la que una persona aún por identificar le había grapado una corona de plástico en la cabeza, debe ser considerada como causa de fuerza mayor.

Harold tiene que dejar escapar un leve eructo, porque la comida anatola le golpea el estómago, y de paso intenta quitarse también de encima el aliento a ajo, pero fracasa. Mr. Hopkins se reclina y no da la impresión de estar relajado. La conversación toma derroteros que Harold ya es incapaz de seguir. Mira de reojo por la ventana, la lluvia cobra fuerza y tiende un velo gris sobre la ciudad.

–Harold, ¿cuánto tiempo hace que trabaja usted con nosotros? –Mr. Hopkins hojea de nuevo los expedientes que desordenan un poco su escritorio, los rasgos de su cara revelan sorpresa. Vuelve a levantar la vista–. Diecisiete años.

Diecisiete años, once meses, tres semanas, cuatro días y tres horas.

–Es mucho tiempo. ¿Ha pensado alguna vez en cambiar de aires?

Harold no se acuerda.

–Harold –Mr. Hopkins parece inquieto–, es hora de cambiar.

Oh.

Si Mr. Hopkins fuera Ingrid Bergman, Harold sería Humphrey Bogart pidiendo un cigarrillo. Es una pena que Harold no fume. Y Mr. Hopkins tampoco se parece en nada a Ingrid Bergman; por el momento al menos. La lluvia arrecia cada vez más, ahora las gotas golpean violentamente los cristales como si los quisiera reventar, como si no comprendieran que están excluidas, que aquí dentro no las quieren para nada. Probablemente porque mojan. A Mr. Hopkins no le interesa la lluvia. Da golpecitos en la mesa con el dedo índice derecho e intenta seguir el ritmo. No en vano en sus ratos libres es el batería de un grupo de Dixieland con el que casi toca en Nueva Orleans, si el promotor no hubiera sido encarcelado por conducta inmoral.

–Ahora mismo, como quien dice.

Oh.

Suena el teléfono. Mr. Hopkins descuelga enseguida el auricular.

–¿Sí?

Pausa.

–No.

Pausa.

–Sí.

Pausa.

–No.

Pausa.

–No.

Pausa.

–¡No!

Pausa.

–Sí.

Vuelve a colgar. Parece reflexionar, y no da la impresión de que la reflexión se cuente entre las ocupaciones favoritas de Mr. Hopkins.

–Está despedido.

Ahora Harold se habría marchado a casa encantado para tomarse una pastilla contra el dolor de cabeza.

–Ahora debería irse a casa y tomarse una pastilla contra el dolor de cabeza.

3

El autobús se ha vuelto a retrasar. El tráfico de Londres es un monstruo imprevisible al que no le importan los destinos de cada uno. Ni siquiera cuando el destino particular se llama Harold. La lluvia hace horas extra y, protegidos por la mampara de la parada, los que esperan se pegan unos a otros forzando una extraña intimidad. Bajo la marquesina hay espacio para veinte personas. Harold es la número veintiuno. Su paraguas no ha resistido las últimas rachas. Varias varillas se han partido, están colgando o erguidas contra el cielo, en cueros, un esqueleto, poco más. Le corren torrentes de agua cuello abajo, formando charcos en los zapatos, que a cada paso chapotean haciendo ruido. Pasarán días antes de que se sequen. El campo visual tiene como mucho un radio de diez metros y, aunque la tarde acaba de comenzar, la mayoría de los coches ha puesto en funcionamiento sus faros, otea como animales de presa las posibilidades de huida de sus ocupantes, que llenan de bocinazos las callejuelas para intentar salir de allí, lejos de allí. La parte trasera de un puesto de hamburguesas impregna las aceras con un olor a fritanga seductora, y Harold tiene que estornudar. Antes de que el pañuelo del bolsillo derecho del pantalón llegue a su nariz, se moja lo suficiente como para llenar una bañera si se escurriera. Está en paro. Una situación que hoy en día ya no es un pecado, sino más bien un problema de actualidad. ¿O no?

El 31 llega a la parada mascullando gruñidos, las puertas se abren chirriando y la turba expectante arrastra a Harold dentro del autobús. Intenta sacar de la cartera su tarjeta Oyster, pero el conductor le dice que no con un gesto cansado. Gotas de sudor le recorren la frente a raudales y la turba que entra ahora le empuja, abriéndose camino entre las filas de cuerpos. Cada paso se ve acompañado de gruñidos y siseos, nadie ofrece su asiento, y mucho menos los primeros en llegar que, después de haber luchado con ahínco por conseguir un sitio, no muestran más que desprecio por los advenedizos. Gran desprecio.

No hay quien piense en conseguir un asiento, a no ser que sea en plena imaginación febril. El aire es denso como el plomo y la humedad potencia el vaho hormonal. Cuando el autobús vuelve a ponerse en marcha, sacude los cuerpos y un sudor húmedo se reparte por las filas de quienes no se han agarrado, que borran definitivamente de sus vidas el más ligero atisbo de bonhomía.

–Ahora sí que me gustaría ser un terrorista suicida –murmura una mujer joven que está de pie junto a Harold, vestida con chaqueta de chándal de franela gris y una gorra de lana roja. Pero no lleva encima ninguna bomba, ni tan siquiera un cuchillo de cocina, aunque sí un aro en la nariz.

«Próxima parada: Pembridge Road.»

El ambiente se tensa aún más en cada curva. Nadie habla, por el simple hecho de que no caben palabras en esta lata de sardinas con ruedas llena de gente, cuyo color de piel ha adoptado el gris del tiempo. Las subidas y bajadas del autobús se convierten en una declaración de guerra, un campo de minas de sensaciones, un paso en falso y se acabó. Vanessa yace medio desnuda en el regazo de un hombre mayor y elogia sus atributos con el subtítulo: «Ahora toca darlo todo». Cuando el hombre mayor se da cuenta de que la joven terrorista suicida le está taladrando con su mirada gélida, da la vuelta al *Daily Mirror*: «Chico de 16 años causa una matanza en un comedor escolar».

Harold intenta mirarse los zapatos. Menos de tres años, ante marrón. Las costuras que sobresalen están ya algo gastadas, sí, pero el resto está muy digno.

«Próxima parada: Chepstow Road.»

En la parte de atrás un bebé saca sus dientes a berridos y tiene suerte de que el infanticidio esté prohibido por ley. «Pero ¿por qué?», cuestiona una pegatina verde junto al martillo de emergencia. Bloques de casas pasan volando en medio de la densa lluvia. Una imagen desenfocada en el recuerdo, todo fluye, no queda nada, sólo este cambio permanente.

En el fondo la mañana había empezado de una forma bastante agradable. No se le había resbalado la cuchilla de afeitar, el café presentaba un equilibrio perfecto entre agua y grano, y el rottweiler de Mr. Rooney estaba en cama con un cólico de estómago. Harold era un torrente de buen humor e incluso casi habría llegado a sonreír.

«¿Tiene algún problema con las drogas?», pregunta una pegatina amarilla con letras negras y un número de teléfono abajo a la derecha. La verdad es que no.

«Próxima parada: Westbourne Park.»

Bajar. ¿Bajar? En teoría era imposible que el autobús se hubiera llenado todavía más en los siguientes diez minutos. En la práctica, sí. Doscientos metros más. Harold mira a izquierda y derecha. Está de pie, a medio camino entre dos puertas. No hay un camino más corto que otro. No hay camino alguno. Cien metros más. Cada nueva parada significa un paseo extra de diez minutos. ¿Y qué ocurrirá si sólo puede salir al final del trayecto? Cincuenta metros más. No hay vida más allá de la muerte pero, si la hubiera, Harold se pediría tener alas. El autobús se detiene y las puertas se abren. En ese momento, a escasos dos metros de Harold, empieza a moverse un hombre con una barriga del tamaño de una lavadora que abre un pasillo entre la multitud como si se tratara de una unidad rusa de antidisturbios. En un golpe de lucidez, Harold se convierte en su sombra y se sorprende cuando de repente se ve en la acera pudiendo respirar de nuevo. La lluvia le recibe como si fuera un viejo amigo: toda atenciones y un poco torpe por la euforia. Harold despliega los restos de su paraguas, en cinco minutos está de nuevo en casa y, con un poco de suerte, aún habrá tejado sobre el pequeño edificio de Golborne Road. Pero uno nunca sabe.

4

Un nudo corredizo es bastante menos difícil de hacer de lo que parece. Los no profesionales cometen el primer error ya al elegir la soga. Una soga demasiado fina se clava enseguida en la piel. Una soga demasiado gruesa no queda bien. Harold es un profesional y su soga es de gama alta: la compra exclusivamente en la tienda de McCormick, género escocés de calidad que aún busca por todo el reino algo que se le pueda igualar. Se ha cambiado de ropa en un abrir y cerrar de ojos porque los charcos en la escalera no están permitidos. Incluso se ha comido sólo la mitad del sándwich de atún que suele tomarse con un vaso de leche después del trabajo. El estómago no le pedía más, el espíritu mucho menos todavía. La intranquilidad tiene sus peajes, y hay que pagarlos.

–Hola, Harold, ¿qué tal? –pregunta Abraham Sinclair mientras trepa con las muletas los dos primeros escalones en dirección a su apartamento del primer piso. Abraham Sinclair tiene 84 años. Está casi ciego, por lo que queda excusado. Podría haberse dado el caso de que Harold hubiera estado simplemente cambiando la bombilla, el uso que se les da a las de la escalera es extraordinariamente alto: algún problema eléctrico, aunque Harold de eso no entiende mucho; desde niño la electricidad ha sido para él todo un misterio. Pero Abraham Sinclair se gira de repente. Se ha acordado de algo. Algo inusual, y decide comunicarlo.

–Ayer me masturbé dos veces. Como norma general sólo me masturbo una vez al mes, pero en la tele reponían *Dallas*. Con Pamela Ewing. No sé cómo se llama de

verdad Pamela Ewing, pero eso en realidad no importa. Lo importante es que se ducha –sin esperar una respuesta, acomete el resto de escalones. Ni diez minutos después Harold oye llegar a Abraham Sinclair a la puerta de su piso y conseguir meter la llave en la cerradura al segundo intento.

Harold ya casi no contempla la posibilidad de contar con un público más exigente, cuando de repente se vuelve a abrir el portal. Es Mrs. Cardigan, del segundo. Ha salido a la compra y a la altura del buzón entreabierto de la familia Frymont se ha dado cuenta de que se ha confundido de lista. Mira hacia arriba y le dice:

–Ay, Harold, ¿podría usted descolgarse un segundo y ayudar a una señora mayor?

Él no le dedica ni una mirada. No importa que sea una de sus compañeras de bridge. Harold se cuelga como mucho una vez al mes, siempre en la primera quincena. Nunca los martes, invariablemente antes de las 21:00. No cree que sea mucho pedir un poco de tacto. ¿O sí? Un último estertor: el momento inmediatamente anterior a la pérdida de conocimiento, cuando el oxígeno ya no puede abrirse paso, cuando la visión empieza a nublarse y todo se apaga.

–Harold, cuando haya terminado de colgarse, arréglese usted; hemos quedado dentro de dos horas en casa de Emma Merrythought para jugar al bridge. No vaya a llegar tarde de nuevo –Harold sólo ha llegado tarde una vez. Y fue por culpa de los homosexuales que se estaban manifestando en Abbey Road. Qué reivindicaban exactamente es algo que resultaba imposible de deducir sin demasiado esfuerzo. El 21 tuvo que dar un rodeo por toda la ciudad, porque el conductor no era capaz de leer los carteles que anunciaban los desvíos. No había razón para hacerle crítica alguna, porque era nuevo, recién llegado de Pakistán, y allí es más que probable que no haya carteles de desvío. Pero aún hoy Mrs. Cardigan le guarda rencor a Harold por ese retraso: había sido precisamente ella la que lo había introducido en su círculo de bridge y no cabe ninguna duda de que ella es la responsable absoluta de todo lo que él haga.

Suena el timbre del portal.

Mrs. Cardigan, que sigue en la entrada, abre la puerta. Es la sustituta de Mr. Best, el cartero. Una chica joven, mediada la veintena, con una cola de caballo rubia y unos ojos verdes que brillan cristalinos como canicas.

Grita.

Grita con todas sus fuerzas. Y deja caer al suelo las cartas que en realidad tendrían que haber aterrizado en los buzones. Y eso que no había escuchado el último estertor. Harold lo repite: una reacción muy normal, una respuesta lógica ante tanto entusiasmo. Mrs. Cardigan se queda mirando sorprendida a la joven y le pregunta:

–Pero ¿qué le ocurre?

–El... hombre... ese... la soga... ay, Dios...

–Pero ¡si sólo es Harold!

Pero ¿qué quiere decir «¡si sólo es Harold!»? Harold repite una vez más el último estertor, pero timbrándolo con un poco de indignación. La joven vuelve a gritar. Tiene

una voz aguda preciosa, que le pone a uno la piel de gallina porque percute directamente en el sistema nervioso central. Mrs. Cardigan se siente un poco incómoda. No le gusta que haya ningún tipo de ruido, cuestión de principios. Da un paso hacia la cartera y se queda mirándola, furiosa. La cartera comete el error de ignorar la advertencia y vuelve a gritar. Hecho lo cual, Mrs. Cardigan agarra a la joven por la nariz y tira de ella para acercarla a su metro sesenta de altura, como mucho.

–Querida niña, si hay algo que no permitimos en esta casa, son los carteros que, en vez de introducir las cartas en los buzones dispuestos a tal efecto, se dedican a gritar como si fueran a arrancarles las uñas una a una. Ya le he dicho que es Harold. ¡Sólo se está entrenando! Pórtese bien, vuelva a coger las cartas y haga su trabajo. ¿Hay correo para mí? Cardigan, Mrs. Cardigan.

5

Cuando hace diecisiete años Harold se mudó a la casa de medio pelo de Golborne Road, la mata de lilas de la ventana de la cocina no era más que un toque de color. Pero a estas alturas, al llegar la primavera se traga todos los rayos de sol y despliega sus ramas hacia arriba, hasta el primer piso, donde Abraham Sinclair está siempre viendo *Dallas*. Es una zona tranquila, casi de clase media, con una cuota de extranjeros ligeramente por encima de la media, por lo que en los días de calor el aroma agridulce de la carne de cordero se extiende por calles y jardines, poniendo en riesgo la capacidad de respirar de los más débiles. En verano, los niños del vecindario juegan en los caminos asfaltados al fútbol o al vandalismo y en invierno hay días en los que las farolas están encendidas todo el día: si no sería imposible que nadie diera con el camino de vuelta a casa. El Aston Martin negro, el orgullo de todo el barrio, es de Lenny Ferguson. Como tiene plaza de aparcamiento propia delante de Paul's Pharmacy, se ve enseguida junto a la boca de incendio roja. Nadie sabe exactamente a qué se dedica Lenny Ferguson, pero seguro que tiene que ver con la compra-venta, porque siempre saluda a Harold con las mismas palabras:

–Hachís, tripis, cacahuetes flipantes.

Mrs. Cardigan no aprecia mucho a Lenny Ferguson, dice que tiene un perfil poco claro. Igual que Hijam Annani, el dueño del pequeño imperio de verduras que hay tres casas más allá y cuya balanza se equivoca siempre en unos 100 gramos, sobre todo si son boletus. Para Harold este dato no tiene demasiada importancia, ya que con ocho años casi se muere de una intoxicación por culpa de unas setas y por eso, a pesar de todos los parabienes que recibe el empleo de la técnica, no es capaz de vincular el proceso de vaciamiento del estómago con ningún tipo de sensaciones positivas.

En principio el barrio parece relativamente seguro, salvo cuando las bandas juveniles sacan sus pitbulls de paseo o cuando el primer ministro viene de visita. Como hace

cuatro años, cuando la fase más activa de la campaña electoral entraba en su recta final y acordonaron toda la zona para uso exclusivo de las limusinas oscuras y los equipos de televisión, y un helicóptero daba vueltas por encima de los tejados y Mrs. Cardigan se puso su mejor vestido y había kebab con ensalada. Vino gente de todas partes. Horas antes ya había peleas por los mejores sitios, para agitar banderitas y conseguir tocar al primer ministro, sentir el poder por una vez, para seguir contándoselo a los nietos cincuenta años después. Y hubo alborozo cuando llegó el momento crucial y el primer ministro se bajó de la limusina y cubrió una parte del camino a pie para que le regalaran flores, dar la mano, estar muy cerca del pueblo.

Mrs. Cardigan también le habría dado gustosa la mano, aunque a sus espaldas lo describiera como un paleto con menos clase que una lata de sardinas. Se había puesto carmín, un poco más de lo normal, y un clavel blanco en su pelo cano recogido en un moño. Pero el primer ministro tuvo que pararse justo delante del salón de peluquería de Bradley, donde Lenny Ferguson se había colocado en primera línea haciendo un uso discutible de su cuerpo, al ver llegar el momento idóneo para dar a conocer a las masas su negocio, pequeño pero floreciente, y poder llegar a nuevos grupos de clientes potenciales. Lenny Ferguson, asesor de inversiones en la industria de los estimulantes, gran maestro *flash* de las mercancías más finas traídas de Holanda, Nepal y Afganistán, políglota, Gucci, Dolce & Gabbana. Ante sus ojos miopes surgía una clientela con capacidad de compra que llamaba a su puerta por la mañana, por la tarde, por la noche; todo era un incesante ir y venir de gente. Como en el zoo. Y él, Lenny Ferguson, era la gran atracción, el Bill Gates de los orangutanes. Daba a conocer su eslogan flotando en un nebuloso futuro color de rosa, pero al primer ministro no parecieron interesarle lo más mínimo sus cacahuetes flipantes, sino más bien al contrario. Desconcertado, dirigió la mirada a sus asesores, quienes a su vez soltaron las correas de las fuerzas de seguridad, quienes a su vez quitaron a Lenny Ferguson bruscamente de en medio, lo que provocó un pequeño tumulto. Y Lenny Ferguson, un guerrero que se debía a su amo, golpeó una y otra vez con la nariz los nudillos de aquellos tipos enormes vestidos de negro. Los fotógrafos no cabían en sí de gozo, y al día siguiente no fue el primer ministro quien ocupaba la primera página del *Sun*, sino Lenny Ferguson, tirado contra las vallas de seguridad con la nariz ensangrentada y el ojo izquierdo ya un poco hinchado pero capaz de mirar todavía a la cámara con la sonrisa del vencedor. El titular rezaba: «¡Bienvenido al frente patrio!».

Desde aquel día no ha vuelto a haber más visitas de políticos al barrio, circunstancia que Harold se toma con cierto alivio: desde niño las masas y el ruido le han resultado siempre incómodos, y a día de hoy la sensación no ha variado un ápice. El ser humano le resulta ya de por sí muy pesado, pero si además es en grupo de más de tres personas le causa un malestar que no es capaz de ubicar con precisión: en la zona del estómago, entre hígado y bazo quizá. Y si bebiera alcohol se emborracharía hasta las trancas antes de meterse en un autobús o de salir a hacer un recado. Pero no bebe alcohol desde que le

obligaron a beber en una fiesta de la empresa y, de camino a casa, se fue chocando con cada farola que encontraba, se tropezó con dos bocas de incendio y, cuando por fin llegó a casa con un retraso de tres horas, vomitó tantas veces que después le parecía un milagro seguir siquiera con vida.

Ésta puede que sea a grandes rasgos la razón por la que Harold no estaba aquel día de humor para una partida de bridge. Pero no tiene la más mínima importancia, dado que Harold nunca está de humor para una partida de bridge. Harold fue llamado a filas cuando hace un año Walter Mayhew abandonó el grupo al morir y no pudieron reclutar ningún sustituto adecuado en el selecto círculo de amistades del ilustre trío formado por Mrs. Davenpot, Mrs. Merrythought y Mrs. Cardigan. En los mejores momentos, toleran a Harold como una solución provisional; en los peores, como un castigo de Dios. Y eso que Harold sabe perfectamente que el bridge es un juego que tiene que ver con los naipes, por mucho que hasta la fecha la estrategia, los palos y la forma de contar le sigan pareciendo un misterio comparable al Antiguo Testamento, que hojeó por obligación en sus años mozos y del que sólo le queda como recuerdo Ezequiel, enturbiándole la conciencia, sobre todo los domingos.

La imagen que le devuelve el espejo del baño pide a gritos una ducha. El pelo debe recuperar de nuevo su raya y la camisa tiene que ser cambiada por una nueva. ¿Blanca o azul? Harold tiene cuatro camisas blancas y cuatro azules, que compra desde hace más de veinte años en Herb. Moda de caballeros, una pequeña tienda de Warwick Street, en la que, hasta la fecha, todavía no ha coincidido con ningún otro cliente. La camisa verde que le regaló una vez Mrs. Cardigan por su cumpleaños sólo se la pone para los entierros. No sabe bien por qué, pero así es la cosa. La moda no es para Harold más que una palabra que sale en los periódicos y cuyas concreciones visuales no le motivan demasiado, sino que más bien le confunden, dejándole perplejo cuando cada cinco años su traje de pana es calificado de elegante y la gente le toma durante unos meses por un intelectual de espíritu abierto.

En diez minutos empieza la partida, esta vez en casa de Mrs. Merrythought, dos bloques más allá, principal izquierda. Es difícil no acertar, pues en la ventana de la cocina que da a la calle hay un ángel que brilla día y noche. Hasta cuando saltan los plomos, porque el ángel se alimenta con pilas de doce voltios.

6

Cuando Mrs. Merrythought abre la puerta, recibe a Harold con un «dios santo». Se da media vuelta y se marcha otra vez hacia la habitación de la que ha salido. El segundo felpudo *dentro* de la casa es en realidad mucho más importante que el primero *fuera* de la casa. Harold lo sabe y se limpia los zapatos en el «Bienvenido». Cuelga el abrigo en el perchero que, de madera maciza y tratado con laca, parece más una reliquia que un

objeto útil. Ahora Harold sólo tiene que mover los pies. Andar, hacia delante, aunque lo que le espere al final sea un futuro incierto y en el que puede pasar de todo, como, por ejemplo, que un avión de pasajeros se estrelle contra la casa porque un pelícano haya calculado mal y ya no vuelva a amanecer.

El largo pasillo está decorado con fotografías de los últimos cincuenta años. Todas muestran a Mrs. Merrythought tomando café. En la más grande, la de los años sesenta, a la izquierda y encima de la mesita del teléfono, lleva rulos y se parece un poco a Grace Kelly. Por lo menos eso es lo que le susurró al oído en un momento romántico un admirador ya fiambre: desde entonces esa foto también está iluminada día y noche con el alumbrado que se merece.

El último paso hacia el cuartel general de la diversión siempre le resulta a Harold un poco difícil. Es como si unos italianos con gafas de sol negras y manos toscas le hubiesen colocado en los pies bloques de cemento. En el centro de la sala de estar, rojo borgoña, hay una mesa redonda con cuatro sillas, una de las cuales está aún libre. En las otras hay sentadas tres señoras de edad avanzada, pacíficamente: es la falsa impresión que despiertan, como si entre ellas hubiera una relación cordial. Una araña de cristal eléctrica enmarca con su luz brillante la mesa de juego, sobre la que hay dispuestas bebidas calientes y pastas de fabricación casera sobre un trabajo de ganchillo fino. Las cartas ya están repartidas. Harold se sienta en la silla libre. Mrs. Cardigan hace un gesto casi imperceptible con la cabeza, enfrascada en una conversación con Mrs. Davenport.

–Ahora cultivo mini-pepinillos.

–Creía que eran mini-pimientos.

–Eso lo dejé.

–¿Por qué?

–No se pueden cultivar las dos cosas a la vez. Hay que decidir. O mini-pepinos o mini-pimientos. Como cultivadora una adquiere ciertas responsabilidades.

–¿Respecto a quién?

–Al cultivo.

–¿Hay leyes que lo regulen?

–No hacen falta. Es una cuestión de honor.

–Menuda responsabilidad la tuya.

–Me compensa.

–Deben de saber fenomenal.

–Yo hablaría de delicatessen. Harold, ocho de tréboles.

–Un drama –interviene brevemente Mrs. Merrythought. Mrs. Merrythought es la mayor de la partida. Una superviviente de la primera hornada, a la que todos señalan abiertamente como la próxima en morir. Las apuestas están doce a uno. En el caso de Lenny Ferguson pueden llegar a estar catorce a uno, pero allí hay a veces problemas de cobro.

–Harold, ¿ya conoce usted al nuevo inquilino? –pregunta Mrs. Cardigan mientras

juguetea con el broche dorado de su blusa. Un broche que debía representar una mariposa y que heredó de su madre, de ascendencia alemana, hecho a mano en los años treinta del milenio pasado. Auténtica artesanía, y sin cruz gamada.

–¿Tenéis un nuevo vecino? –pregunta Mrs. Davenport.

–Un chico y una mujer. Madre soltera, padre desconocido. Ella trabaja en publicidad, pelo largo negro, piel limpia, palidez aceptable, en general parece que se cuida.

–¿Talla?

–Treinta y seis.

–¿Y el chico?

–Habla de una forma un poco rara. Harold, nueve de picas.

–Un drama –interviene brevemente Mrs. Merrythought. Mrs. Cardigan observa los pequeños caramelitos de color ámbar que tiene en la cuchara. Los pone bajo la lámpara, los huele con precaución y los rechaza, enderezándose.

–Querida, el azúcar cande no es precisamente de Winterbottom.

–¿Tiene novio?

–Es un aspecto que aún no he conseguido averiguar. A pesar de que tiene cierto atractivo.

–¿Medias de malla?

–También.

–¿Carmín?

–Rojo bérgamo.

–¿Qué edad tiene el chico?

–No había visto hasta ahora ningún chico de 11 años que aparente tanto tener ocho.

–¿Sabe hablar?

–Asegura ser un genio.

–Igual que mi marido.

–¿El fontanero?

–El gerente de la mayor empresa de ámbito nacional dedicada a la instalación de accesorios para el radiador.

–¿Un genio?

–Es lo que decía.

–¿Por qué?

–Pintaba.

–¿Con qué?

–Con acuarela.

–¿Cuadros?

–Hizo una exposición en el comedor de su empresa. Sus compañeros estaban entusiasmados.

–Impresionante. ¿Viste la semana pasada a Denise Richardson?

–¿Con el peinado nuevo?

–Los peluqueros son peores que los terroristas.

–Mi nieto es ahora también un terrorista.

–¿Sí?

–Sí, toca en una banda.

–¿Y qué tocan?

–Creo que ellos lo llaman *punkrock*.

–¿*Punkrock*? ¿Con imperdibles en las orejas?

–No, eso era antes.

–¿Y ahora?

–Llevan los imperdibles en los genitales.

–Mucho mejor, claro.

–¿No te parece? Harold, jota de tréboles.

–Un drama –interviene brevemente Mrs. Merrythought.

–Harold, ¿puede reservarme para mañana cuatro codornices? –pregunta Mrs. Cardigan.

–Lo han despedido –responde Mrs. Davenport–. Me he enterado esta misma tarde por Elise, la de la sección de pescados, cuando he ido por carpas para el fin de semana.

–Qué horror. Volver a encontrar trabajo a esa edad ya no es nada fácil.

–Robert, el nuevo acompañante de mi hija, no tiene más que 38 años y ya no encuentra otro trabajo.

–Son malos tiempos.

–¿La globalización?

–¿Tú haces las codornices con pasas?

–Claro. No, no, Harold, siete de diamantes.

–Un drama –interviene brevemente Mrs. Merrythought. Mrs. Cardigan se gira de lado torciendo el cuerpo y regala a Mrs. Merrythought una mirada que en cualquier idioma del mundo se traduciría como destrucción.

–¡¿Qué?!

Cuando Mrs. Merrythought se siente arrinconada, se enciende un purito, cosa que se consiente, aunque no se vea con buenos ojos. Es la única costumbre que ha heredado de su padre, en aquel tiempo, 1941, cuando estaba en un refugio antiaéreo y los nazis regaban con bombas la ciudad. Tenía 14 años, frío y hambre, y su primera menstruación se había hecho notar con magnitudes diluvianas. Y como su madre ya había muerto, le preguntó a su padre, sentado en el sótano junto a ella, si sabía por qué Dios les había cargado a las mujeres con ese pesado fardo, y si él podía hacer algo para evitarlo. El padre era un hombre corpulento y de barba poblada, que se dedicaba a la construcción de pilares para puentes en una acería y que, cuando decía hola, es que tenía el día parlanchín. Guardaba los pitillos marrón claro en una pequeña lata plateada y se fumaba uno al día después de la cena; siempre los llevaba consigo y no daba nunca ninguno, y mucho menos a sus hijos. Hasta aquel día de abril de 1941 en que fue incapaz de dar

una respuesta y, en vez de ello, le dio a su única hija un purito, haciéndose a un lado. Desde entonces, con cada calada de este tabaco de olor agrio, Mrs. Merrythought experimenta la inequívoca sensación de ser inmortal y de poder emprenderla con cualquiera. Incluida Mrs. Cardigan.

–Está prohibido decirle a Harold qué carta tiene que jugar.

–¿Ah, sí? ¿Serías tan amable de enseñarme dónde pone que «está prohibido decirle a Harold qué carta tiene que jugar»?

–A cualquier jugador.

–Harold no es un jugador. Sólo sujeta las cartas.

7

A Harold le dejaron irse antes. Como resumió Mrs. Cardigan, la partida le había pasado por encima varias veces y sin piedad. La que jugara con Harold perdía fijo, y normalmente por paliza. A Harold las derrotas le dan igual. Nunca había podido llegar a desarrollar cualidades como la ambición o el amor propio. Mucho menos para un juego de cartas, que siempre supuso que sólo serviría para matar el tiempo, si bien siempre había tenido la impresión de que, en ese juego, el tiempo volvía a resucitar constantemente. Lo único que pensaba de vuelta a casa era que tenía que llegar puntual, lo que le ponía de muy buen humor. Porque en la BBC iban a poner de nuevo, tras varios años de abstinencia, *Desayuno con diamantes*. Una de sus tres películas preferidas, por los siglos de los siglos, imperecedera e incuestionable. Harold adora a Audrey Hepburn, pero le gusta mucho más todavía Holly Golightly, por la inmensidad de sus ojos y por el modo y manera en que sostiene una copa de cóctel en sus gráciles manos. Ha encendido el televisor, se ha servido un Earl Grey acompañado por el trozo de tarta de fresa que le ha dado Mrs. Merrythought para que se lo llevara a casa y que ha puesto en un plato de postre blanco junto a un tenedor. Es casi feliz. No se ha dado ni cuenta de que Kempowski ha entrado con él en casa, colándose al abrir la puerta.

Eso tiene todavía algo de vida. El regalo. Es el tercero de la semana. Los minúsculos intestinos casi cuelgan del todo fuera, la oreja izquierda no se puede adivinar como tal, una cosa despedazada, no podrá seguir oyendo con ella. «¿Le duele algo?» Los ojos segregan una sustancia lechosa, como si se quisieran vaciar completamente. La escasa respiración hace que vibre el tórax, que, como despojo, no tiene muy buena pinta. Es probable que por la mañana aún jugara. «¿Se cansa usted a menudo?» La posibilidad de escaparse de nuevo es mucho menor que la de ser fulminado por un hilo de nailon. Son los últimos instantes en este mundo, y sabe perfectamente, ya ni gime, despedirse. «Llámenos.»

La taza que Harold sostiene en sus manos, con el té todavía caliente, humea en la habitación, convertida ahora en un espacio para la tortura, profesional y experimentado,

donde cada maniobra tiene su truco. Harold mira a Kempowski. Se está lamiendo la pata derecha, de la que le cuelga algo, de la que gotea algo. «¡Mucho mejor ahora!» En sus ojos brilla la impavidez, algo así como compasión. Cumple con su deber; *eso* lo tiene que entender. *Eso* ya no se puede mover, sólo puede estar ahí. «Más brillo para el pelo.» Harold coge la zapatilla derecha de andar por casa, comprada en Tesco, cuero artificial, suela dura. Sólo dos pasos, Kempowski se aparta de un brinco, pero no muestra el más mínimo interés. «Eso suena a los setenta.» Harold toma impulso y le mira por última vez a los ojos. Tiene que tragar, pasa el último gusto a gelatina de fresa, será mejor así.

El ruido es enorme y lo que queda no se puede seguir mirando: tiene que ser recogido. «Y a continuación nuestro peliculón.» Kempowski acompaña a Harold hasta el cubo de la basura, se frota contra sus piernas y empieza a ronronear como una paloma. Y eso que Kempowski es cualquier cosa menos una paloma. Con los despojos de sus cacerías, Harold podría llenar de género, con relativo nivel de éxito, todo un cementerio animal. En realidad a Harold no le gustan los gatos, pero Kempowski es el gato de Mrs. Cardigan. Cuatro años atrás se le metió entre los radios de la bici cuando iba al supermercado y desde entonces le profesa un afecto animal que cada día le desconcierta un poco más.

Suena un timbre.

Es el de la puerta.

Aunque no puede ser. Tiene que tratarse de un error. A lo mejor son unos niños cuya única ocupación son las bromas. Harold se sienta en el sillón, Holly Golightly se queda un segundo muda. Harold no sabe qué hacer. Aguza el oído y oye una voz. Justo detrás de la puerta.

Vuelve a sonar el timbre. Harold se levanta, sin tener todavía muy claro si no se lo estará imaginando todo. ¿Cómo puede llamar alguien a estas horas y esperar que le abran la puerta? Acerca el ojo a la mirilla y pega un salto atrás del susto, porque al otro lado también hay alguien mirando por el agujero. Ese alguien acaba de ver que Harold está en casa y sería descortés no abrirle. Gira con cuidado la manija y abre un palmo la puerta.

–Hola –dice una mujer joven.

De unos 30 años quizá, es difícil de precisar. Seguramente es bastante guapa; viste ropa moderna y lleva el pelo, largo y negro, recogido en una coleta.

Junto a ella hay un niño, que se recoloca las gafas en la nariz.

–Hola –repite la mujer joven–, me llamo Denise Bentham. Él es Melvin.

Harold mira fijamente a Denise Bentham y después a Melvin. No se encuentra bien.

–Somos sus nuevos vecinos.

Harold se pone a pensar si ya puede volver a cerrar la puerta o si tiene que esperar a recibir algún tipo de información más.

–Esto me está resultando un poco incómodo –dice Denise Bentham.

Harold no se encuentra bien.

–Estoy en una situación un poco delicada y Mrs. Cardigan me ha dicho que usted está

ahora en paro y que, bueno, que tiene un poco más de tiempo. ¿Sabe? El tiempo es precisamente el problemilla que tengo ahora mismo.

Harold no se encuentra bien.

–Bueno, para abreviar: Melvin no tiene un padre reconocido y sus abuelos murieron. Cáncer de pulmón. Los dos. Siguieron fumando hasta el último momento cuarenta cigarrillos al día, pero al final ya no sentían prácticamente nada, la morfina se encargó de todo.

Harold no se encuentra bien.

–Sólo llevamos viviendo dos semanas en esta ciudad y no conocemos todavía a nadie. ¿Sabe? Acabo de incorporarme a un nuevo puesto de trabajo. Muy bueno, en publicidad. Y ahora ha surgido una minimísima desavenencia con un cliente y tendría que irme una semana a Francia. A Toulouse en concreto.

Harold no se encuentra bien.

–¿Sabe? Mentí un poco en la entrevista. Quiero decir que no mencioné explícitamente a mi hijo. El perfil del puesto requería determinadas características, como la soltería, la independencia y mucha flexibilidad de horarios. Melvin es un niño buenísimo. De verdad.

Harold no se encuentra bien.

–En realidad, sólo tendría que ocuparse de él unas dos o tres horas después del colegio. Quiero decir que será más bien Melvin el que se ocupe de usted: le encanta hablar, y mucho. No le consienta todo. No hay problema si tiene que ponerse estricto de vez en cuando.

Harold se encuentra bastante peor que mal.

–Normalmente Melvin suele tener clase hasta las tres y media y llega a casa como a las cuatro. Es decir, que vendría solo hasta la puerta. Comer, come en el colegio. Por la noche sólo toma un vaso de soja. Lo lleva haciendo desde hace seis años. No quiere otra cosa, lo he intentado con todo, pero no hay manera. En el fondo Melvin no necesita nada especial, pero, por si quiere salir a tomar un helado con él o ir al cine, le he dejado 100 libras. Usted está invitado, claro. Estaré de vuelta el próximo viernes. Le doy una copia de la llave ahora mismo, por lo que pudiera pasar. Un millón de gracias, me saca usted de un gran apuro. Melvin, di adiós. Hasta mañana.

Melvin mira primero a su madre, y luego a Harold. Se vuelve a colocar las gafas con el dedo índice. Después se tose en el puño izquierdo y dice:

–Hasta luego.

Harold está completamente seguro de que en los diez segundos siguientes el techo se va a venir abajo.

Viernes

8

El papel de la pared tiene un motivo entre verde y marrón que Harold lleva mirando unas dos horas desde su sillón. Lo heredó del inquilino anterior. Un teniente retirado archicondecorado, al que tuvieron que internar por intentar parar un taxi en Trafalgar Square una soleada mañana de primavera.

Con una metralleta.

El sillón también es heredado. Es de color marrón barro y está realzado con un brocado rojo; para moverlo hacen falta dos hombres a un tiempo. El reloj de pared, al que Harold echa un vistazo de vez en cuando, era ya de su madre. Una de las pocas cosas que Harold pudo conservar. Son las cuatro menos tres. Suena el timbre.

El camino hasta la puerta es más largo que de costumbre. A la altura del aparador el parqué chirría de una forma más atormentada que nunca y la fuerza de la gravedad parece haber concentrado en las últimas horas toda su atención en el cuarto de estar. Cuando Harold abre la puerta, tiene la sensación de estar luchando contra un fortísimo golpe de viento.

–Hola.

Melvin parpadea levantando la vista hacia Harold y se frota la nariz. Lleva unos pantalones cortos que destacan la delgadez de sus piernas y una mochila de colegial que parece el doble de grande que él. Harold ejecuta algo parecido a un gesto de bienvenida y le ofrece a Melvin la silla de enfrente, asintiendo inseguro con la cabeza. Entre ellos se encuentra una mesa lisa chapada en roble que soporta estoicamente una bandeja. Harold ha preparado cacao y ha abierto una lata de Grandma's Biscuits.

Melvin se descuelga la mochila de la espalda. Coloca la silla. Recorre el cuarto a golpe de vista. Coge una galleta, bebe un poco de cacao frío y dice:

–Soy un erudito.

Harold no sabe muy bien por qué al *Ficus benjamina* le están saliendo hojas marrones tan pronto.

–¿Sabe qué es un erudito?

Harold reflexiona un momento y se decide por el queso francés. Frunce el ceño como si supiera algo, tal y como le ha visto hacer a Humphrey Bogart en *El sueño eterno*.

–Un genio. Tengo memoria fotográfica. Pero, a diferencia de la mayoría de los eruditos, no soy autista. Puedo ir solo en autobús y tengo capacidad para la contemplación. Para la dialéctica, en definitiva, ¿me sigue? No obstante, tengo ligeros

rasgos de autismo y preferiría evitar todo tipo de contacto corporal. Basta y sobra con que me trate con respeto a una distancia prudencial. Creo que así nos podremos llevar bien. Al fin y al cabo, sólo son siete días.

Melvin coge la segunda galleta y menea las piernas, cruzadas una encima de la otra sin llegar al suelo, generosamente de un lado al otro. Al cabo de tan sólo tres minutos, Harold tiene ya la sensación de que no hay suficiente oxígeno en la habitación. Le ha cambiado la vida demasiado deprisa; incluso esa misma mañana había ido al parque a darle de comer a los patos.

Nunca había ido por la mañana al parque.

Nunca había ido al parque. Ni tampoco le había dado de comer a los patos nunca. La culpa había sido de un reportaje del *Independent*. Unos científicos han descubierto que los parados pasan una media de dos horas al día en el parque echando comida a los patos. Y como Harold no sabía muy bien qué hacer, había ido al parque y, ya que estaba ahí, se había quedado cuatro horas para poder tomarse libre el día siguiente.

–Doce libros son muy pocos libros. Parece que no lee demasiado. Yo tengo 1.238 libros. La mayoría de mi abuelo materno. Era filólogo. Me los he leído todos. Quizá la palabra *memorizado* sea más exacta. Puede usted coger cualquier libro, abrirlo por cualquier página al azar y preguntarme qué pone. Yo le podré recitar con fidelidad absoluta cada línea y cada palabra. Lo tengo todo en la cabeza.

Harold está impresionado e intenta levantar las cejas. Pero emplea el músculo equivocado y bosteza por error. Una mosca que le ha tenido entretenido en los dos últimos días se ha posado en una galleta cubierta con mermelada de frambuesa y se frota las alas. El bote de insecticida está casi vacío. Y eso que se llama Superfantastic.

–Me sé también de memoria todas las sonatas de Beethoven y he ganado tres veces consecutivas el torneo interescolar de ajedrez. Tengo 4,5 dioptrías en el ojo izquierdo y 5,5 en el derecho. No sé si tengo *hobbies* propios. Me dedico a la filosofía, a las matemáticas y a la física experimental. Voy dos cursos por delante. Tengo media de matrícula. Y no me obligan a ir a la clase de Educación Física. Gracias a una pulmonía que cogí a los cuatro años en un accidente al bañarme a principios de verano y cuyos efectos mermaron mi capacidad respiratoria. Si tiene alguna pregunta más, éste sería el momento adecuado para formularla.

Como Melvin ha ametrallado al silencio de la habitación con esta ristra de datos vertidos a velocidad de vértigo, la primera reacción de Harold es la confusión. Su intento de poner las cosas en orden se ve abortado por un nuevo timbrazo, un castigo divino para el que Harold no está preparado.

Si dos pianos se precipitaran uno detrás de otro de una altura de cincuenta metros y una persona se encontrara casualmente justo en las coordenadas en las que van a aterrizar y sin tiempo para apartarse de un salto a derecha o a izquierda; y si el primer piano le siega sin piedad a uno en la acera y el segundo le ara el torso hasta acariciar las raíces del mundo, entonces dicha persona podría ser perfectamente capaz de describir el

estado de ánimo de Harold de manera adecuada. Dos visitas a la misma hora, en el mismo día, en el mismo mes, es algo que a Harold le resulta muy difícil combinar con la sensación de alegría.

Vuelve a sonar el timbre.

Melvin mira fijamente a Harold. Harold mira fijamente la puerta. No está muy seguro de si va a tener fuerzas suficientes para llegar hasta ahí y abrirla. Clava las dos manos en los reposabrazos del sillón, se apoya. Sabe que tiene músculos, todo ser humano tiene músculos, es simple biología, y ya ha conseguido superar veinte centímetros. Un pequeño impulso, los codos empiezan a temblar, las rodillas ceden: la voluntad, siempre se ha dicho, es más fuerte que todo lo demás, más fuerte que todos los músculos del mundo, más fuerte que... Harold vuelve a desplomarse en el sillón. Melvin mira fijamente a Harold. Harold mira fijamente el vacío.

Silencio.

Igual sólo era una alucinación acústica en el continuo espacio-temporal.

Vuelve a sonar el timbre.

Participar de lo sobrehumano, notar cómo crece, cómo recorre el cuerpo y libera en el héroe fuerzas hasta entonces desconocidas, ignorando obstinadamente las leyes de la física y liberándole de todo asomo de debilidad, es para Harold una experiencia totalmente desconocida. Y si alguien le preguntara veinte años después cómo había conseguido liberarse y llegar hasta la puerta, sólo podría encogerse de hombros y hacer un gesto de suficiencia con la mano, como lo había visto hacer en *El tercer hombre* a Orson Welles. Pero llega hasta la puerta y la abre por segunda vez, para invitar a entrar a una persona más o, a lo mejor, dado que lo último que se pierde es la esperanza, para recibir una carta certificada. Es Mrs. Cardigan que, sin pensárselo dos veces, recorre el corto pasillo y hace aumentar el nivel de concurrencia de la habitación.

–Hola, Harold, sólo quería echar un vistazo y ver qué tal se las arregla con este jovencito. Hola, Melvin, ¿qué tal?

–Llevo tanto tiempo contento que me deprime. ¿Cómo está usted?

Mrs. Cardigan no tiene esa tarde humor para ironías y se decide espontáneamente por un «bien». Harold acerca la silla que está al lado de la ventana. Mrs. Cardigan la acepta gustosa. Tampoco rechaza una taza de cacao: la comodidad es un deber al que lleva sacrificando en las últimas décadas la mayor parte de su tiempo libre.

–¿Y qué vais a hacer hoy vosotros dos? ¿Una excursión? ¿A lo mejor quieres ir al zoo, Melvin?

Melvin se queda mirando a Mrs. Cardigan con los ojos como platos e inclina levemente la cabeza. Mrs. Cardigan mira un poco insegura primero a Harold, luego otra vez a Melvin.

–¿Melvin? ¿Me has entendido? ¿Las palabras que he utilizado te han resultado demasiado complicadas?

–Con su permiso, Mrs. Cardigan, hablo con fluidez italiano, alemán, francés, español,

portugués y finlandés. Y con fluidez me refiero no sólo a como el inglés medio habla inglés. Quiero decir con fluidez. También la habría entendido si me hubiera preguntado en yidish, aunque esa lengua sólo la domino en un 94 por ciento.

Mrs. Cardigan se endereza y adopta una postura más tensa. Toma un poco de cacao, tuerce el gesto y pregunta:

–¿Así que puedo seguir esperando recibir una respuesta?

–Bueno, dado que a todas luces no me he debido de expresar bien de forma no verbal, me gustaría responder con un par de preguntas. ¿Decía usted que si me apetecería ver un *Papio anubis* rosa meneándose sentado sobre un montículo de piedras grises? ¿Quiere usted que esté junto al oso pardo atado a un palo delante de la jaula de los leones, y salude, diga «hola», mientras vislumbro cómo brilla el último destello de dignidad en esos ojos encantadores? ¿Se cree usted aquello de «manutención respetuosa con las características de la especie»? ¿Cuándo nació usted?

Mrs. Cardigan no sabe a qué se refiere Melvin exactamente, pero cree haber percibido que el zoo como destino de una hipotética excursión no se encuentra entre sus preferidos. Mrs. Cardigan no tiene todavía mucha experiencia en el trato con onceañeros y no sabe bien qué es lo que les gusta. Durante una gran parte de su vida se ha quedado sin hijos, por un problema de útero, después del séptimo parto.

–¿A lo mejor ir a ver un partido de fútbol?

–Encantado. Seguro que es un pasatiempo emocionante contemplar a seres humanos adultos correr detrás de una pelota de cuero sintético para hacerla pasar a través de un arco en un campo de césped pintado con cal. Y si lo consiguen, será un placer integrar mis brazos con los de los otros 50.000 espectadores, hacer la ola y partirme la nariz con los señores hooligans después del partido. Quizá tenga que ensayar un poco el «oé, oé, oé, oé».

Melvin arruga la nariz, porque la montura negra de las gafas se le escurre hacia abajo. Y mira a Mrs. Cardigan, como si estuviera esperando la siguiente propuesta. Pero ella ha concentrado por fin toda su atención en el cacao, así que Melvin intenta avanzar en el otro frente:

–Harold, ¿ha ido usted alguna vez al hipódromo?

9

A Harold en realidad no le gustan los caballos. Son grandes. Cuando caminan van dejando recuerdos y, cuando le miran a uno, Harold tiene la impresión de que llegan a ver hasta en los recovecos y los rincones más recónditos a los que él nunca se ha asomado y ni falta que le hace. Los jockeys son para Harold el mayor de los misterios. De lejos parecen muñecas de juguete yendo al cumpleaños de un niño. Con menos de un metro sesenta de altura, se ponen unas cazadoras rosas con rombos verdes o amarillos y

se las meten por dentro de unos pantalones blancos y estrechos, que desaparecen a su vez en unas botas negras de cuero brillante. En cuestiones de estilo, Harold es de todo menos un experto, pero los gorritos que llevan esos jóvenes le parecen como mínimo ambiguos.

Es la quinta carrera. La quinta vez que están aquí, sobre la pista, examinando a los contrincantes. En las últimas dos horas, Melvin ha estado introduciendo a Harold en los secretos de la hípica. Al menos le ha podido explicar en un periodo tan corto de tiempo los conocimientos más rudimentarios de la victoria, la posición, el triplo, el doble, la profundidad de suelo, la anteojera, el árabe, el purasangre, el entrenador, la cuadra, los jockeys, las inyecciones y las herraduras. Lo más importante, le ha dicho Melvin, son la intuición, el ojo y la certeza. La escuela de la percepción lógica, como la ha denominado Melvin, supermetafísico por decirlo de alguna manera, es devenir uno también. Y eso sólo se consigue tras años y años de experiencia.

–El ocho, *Orpheus* –susurra Melvin como si fuera un secreto, como si a partir de ahora el ser de todos los seres estuviera libre de toda duda. Es la tercera ronda en la pista. Los caballos todavía llevan puestas las mantas. Expulsan por los ollares un aire denso y algunos dan coces. Los espectadores se apartan y hacen «oh». Dos señoras con sombreros del tamaño de unas cestas de Navidad temen por su vida y vierten unas valiosas gotas de champán de unas copas que ya no pueden ni sujetar con sus manos lacias. Pero Melvin no puede apartar la mirada de *Orpheus*, los ojos le hacen chiribitas y un temblor casi imperceptible recorre todo su cuerpo.

–Mire, Harold. Mire el sudor y cómo le brilla la piel; un cuerpo perfecto de músculos, tendones y huesos. Mire, mire cómo mantiene erguida la cabeza, imperturbable, nada nervioso. Y su paso, todo impulso. Es él. El número ocho, *Orpheus*.

–Quiero el tres.

Una niña, de cinco años como mucho, mordisquea una salchicha metida en un panecillo, y mira a Melvin con sus grandes ojos azules. Melvin mira de arriba abajo a esa cosa enana y tuerce el gesto.

–Si coges el tres, pierdes.

–¿Por qué?

–Porque *Karmen la Rock* no es un nombre de caballo ganador.

–¿Quieres probar la salchicha?

–Pregúntame si soy vegetariano.

–¿Eres vegetariano?

–No. Pregúntame si soy vegano.

–¿Eres vegano?

–No. Pregúntame, si no, qué soy.

–¿Qué eres, si no?

–Frugívoro. Pregúntame qué significa eso.

–¿Qué significa eso?

–Sólo comemos fruta y nueces.

–¿Estás enfermo?

–Largo de aquí, enana del demonio. Harold, apueste todo lo que tenga al ocho, *Orpheus*.

Harold duda por primera vez. Hasta entonces las ideas de Melvin sobre el ganador habían sido igual de firmes e insistentes, pero siempre pasaba algo y al final se torcían las cosas. Surgían desgracias imprevistas, causas de fuerza mayor o jockeys corruptos y, por su culpa, en ninguna de las carreras anteriores había acabado ganando el caballo que había predicho. Cuarta posición, quinta, tercera y novena. Melvin había perdido ya en la primera carrera las 50 libras que se había encontrado la semana anterior en el monedero de su madre. Harold había sido más prudente: 2 libras por carrera, y sólo después de que le hubiera animado varias veces a apostar. Y ahora sólo tiene un billete de 20 libras, y debería durarle toda la semana. Porque, como parado, el ahorro debía ser su vocación, o eso le parecía a él.

–Harold, ya le he dicho que soy un erudito. ¿Se acuerda aún de lo que significa? Entiendo a los caballos. Me puedo comunicar con ellos. Vamos a ir ahora al mostrador de las apuestas y va a ser el día más bonito de su vida. Con lo que va a ganar va a poder usted comprarse Ferraris y mujeres, de todos los colores.

«Señoras y señores, bienvenidos a la quinta carrera, la carrera más importante del día, el Gran Premio de los Aceites de Mesa Howard Franklin, S. A., dotado con 50.000 libras. Los favoritos son, 28 a uno, el número cuatro, *Flamineo*, seguido del número nueve, *Windmaker*, 35 a uno, y el número dos, *Capulet*, 42 a uno. Al selecto grupo de los favoritos también pertenecen el número diez, *Penny Lane*, 57 a uno, y el número ocho, *Orpheus*, 64 a uno. Los caballos están ahora calentando y van a ser pronto conducidos a sus boxes de salida. Quedan unos cinco minutos para el comienzo de la carrera.»

Melvin y Harold se han sentado en la tribuna. Las gradas están llenas. Hay un revuelo generalizado: todo es llegar, buscar e irse. Se mezclan ruidos y voces. Huele a patatas fritas con salsa de ajo, pescado rebozado, cerveza y vino blanco. Un hombre con sombrero de ala se sienta una fila más abajo, justo delante de Melvin. Tose sobre sus vecinos de asiento una peste a puro y a alta graduación alcohólica y coge con las dos manos los prismáticos que le bailan colgados del cuello. Melvin le da un golpecito en el hombro, adelanta la cabeza y se queda mirándolo, ante lo cual el hombre se descubre.

«Aún quedan por llegar dos caballos a sus boxes de salida. *Orpheus* y *Penny Lane*. *Penny Lane* acaba de entrar y los mozos introducen también a *Orpheus*. Va a comenzar el Gran Premio de los Aceites de Mesa Howard Franklin S. A., sobre ocho millas. En cabeza de carrera se sitúa ahora *Flamineo* con Dwight Hanson sobre la montura, seguido por *Windmaker* y *Penny Lane*, justo detrás, apretando, *Orpheus* y *Capulet*, que está

siendo montado esta vez por Terry Pratchett. El pelotón se mantiene aún muy compacto.»

Melvin mordisquea la pajita de su primera Cocacola e intenta controlar el tic nervioso de su rodilla derecha. A izquierda y derecha se levantan los primeros espectadores. Una mujer joven con un vestido de flores empieza a saltar con unos tacones demasiado altos. Muchos gritan los nombres de sus respectivos caballos favoritos. Harold intenta contagiarse del entusiasmo general, pero no sabe cómo hacerlo.

«En la segunda curva *Flamineo* y *Penny Lane* se han despegado del pelotón unos dos cuerpos. En el grueso del pelotón *Capulet* y *Windmaker* pelean por la posición. *Windmaker* ha conseguido muy buenas posiciones este año en París y Baden-Baden, y en Milán terminó segundo, por delante de *Flamineo*. En la cola del pelotón, *Orpheus* y *Karmen la Rock* tienen dificultades para mantener el ritmo.»

Con 20 libras Harold podría haber comprado papel higiénico para tres meses, podría haber pagado el primer plazo de un solárium o podría haber apadrinado durante un año entero a un niño flacucho del tercer mundo. Pero hasta ahora a Harold no se le había ocurrido la idea de financiar desinteresadamente un club de carreras o de apuestas.

«Flamineo entra en la recta final en primera posición, seguido de *Penny Lane*. Cuatro cuerpos más atrás, un nutrido grupo con *Windmaker* y *Capulet*, que ya han sido batidos. *Flamineo* vuelve a acelerar de nuevo. *Flamineo* con Dwight Hanson, *Flamineo* se escapa, *Penny Lane* no puede seguirle, *Flamineo* con dos cuerpos de ventaja, podría ser ya definitivo.»

Harold intenta sentirse decepcionado, pero ya ha comprado los billetes de autobús para la vuelta. No tienen que volver andando.

«Flamineo gana con una ventaja de tres cuerpos por delante de *Penny Lane* y ahora llega el grueso del pelotón con *Windmaker* a la cabeza. Pero resulta mucho más interesante la pelea por evitar la última posición. Increíble. *Orpheus* y *Karmen la Rock* están a la misma altura, pero por lo visto ninguno de los dos quiere entrar el último en la meta. Quedan trescientos metros.»

Melvin inclina la cabeza.

«*Orpheus* está ahora una cabeza por delante de *Karmen la Rock*. Quedan doscientos metros.»

Melvin inclina aún más la cabeza.

«*Karmen la Rock* no se da por vencido, pero *Orpheus* sigue delante. Quedan cien metros.»

En la cabeza de Melvin ya no queda más sangre. Se acuerda de que tiene que seguir respirando.

«*Karmen la Rock* regresa, *Karmen la Rock*, a veinte metros, *Karmen la Rock* está ahora un palmo por delante, es *Karmen la Rock.»*

Melvin se muere.

«Orpheus entra el último.»

Melvin se sube las gafas nariz arriba y se rasca la barbilla con el dedo índice derecho. Abre el velcro de su bandolera, que tiene un pequeño ciervo bordado en un prado verde y un cielo azul, revuelve en los bolsillos laterales y saca varios envoltorios vacíos de caramelos y chocolatinas que vuelve a apilar, mientras emite los sonidos que normalmente se usan en los tebeos cuando los héroes se ven envueltos en un marronazo. Por fin, cuando su búsqueda ha resultado ser todo un éxito, sostiene orgulloso en la mano un billete de 5 libras.

–Vamos a ir ahora mismo a emborracharnos con limonada. Al pub más adecuado. A un sitio donde, tras un consumo desmedido de cerveza, los hombres desplieguen su fuerza bruta y las mujeres de vida alegre bailen encima de las mesas. Quiero saber cómo festeja el pueblo. Mi mamá siempre me dice que ese ambiente no me va nada, pero con usted al lado seguro que no pone ningún pero, seguro. Ah, sí, y si quiere, péguele un tiro al entrenador.

10

Es la mesa de la esquina que está pegada a la puerta; no hay nada más libre, incluso los sitios de la barra están ocupados. En la mesa hay un tulipán mustio, con la cabeza colgando, incapaz de soportar ya más de dos pétalos. Los pétalos caídos a su alrededor, o bien están pensados como decoración, o bien son signo de que nadie ha tenido tiempo de limpiar la mesa en las últimas semanas. El cenicero parece un bote salvavidas. Una pirámide de cigarrillos, una obra de arte de una época hace tiempo olvidada. En los bordes, algunos ejemplares aplastados se agarran aún a la esquina derecha para no caerse. Cada colilla adicional podría suponer el derrumbe del monumento.

Harold y Melvin llevan más de una hora de camino. Han entrado en ocho pubs diferentes, pero ninguno de ellos cubría las expectativas de Melvin. Ni Bills Kitchen o Capotes Club, ni el Waterloo o el Solsbury Hill. Hasta que Melvin giró en un callejón sin nombre, considerado por los servicios de recogida de basuras como zona excluida del servicio y en el que Harold sólo se hubiera aventurado en pleno día y escoltado por una unidad de choque especializada en tomar casas al asalto y condecorada en multitud de ocasiones. Sólo cuando vieron a la mujer de tacones altos y medias de malla negras, con la parte superior del vestido roja y con lentejuelas brillantes, con el rubio teñido y el maquillaje corrido, que se agarraba encorvada a un cajetín de luces y vomitaba a empellones extáticos la mitad de su peso en el bordillo de la acera; sólo cuando el hombre que salía tambaleándose por la puerta y, agitando los brazos, le hizo partícipe a la mujer de la compasión que le inspiraba su estado con las palabras «que te pires, puta de mierda»; sólo entonces supo Melvin que habían encontrado lo que buscaba.

Una señora con las dos tetas muy grandes se acerca a la mesa de Melvin y Harold.

–¿Qué os traigo, chicos?

–Tomaremos dos limonadas –dice Melvin–, y tráiganos la carta.

–No tenemos.

–¿Qué es lo que no hay? ¿Limonada o carta?

–Carta.

–Pero si fuera pone que se puede comer y beber, ¿no?

–Sí.

–O sea que hay algo de comer.

–Sí.

–¿Como por ejemplo...?

–Cacahuetes.

–Bien, pues entonces tomaremos además dos de cacahuetes. ¿Se acuerda de todo o prefiere que se lo apunte?

–Graciosillo –dice la señora con las dos tetas muy grandes, que ya está junto a la mesa de al lado para tomar nota de una comanda que el ruido se traga. Un ruido que podría explotar si a alguien se le ocurriera la soberana tontería de tirar una aguja al suelo.

Melvin mira a su alrededor y parece satisfecho de lo que ve. Harold no. El espacio es demasiado pequeño para tanta gente. Y nadie cumple aquí la prohibición de fumar. Los hombres parecen hombres. Las mujeres también. En su tiempo libre practican, como mínimo, lanzamiento de lavadoras. Algunos cráneos están rapados y dejan al descubierto unos cuellos con unas arrugas que parecen salchichas, en las que centellean gotitas de sudor a través de la niebla del humo. Las sillas chirrían a cada movimiento de las masas corporales. Las mejillas rojas como tomates. De los labios les cae la cerveza en los pantalones formando pequeños regueros. Cuando se ríen, se ahoga cualquier otro sonido en el mundo. No sólo se ríen con los ojos y la boca. También con los brazos y las piernas. Con todo lo que son, y eso es más bien mucho.

–Qué bien se está aquí –dice Melvin; le arden las mejillas–. Maravilloso –dice–, un lugar fuera de la civilización; esto es prehistórico, es interesantísimo.

La señora con las dos tetas muy grandes trae las limonadas y desaparece sin mediar palabra. Se ha olvidado los cacahuetes. Los vasos sólo están llenos hasta la mitad de algo que huele a cloro, y en los bordes se amontona una legión de huellas dactilares que forman, entre todas, la palabra enfermedad. Un contacto inmediato con semejante objeto no le cabe en la cabeza a Harold. Melvin, en cambio, bebe a pequeños sorbos sin mirar la mitad del líquido; no tiene ojos para semejantes menudencias. Parece nervioso, casi como si esperara algo más, como si aún no fuera suficiente, como si el telón de las sensaciones fuertes no se hubiera bajado todavía.

La puerta vuelve a abrirse. Aparecen dos hombres en el marco y al pasar son saludados por la señora con las dos tetas muy grandes con un «Hola Frank, hola Henry». Frank y Henry echan un vistazo a la habitación, cogen a izquierda y derecha cada uno una silla que se ha quedado libre y se sientan sin preguntar a la mesa de Harold y Melvin, que es en realidad demasiado pequeña para tanta gente.

Si Harold hubiera pintado con acuarela los retratos de un psicópata y un asesino en serie a partir de todos sus juicios previos, sus retratos habrían tomado asiento. Melvin busca algo en su bandolera y saca un montón de papel y un bolígrafo. Harold no quiere saber por qué hace eso.

–¿Puedo presentarme? Me llamo Melvin y este señor mayor tan simpático que está conmigo es Harold, mi tutor temporal –Frank y Henry miran a Melvin. Después a Harold. Harold mira hacia el televisor, que emite imágenes en movimiento en la pared de enfrente. El primer ministro reproduce con los labios unas palabras que no hay quien entienda. A nadie más, aparte de él, parecen interesarle. A Harold le parecen muy interesantes. La señora con las dos tetas muy grandes se acerca de nuevo a la mesa y toma nota de la comanda de Frank y Henry. Ya no le prestan atención a Melvin. Piden dos Guinness.

Es difícil decidir cuál de los dos tiene la apariencia más ruda, aunque sí da la sensación de que Frank lleva un pelín de ventaja. A lo mejor es por la cicatriz que le recorre la cara desde el arranque del pelo hasta la mitad izquierda del mentón. O por los nudillos tatuados con la palabra «Hate» en caracteres rúnicos. Y eso que Henry supone una seria competencia con sus casi 90 kilos de sobrepeso y la nariz ancha y aplastada. Harold se lo piensa un poco y se decide espontáneamente por Frank. Una corazonada.

Frank y Henry se encienden de forma sincronizada un cigarrillo y echan el humo en dirección a Harold y Melvin. A Harold le parece muy agradable. Melvin tose como si acabara de desarrollar un cáncer de pulmón, terminal. Intenta erguir los hombros, que tiene caídos de nacimiento, para parecer más grande, para hacerse un sitio en un ambiente tan varonil.

–Perdone, no quisiera molestarles interrumpiendo sus rituales proletarios, pero, dado que estoy investigando las correspondencias estéticas entre el escarabajo pelotero y eso que eufemísticamente se denomina *Homo sapiens*, su presencia ha provocado que mi curiosidad científica haya aumentado hasta alcanzar niveles insoportables. Por favor, no se lo tomen como una ofensa: los escarabajos peloteros son mi debilidad.

En Australia, había escuchado Harold, la vida debe de ser muy bonita. Se pueden pescar peces y, al parecer, hay casas y árboles y canguros. Y cuando oscurece, las estrellas brillan de una forma muy hermosa.

–Frank, te puedo llamar Frank, ¿no?

Islandia tiene que estar también fenomenal.

–¿Qué les llevó a sufrir trastornos de socialización y cómo describirían exactamente las taras genéticas de su familia? ¿Sus padres no serían hermanos?

Para empezar, mejor Marruecos.

–¿Puede usted deletrear la palabra *plebiscito*?

Frank se sube las mangas de la sudadera Dolce & Gabanna y descubre dos antebrazos tatuados de arriba abajo. Muchas serpientes. Algún cráneo suelto. En general, todo muy florido, o eso le parece a Harold. Frank recoloca de un chasquido las falanges de dos de

sus dedos y responde con una voz tranquila pero demasiado aguda para su enorme estatura:

–Bésame el culo. ¿Alguna pregunta más, niñato?

–Claro –Melvin juega con el capuchón del bolígrafo–. ¿Está usted casado? Si sí, ¿le pega usted a su mujer? ¿Sigue teniendo relaciones sexuales con ella y, si sí, con qué frecuencia? ¿Qué prácticas sexuales prefiere? ¿Anal, vaginal, *cunnilingus*? ¿Fracasa usted en la copulación? ¿Cuándo tuvo su primera experiencia homosexual? ¿Tiene usted hijos y, si sí, experimenta hacia ellos una pulsión amorosa que le desborda cada día más?

Frank muestra el resto de los dientes con un gesto que, visto con generosidad y en condiciones favorables de iluminación, puede pasar por una sonrisa, o eso le parece a Harold. Frank se bebe un trago larguísimo de la cerveza que le acaba de traer la señora de las dos tetas muy grandes y mira a Melvin fijamente a los ojos. Harold intenta que no se note su preocupación por el umbral de tolerancia de Frank y cuenta las bombillas de una ristra de luces que cuelga encima de la barra. La ristra está compuesta por una serie de balones de fútbol del tamaño de las pelotas de tenis. De los 28 balones, hay dos que están todavía intactos y que derraman una luz cálida sobre la botella de vodka medio vacía de la estantería del fondo, revestida de madera y con espejos cubiertos de polvo.

–Escúchame con atención, chico...

Frank coge a Melvin por el cuello de la camisa, lo arrastra hasta la mitad de la mesa y no deja ni un palmo de distancia entre las dos narices. Sus ojos despiden la fuerza destructora de una división de tanques rusos. No hay posibilidad alguna de supervivencia. Da la impresión de que Melvin ha sobrepasado el umbral de tolerancia de Frank mucho antes de lo esperado, como si estuviera a punto de saltar la chispa para dar comienzo a cualquier tipo de tragedia lógica.

–¿Me podría usted soltar?

–Ah, ¿y si no?

Podrían ser incluso 29 bombillas. Harold vuelve a contarlas por si acaso.

–En ese caso, mi tutor se vería forzado a intimar con usted, por expresarlo de una forma un poco más elaborada.

¿Qué tutor?

–Adelante.

–¿Podría darse el caso de que no me haya entendido correctamente? Con intimar no me refiero al intercambio de fórmulas de cortesía, sino a la agresividad física, que podría suponer después años y años de tratamientos médicos y de rehabilitación.

–Adelante.

¿Qué tutor?

–¿Asume entonces las consecuencias?

–Sí.

¿Qué tutor?

–Harold, ¿podría usted infligirle a este individuo algunos daños corporales en mi

nombre? Yo soy demasiado pequeño. Lo suyo sería que le reventara el tabique nasal. Pero como alternativa puede usted saltarle dos dientes. Los de abajo a la izquierda, que aún parecen útiles.

Harold está absolutamente seguro de que éste sería el momento adecuado para sufrir el primer ataque al corazón de su vida.

11

Los dos cachorros se zamparon el uno al otro al jugar. Constituyen una única unidad en la pradera de color verde deslavado, poblada de dientes de león y lirios de los valles, tréboles blancos y nomeolvides. Apenas pueden percibirse ya los rayos del sol. El azul del cielo es de un gris cansado y los cirrocúmulos crepusculares se deshacen en finas hebras que muy pronto desaparecerán del todo. Sólo la pequeña corneta de caza que tiene en el borde superior derecho se resiste con bravura a los detergentes y la temperatura a 90 grados. Harold se contempla en el espejo con el pijama que ha heredado del hermano de Mrs. Cardigan, ya fallecido. Un cazador empedernido que cinco años atrás le había dado a un jabalí imponente en el costado izquierdo y al que por desgracia se le encasquilló la escopeta justo en el momento en el que el jabalí salió corriendo hacia él bastante enfadado y le clavó los colmillos en una zona especialmente sensible al dolor. La pérdida de sangre no pudo llegar a compensarse, porque al hermano de Mrs. Cardigan no lo encontraron hasta cuatro horas más tarde, en un estado que le proporcionó al médico de urgencias imágenes para unos cuantos años de pesadillas.

Harold está sentado en una cama que chirría de la forma más aguda cada dos por tres y tiene aún puestas las zapatillas de andar por casa, que le cubren con un fieltro reparador los pies doloridos. El desgaste físico de la carrera requiere el pago de un tributo con intereses de usurero y Harold no sabe si algún día podrá volver a caminar. Claro que todo podría haber sido mucho peor. Si la señora de las dos tetas muy grandes no les hubiera concedido una ventaja de unos veinte segundos, y si Frank y Henry no hubieran resultado unos corredores tan patéticos, la situación habría desembocado con toda probabilidad en un final diferente. Tal y como se habían sucedido las cosas, habían sido los pies los que habían pagado el pato en exclusiva, porque siguieron funcionando de forma automática incluso cuando Frank y Henry, tres manzanas más atrás, doblados sobre sí mismos y con las manos apoyadas en las pantorrillas, empezaron a lanzarles entre jadeos todos los insultos y las amenazas que se les iban ocurriendo.

Harold no termina de entender por qué Melvin hablaba de un día perfecto después de haber superado su ataque de tos, por qué le ha dicho durante la despedida que no podía esperar al día siguiente, por qué la vida le sometía a semejantes pruebas y por qué siempre parecen tan enfermos los testigos de Jehová de Paxton Road. Pero a lo mejor no se trata más que de un sueño desagradable y, si se mete ahora en la cama y se despierta

mañana, quizá entonces todo vuelva a estar bien. Entonces podría ser otra vez Harold, carnicero especializado, y Carol, la de la sección de lácteos, su queridísima colega. Pero siempre que Harold había abrigado en el pasado ese tipo de esperanzas, al día siguiente se revelaban como quimeras engañosas, que ni siquiera en sueños cumplían con su función. Cuando Jerry O'Connor, famoso por su mala reputación, de ascendencia irlandesa, le bajó los pantalones en clase de Educación Física para que todos, incluidas Sophie y su ortodoncia, pudieran ver que con 15 años aún no apuntaba vello púbico, la escena en cuestión siguió habiendo ocurrido a la mañana siguiente y todo el dolor seguía estando bien vivo. Tampoco los tan bochornosos como desesperados intentos de apareamiento de su madre desaparecieron nunca durante el sueño. Los recuerdos sólo palidecen con el tiempo y se extravían en los recovecos y los oscuros rincones del subconsciente. La posibilidad de olvidar a Melvin como parte de un desliz de su fantasía es, por tanto, menor que la de caer fulminado por la mosca de la fruta.

La cuestión era cómo habían podido llegar tan lejos. Cómo era posible que él, Harold, un adulto de 49 años, hubiera podido dejarse arrastrar por un escolar a semejante tipo de aventuras. Nunca había sentido una inclinación especial por los seres humanos y, hasta donde es capaz de recordar, tampoco por los niños. Y en cualquier caso, no parece de momento que Melvin vaya a hacerle cambiar de opinión, sino más bien al contrario. Tampoco el deseo en sí de ser en un eventual titular de la patria potestad es mucho más que una terrorífica nota marginal en sus fantasías más audaces. Y si tuviera la opción, en un impulso atómico le daría preferencia a cualquier régimen tiránico. Mañana será otro día. No saldrán de casa a nada; les basta y les sobra con las cuatro paredes para entretenerse... Y si por un casual Melvin se aburre, entonces se subirán del trastero los Juegos Reunidos y los desempolvarán. Las damas y las tres en raya tienen que tener todas las fichas: sólo los ha usado una vez, hace tiempo, cuando Mrs. Cardigan padeció de hernia discal durante tres semanas y, como vecino, le exigió veinticuatro horas al día de intensa compañía. Le prestará toda su atención a Melvin, le escuchará, da igual si la conversación se pone muy escabrosa. Hasta le hará una tarta, una tarta de chocolate, mantequilla y azúcar, cubierta de un glaseado de frambuesas y trocitos de almendra. Pero más, mucho más, no iba a hacer. Además, tiene que regar el rododendro y en el cajón de las mudas sólo le quedan cuatro pares de calcetines, y ninguno de color beis. Quizá exista alguna otra manera suplementaria de transmitirle a Melvin que él, Harold, no puede resolver todos los problemas del universo y que tampoco sirve para pasarse la vida distrayendo a adolescentes. Que para él cada día es un misterio inextricable en el que se embarca, sin preguntas ni billete de vuelta, y eso que siempre hay, incluso los fines de semana.

Sábado

12

La puerta sólo está entornada. Melvin la abre empujando con delicadeza. Por primera vez le llama la atención que no está engrasada. Entra en la sala de estar. No hay cacao. No está Harold. La radio está encendida. Nick Cave canta *The Mercy Seat*. La música viene de la cocina. Melvin intenta no hacer ruido, aunque no pueda explicarse muy bien por qué. La cocina presenta un aspecto limpio y ordenado; todo parece estar en su sitio, el hervidor de huevos junto a la cafetera, la panera junto a los cuchillos. Falta un cuchillo pero, salvo eso, no hay nada extraño. Melvin vuelve a la sala de estar. Un grifo gotea. El ruido viene del cuarto de baño. Melvin ha visto muchas veces *Psicosis*, una de sus películas favoritas.

La puerta del cuarto de baño está entreabierta. Una intensa luz fluorescente se reflecta en los azulejos amarillos. En el suelo se extiende un charco redondo de sangre. No es el grifo lo que gotea, sino la muñeca que se columpia en el borde de la bañera. Detrás de la puerta, yace el cuerpo al que pertenece, sumergido hasta la barbilla en una bañera de agua roja como la sangre. En la superficie afloran pequeñas burbujas, restos de espuma, y en la balda se ve el cuchillo de pan que faltaba.

–Bueno, conque aquí está usted.

Melvin intenta no pisar el charco de sangre y se sienta en la tapa del váter. Se quita la mochila del colegio, la abre y saca dos hojas blancas.

–Mrs. Cardigan me ha hablado ya de su afición. Me alegro de que no acopie sellos de correos engomados en carpetas azul oscuro de cuero de imitación. La individualidad es la musa de los perdidos. Da igual que ya exista un Harold que tenga el mismo *hobby*. Él es americano y un personaje de película. Usted es de verdad.

Harold no conoce a ningún americano que se llame Harold. Ni siquiera un personaje de película. Harold sólo conoce las películas de antes de los setenta. Y de tener que parecerse a algún actor, sería a Rock Hudson en *Plan diabólico*.

–Tengo que hacer una presentación dentro de dos semanas, de política. Mrs. Bradford, la profesora, quiere que la haga sobre la democracia. Tenía que pensarlo. Eso es lo que he hecho. Y usted es el primero ante quien tengo la intención de declamar este pequeño encomio. Estreno absoluto, si quiere.

Melvin carraspea.

–¡Queridos compañeros, queridas compañeras, estimada Mrs. Bradford! En primer lugar querría agradecer el poder estar aquí ante ustedes y que se me haya encomendado

la tarea de levantar un monumento a la Constitución Europea, para poder acercársela y además incluir, con toda humildad, un par de comentarios críticos sueltos. Aunque es un cometido del que ya han dejado constancia personalidades mucho más importantes que mi modesta persona, como Dewey, Chomsky, Baudrillard o Laclau, por nombrar sólo a algunos destacados pensadores occidentales. Pero toda esta abundancia no me asusta, sólo me motiva. Naturalmente me refiero, ya lo deben de haber intuido, a la democracia. Como todo el mundo debería saber, la palabra griega *demos* significa pueblo, *ergo* hablamos, si somos consecuentes, del gobierno del pueblo, actualmente una obviedad en las sociedades capitalistas civilizadas. Debemos diferenciar entre la democracia directa, o sea, el pensamiento original de esta apreciadísima forma de gobierno, y la democracia indirecta, cuyo carácter podemos experimentar aquí y ahora. Elegimos a los que llamamos nuestros representantes populares, que administran en nuestro nombre la democracia por medio de unas arquitecturas desesperantes y para ello precisan de numerosas secretarias que les preparen café y manejen el fax. Dichos representantes populares circulan por nuestro país en limusinas blindadas y reparten en las plazas públicas globos y bolígrafos para que les queramos. Y por las noches vuelven a sus casas y tienen para cenar cerdo asado. La mayoría son hombres. A veces incluso también hay mujeres, siempre y cuando tengan una pinta lo suficientemente desagradable. Para poder llegar tan sólo a controlar un trabajo tan abrumador, el coeficiente intelectual de nuestros representantes no puede ser de más de 120. Por este motivo, muchos diputados son profesores. O juristas. Normalmente los representantes populares no tienen que tomar las decisiones más importantes, de eso se encargan los *lobbies*. *Lobbying* es una palabra extranjera que, traducida, significa corrupción. Si los *lobbies* juzgan conveniente ir a la guerra porque escasean los recursos naturales o porque en otro lugar son más baratos, entonces el representante tiene que colocarse delante de una cámara de televisión y contar una historia. Algunas personas que manejan bien el idioma opinan que este tipo de práctica es *dégoûtante*. *Dégoûtant* es una palabra extranjera que significa «repugnante». Pero, queridas compañeras, queridos compañeros de clase, la democracia no es repugnante, porque es la democracia, y ella es como es. En la democracia triunfan las masas, que no gozan de muy buena reputación en la obra de Ortega y Gasset. Las masas han vencido a la dictadura de la burguesía y celebran exaltadas la dictadura del proletariado, de la que Karl Marx siempre habló con pasión. Karl Marx es una palabra extranjera y significa «pensador». Cuantos más cretinos consuman un medio o una opinión, más dinero se tirará a la basura para seguir manteniendo el estado invariable de las cosas, para satisfacer al gusto oligofrénico de la masa. Lo importante es que el precio de la gasolina no suba más de la cuenta. Pero lo que en toda sociedad impide el desarrollo intelectual es la obsesión por la media. La plebe siempre acude corriendo al lugar donde se hace más ruido. Y eso que se está mucho mejor donde hay el ruido justo. Es decir, la culpa de que todo esté como está no es de los representantes populares, sino de los seres humanos. La Tierra, es decir, la cosa redonda sobre la que vosotros,

queridas compañeras, queridos compañeros, escupís los chicles en el recreo de dos horas, ha aguantado hasta ahora bastante bien, a pesar del ser humano. Si el ser humano estuviera de verdad capacitado para razonar, habría evolucionado a lo largo de los miles de años (y no me refiero a logros de tipo tecnológico como la bomba de hidrógeno, sino a la capacidad de abstracción, contemplación y reflexión), y entonces no estaríamos aquí, queridas compañeras, queridos compañeros, en una institución de carácter educativo que tiene tanto que ver con la formación como la tarta de queso con los espaguetis. Seríamos felices. Pero el ser humano, y esto no es una hipótesis, sino la constatación de un hecho, es la criatura más torpe y más manifiestamente imbécil que haya podido invadir nunca este planeta, precioso y fascinante. Lo único que tiene de elevado es la manera de andar, e incluso en eso tropieza. Para entender de qué hablo, basta con viajar una semana en transporte público y observar cómo habla la gente, cómo se comporta, cómo se mueve o bebe refrescos. La política es una broma, la televisión una farsa y el resto es lo de siempre: comer y ser comido. La gente no ha cambiado. Lo único que han conseguido es engordar. En la dictadura hay un retrasado mental decidiendo, en la democracia cincuenta millones. En la democracia triunfa lo más normal del ser humano, su comodidad y sus limitaciones. El enaltecimiento del proletariado es al mismo tiempo su hundimiento, porque ya no hay nada que se salve de lo que llamamos *normalidad*. La democracia tiene el mérito de habernos demostrado a todos qué ha sido el ser humano, qué es y qué será siempre: un idiota. La democracia seguirá siendo una vergüenza mientras haya seres humanos. Porque eso de que seamos los reyes de la creación no es más que un deseo o, mejor, un delirio de grandeza que le atribuimos al bueno de Dios para al menos poder dormir por la noche y olvidarnos por unas horas de nuestra patética existencia. En el final pequeñoburgués del recorrido capitalista, la *hibris* de los pensadores y los santos que nos han precedido se extinguirá como el Big Bang en la nada. Nosotros, los seres humanos, seremos un día los neanderthales a los que volverá sus ojos una especie que superará con creces a la nuestra. Nos considerarán una etapa fallida de la evolución, la primera especie en la que se dieron los primeros atisbos de inteligencia, en el nivel más ínfimo que pueda concebirse. Nos mirarán con regocijo, con curiosidad y con indulgencia y nuestra trágica existencia se archivará en la historia en la categoría de daños colaterales. Muchas gracias por vuestra y su atención.

»Y bien, Harold, ¿qué le parece?

Harold básicamente está muerto todavía.

–Creo que tengo que seguir trabajando la parte central. A veces me recriminan que no soy lo suficientemente empático y que se echan de menos los sentimientos. Quizá tendría que incluir cosas del tipo «Pero Papá Noel existe de verdad». Como componente romántico –Melvin escribe algo en el reverso de su papel–. Voy un segundo a la cocina y preparo un par de *colacaos*. Hoy tenemos que hacer un montón de cosas –Harold pasa por alto la amenaza; ni siquiera puede oírla, dado que está muerto–. Hágame el favor y póngase algo más de *sport* –Melvin guarda sus apuntes en la mochila del colegio y sale,

dándose contra el lavabo y contra el marco de la puerta tanto a izquierda como a derecha y maldiciendo de una forma aún todavía permisible. Se oyen ruidos y tintineos provenientes de la cocina y, cuando al final suena la radio a un volumen propio de una orquesta, Harold considera que es el momento oportuno para volver a explorar la vida de nuevo, aunque sólo el mero hecho de imaginársela se le convierte ya en una empresa sobrehumana. ¿De *sport*?

Melvin examina a Harold con la mirada una y otra vez. Se toma un par de sorbos de Colacao, que le empaña el cristal de las gafas, y piensa cómo ha podido explicarse tan mal. Claro, *sport* es una palabra que está remotamente emparentada con la palabra latina *deportare*. ¿Pero cómo es posible que un observador bien predispuesto se sienta tan violentamente agredido en sus inclinaciones estéticas? ¿Por qué hay lugares en los que el tiempo y el espacio ya no pintan nada? ¿Y por qué al fin y al cabo el ser se encuentra tan alejado de toda cognición? Harold ha elegido un traje entre azul claro y gris-violeta que le tuvo que haber sentado bien hace quince años, combinado con una camisa color crema y un chaleco amarillo al que en su día le cosieron unos alces verdes menta y cuyo acabado a mano recuerda inevitablemente a los trabajos manuales. La indirecta que le había lanzado ¿era tan poco específica? ¿Acaso le había dicho: póngase, por favor, algo de los setenta que le dé aspecto de vendedor homosexual de coches de segunda mano de Bristol, que después de una grave intoxicación de salmonelosis ya no come más que zanahorias y los domingos se encarga del órgano de la iglesia antes de violar a los monaguillos en la capilla? No, no lo había dicho. Pero cuanto más tiempo dedica Melvin a observar esta retrospectiva de la moda, más madura en él la convicción de que, en el fondo, Harold había hecho la elección perfecta, que instintivamente sabía que ese día iba a reunir una serie de experiencias impagables y que el gag es un modo consagrado de mostrar la ridiculez definitiva de toda existencia. Melvin golpea sus pies uno contra el otro y los cruza como siempre que está contento, cuando el ritmo de la marcha del universo coincide con el suyo. Mientras tanto, Harold mezcla la leche con el cacao con un incesante batir de cuchara, da dos tragos largos y siente el calor, lo bien que le sienta, cómo le despierta el recuerdo de la protección, de un pasado de verdes praderas y tíos y tías que le traen caramelos y le dicen siempre cuánto ha crecido desde la última vez. El sabor dulzón permanece en su paladar, al que se le ha pegado otra cosa, algo raro, a la altura de la muela izquierda, algo que en realidad no suele estar ahí. Lo nota como si se tratara de un trozo de papel; lo desplaza con la lengua a uno y otro lado, parece despegarse y pronto se le habrá olvidado.

–¿Sabe usted, Harold? Como tengo que estar siempre pensando, se me olvida el sentimiento –Melvin imprime su voz en el silencio, y Harold se asusta–. A veces pienso que ya se me ha olvidado del todo, y eso me da miedo. Cada vez me cuesta más describir qué es lo que siento; me parece tan prosaico, tan poco importante, tan humano... Y entonces se me aparecen todas esas palabras en la cabeza, y las cifras y las obras y las ecuaciones y las sinfonías y las abstracciones, y todas gritan sin parar «aquí

estoy», y nunca tengo calma, ni siquiera cuando duermo. Para que lo entienda mejor: imagínese que un tren estuviera dando vueltas en su cabeza las veinticuatro horas del día y que de cada compartimento se asomaran personas gritándole algo. ¿Entiende usted, Harold? No sé qué es la belleza de la ociosidad sin sentido, de la simple existencia, del vacío y el silencio. Cuando miro por la ventana, examino, no miro; cuando leo un libro, retengo, no consumo; cuando veo una película, deconstruyo, analizo, manifiesto, etc. Pero alguna vez me gustaría ver, oler, sentir, gustar y no entender. Perder por completo el control, sólo sentir. Y por eso, esta mañana he comprado una cosa. Se la he comprado a un individuo que me soltó en la calle un hola lamentable, que ha sido bautizado con el nombre de Lenny Ferguson y que, entre otras cosas, trafica con cantidades industriales de chocolate. Pero no le he comprado chocolate, sino dos trocitos pequeños de papel secante. No se puede usted ni imaginar lo cara que es la dietilamida de ácido lisérgico. Menos mal que mi madre, a quien amo por encima de todas las cosas, sigue con la antigualla de coleccionar billetes en cajas de galletas. Por cierto, he añadido a cada uno de nuestros cacaos un trocito de papel secante. Así que, si Dios quiere, en las próximas horas le abriremos las puertas de par en par a la irracionalidad. Igual hasta nos llegamos a creer que podemos volar. ¿No es sensacional?

Harold intenta hiperventilarse y caer desmayado. Pero de momento sólo logra levantar la ceja izquierda. Se queda mirando fijamente el Colacao y espera a que le llegue la sensación de verse invadido por una ira tremenda. El ruido de un camión con exceso de carga se cuela a través de las imponentes ventanas del vetusto edificio y el juego de café empieza a deslizarse sin control hacia un lado.

–El tipo me ha dicho que los efectos empiezan a notarse entre una y dos horas después, dependiendo de la constitución corporal.

Harold retiene la respiración.

–Respire. También me ha dicho que no debemos incorporarnos de forma activa al tráfico rodado. Ha sugerido la naturaleza o un recinto cerrado con mucha gente.

Harold retiene la respiración.

–Respire. Hay una exposición en la galería de arte de Mayfair, fotografía contemporánea, Corbijn, Goldin, La Chapelle y demás. Creo que ése podría ser el lugar adecuado.

La cabeza de Harold golpea la mesa.

13

Harold no tiene muy claro qué debería parecerle la foto. Es la anatomía de una mujer o más bien de una Barbie. Hace más de diez años que no ha estado en una exposición y está muy sorprendido de los avances que ha experimentado la fotografía en los últimos tiempos. La mujer de la foto que parece una Barbie cambia de forma cuando se queda

uno mirándola. A veces los ojos se vuelven más grandes, a veces la nariz; a veces se mueve el pecho, otras parece que es el suelo lo que se está moviendo y luego es como si el tiempo se detuviera. Los colores son de tal intensidad que Harold teme quedarse ciego. Ahora, una nueva dirección, una escapatoria, mirar hacia arriba. En la pared blanca han escrito con pinceladas rojas: «¿Ya está usted también muerto?». A Harold le parece una pregunta demasiado complicada; mira el vaso de champán con zumo de naranja que tiene en la mano, sin saber muy bien cómo ha llegado hasta allí. Se sumerge en el líquido amarillo soleado, cuyas caóticas olas rompen contra el interior del vaso, donde las pequeñas burbujas chocan entre sí, creando difusas formaciones de espuma para terminar engullidas por la superficie en unos remolinos que conducen a la nada. Una nueva dirección, ya. Cuando Harold vuelve a levantar la vista, la luz de neón le penetra las pupilas; es una deslumbrante alfombra blanca de líneas, superficies y reflejos inquietantes, que sólo puede apartar con el mayor de los esfuerzos, recomponiendo la percepción de la realidad en negativo, primero de forma esquemática y luego en color, con las moléculas convertidas en imágenes animadas.

Los sonidos crecen como si alguien estuviera girando el regulador del volumen; un ruido sordo de fondo, como si lo hubieran guardado en una bolsa de plástico, cada vez más alto y al final llega la implosión. Los agudos se abren paso, se entienden retazos de palabras, ruido de vasos, risas, toses y, a lo lejos, algún que otro bebé que grita. La habitación en la que un segundo antes Harold habría jurado estar solo, está de repente llena de gente. Unos junto a otros, forman pequeños grupos, se saludan con la mano, conversan, se besan las dos mejillas o miran al vacío. Harold intenta recordar que la categoría biológica que lo describe a él es también la de *ser humano*. A ella se adscriben el dominio de la voluntad y la capacidad de ver las cosas tal y como son.

Melvin lleva diez minutos debajo de un surtidor de agua y está bebiendo. Antes se ha pasado como media hora frente al cartel blanco y amarillo que dice «Salida de emergencia» gritando «bravo» a intervalos irregulares. Se limpia la boca con el dorso de la mano derecha, mira las gotas que perlan sus dedos y avanza a cámara superlenta en dirección a Harold. Se sitúa sin decir una palabra junto a él y le coge la mano.

Teoría del caos 1: la realidad es, por definición, una mentira. Una mujer joven de rizos rubios, leotardos blancos y dos alas en la espalda se les acerca, se queda un rato corto frente a ellos y pregunta:

–¿Sabe usted kárate?

Teoría del caos 2: los seres humanos se comunican. Melvin inclina la cabeza a un lado y Harold no está en condiciones de entender la pregunta. La mujer joven de las alas en la espalda congela una sonrisa en su rostro rosado y conduce la mirada, saltando como un corzo, hasta un pudin de chocolate absolutamente inocente.

Teoría del caos 3: a toda pregunta le sigue una respuesta:

–Los carteles de salida de emergencia más bonitos son los verdes.

Harold se admira de que Melvin haya sido capaz de articular una frase casi

comprensible. De que incluso haya sido capaz de hablar. La mujer joven de los rizos rubios se aleja volando. Melvin intenta seguirla, con Harold cogido de la mano, pero no llegan muy lejos. La atención de Melvin se queda colgada de una cortina de color melocotón con puntos amarillos que bailan perseguidos por mariposas grises. Un cartel anuncia en grandes letras:

LIVE PERFORMANCE
HORATIO Y LA OVEJA DE BAÑO ROSA

Melvin no se lo piensa ni un segundo y cruza la cortina arrastrando a Harold, que da un traspiés. Una habitación del tamaño de varios polideportivos (o del tamaño de una cocinita de muñecas, dependiendo de las facultades visuales de cada uno) alberga en el centro una bañera blanca como la nieve en la que un hombre calvo y con el resto del cuerpo también al descubierto sujeta en las manos algo que podría parecer un patito de plástico, si fuera amarillo y no tuviera lana. Una cadena montañosa de espuma forma con cada movimiento un nuevo paisaje; varios Alpes se han desbordado y se funden en pequeñas esculturas, que unas veces son pingüinos, otras indios o reactores nucleares, según cómo se mire. A su alrededor hay unas cuantas personas de pie, separadas unas de otras, contemplando la escena y tomando sorbos de champán.

HORATIO: Plis, plas, baño guay, salto adentro muy contento.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Creo que hoy voy a prescindir del chapuzón.

HORATIO: Me parece a mí que no.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: ¡Está tan mojado!

HORATIO: Me temo que eso no lo puedo evitar. Venga, adentro.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Mierda de curro.

HORATIO: Existencia, función, condición.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: ¿En algún momento se ha llegado a saber que se entrega uno al *duty free* de la penetración anal?

HORATIO: La verdad es que no.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: ¡Escuchad! ¡Escuchad! Por eso precisamente resulta inútil todo ejercicio teórico-sistemático. A la vertiente lógico-deductiva le falta la confirmación empírica.

HORATIO: Aun así nos tenemos que bañar.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Una empresa condenada al fracaso desde el principio no puede aportar nada bueno en términos de diversión.

HORATIO: También la diversión se va a beneficiar una barbaridad.

Horatio sumerge en el agua a la oveja de baño rosa de un empujón.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Me ahogo.

HORATIO: Mira qué mala suerte.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: ¿Cómo?

HORATIO: ¿Por qué no sabes nadar?

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: ¿Porque soy una oveja?

HORATIO: Siempre había creído que las ovejas sabíais nadar.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Las ovejas sí, pero no las ovejas-que-no-saben-nadar.

HORATIO: ¡La práctica hace al maestro!

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: No, es más bien el hábito el que hace al monje, y a mí los pantalones cortos blancos me quedan fatal.

HORATIO: No te va a pasar nada.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Creo que no hay prueba alguna que confirme tu suposición.

HORATIO: ¿Por qué te iba a pasar algo?

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: No, la pregunta es: ¿por qué no me va a pasar?

HORATIO: Porque sólo se piensa que podría pasar.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: El podría-pasar no ha pasado como siendo en el haber ocurrido de lo ocurrido. Cuando algo que supuestamente podría pasar no pasa, ¿se trata de un no-ser-pasado o de un ser del nopasado? ¿Existe un ser del no-pasado? Y, si no existe, ¿para qué sirve la metafísica, para qué la fe, para qué vivir?

HORATIO: El mundo nos parecería más inteligible si lo hubiera creado un caballito de mar.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: Pero tampoco es cierto que no pase nada cuando no ha pasado nada, aunque al mismo tiempo lo no no-pasado no define lo que pasa como siendo de lo que va pasando, sino que sólo explica lo no-pasado que no ha pasado.

HORATIO: Me siento un poco incómodo.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: En consecuencia, podría deducirse que lo no-pasado en sí...

Horatio sumerge en el agua a la oveja de baño rosa.

HORATIO: Ahora ha pasado algo, que había supuesto que podría pasar. ¿Y qué puedo decir? Pues que ha pasado.

LA OVEJA DE BAÑO ROSA: *vuelve a emerger resoplando*. Me encuentro en una situación grotesca de desesperación. Pensamiento acertado, deducciones, premisas, conclusiones, regularidades, extensión, lógica. Si la raíz de 9 fuera 7, entonces 18 sería igual a 47. O a 5. El monoteísmo del pensamiento no es una imagen especular de la razón. Los diagramas de Euler ¿son un concepto? Pero sí que conviene mantener algunas dudas al final. Si todo el devenir se reduce a una naturaleza causalmente determinada, no puede deducirse en absoluto que el ser tenga deber alguno. ¿Por qué debería ahogarse la desesperación?

HORATIO: Porque la víctima se encuentra, solícita, a disposición de cualquiera.

Melvin no soporta ni una frase más, ni una palabra más. Se precipita otra vez hacia fuera con Harold cogido de la mano, pero la habitación, que hacía tan sólo unos minutos

estaba dedicada por entero al arte, se muestra ahora cambiada. Mucho más deslumbrante que antes, de repente hay un hombre de pie bajo una cúpula de cristal que derrama sobre él una luz muy potente. Los mechones de su media melena rubia le cubren la cara, que mira al suelo. Lleva colgada del hombro una guitarra y a su izquierda se ha instalado un altavoz en el que se lee Marshall y cuyos reguladores se han girado completamente hacia la derecha. También se han girado los que, bajo las etiquetas de *Volume, Gain* y *Overdrive*, prometen abrir la puerta a un futuro silencioso, más allá del estruendo. A los pies del músico, en un trozo de cartón rasgado pone con un Edding negro: JOVEN MÚSICO POPULAR DE UPPSALA. Enciende el altavoz, le propina un golpe seco y duro a la guitarra con una púa y empiezan a sonar unas ondas en pleno escape sónico que habrían sido capaces de arrancar del sueño sin ninguna dificultad a una ciudad entera de provincias, incluidos sus habitantes más duros de oído, porque el vocerío artístico se ve subrayado por un terremoto de fuerza 24 en la escala Richter. Harold está completamente convencido de que se le ha reventado el tímpano por varios sitios y de que el daño ya es completamente irreparable, aunque lo intentaran los expertos de una investigación de acúfenos que le llevaran a la ciencia una delantera de varios decenios. Mira fijamente las caras del público disperso en la sala, pero sólo ve, aquí y allá, unas muecas que ríen, algún que otro aplauso aprobatorio y determinadas variaciones del lenguaje de gestos que en su inmensa mayoría le resultan indescifrables. Mientras tanto Melvin intenta llenarse los oídos con servilletas de papel que va robando de las mesas, y tira violentamente de Harold en la dirección que señalan los carteles en los que se lee la palabra «Bufet». La situación no se relaja en absoluto con el cambio, como constata Harold con horror renovado. El espacio al otro lado de las brillantes cortinas de color perla, frente a la sección de las necesidades, está muy animado y repleto de invitados que comen opíparamente y sorben haciendo ruido, con los brazos hundidos hasta los codos en los manjares expuestos. Y como en todos los lugares donde se ofrece algo gratis, la rivalidad por la comida parece superar sin ninguna dificultad las fronteras de la urbanidad, porque los langostinos y las langostas no son frecuentes, y cada recién llegado pretende que le observen con recelo quienes tienen ya unos platos tan rebosantes que no puede encontrarse sitio para más provisiones ni con la mejor voluntad.

El problema en este caso no son las personas; es el bufet en sí lo que les hace retroceder espantados a Harold y al propio Melvin. Porque el bufet vive. El camembert y el tilsiter, las uvas y las piñas, los panes y los *pretzel* salados, los muslitos de pollo y las albóndigas vegetarianas, el jamón ahumado y el arroz silvestre, las judías verdes y las patatas de temporada, y hasta la tarta de nueces con virutas de chocolate y los mazapanes, cuyo naranja chillón consigue que se fundan las retinas. Cuando Harold intenta concentrarse en una de las exquisiteces, su capacidad visual juega al no-te-lo-vasa-creer. Con cada pestañeo, el pomelo partido por la mitad cambia de consistencia, de tamaño, su propio ser, su yo. Se curva, se expande, se encoge, se deshace como en un magma blando en pequeños remolinos en donde unas capas más espesas se arrastran

indefensas unas sobre otras. Las uvas crecen hasta convertirse en melones y se reducen justo antes de estallar alcanzando el tamaño de una pelota de tenis. Pero lo peor es el *sushi*, que se comporta como una manada de cangrejos en una comuna *hippie*. Harold pierde la orientación, la conciencia del orden de las cosas; percibe las gotitas de sudor que manan de su frente formando un océano Índico antes de llegarle a los pies. El temblor que se traduce en convulsiones por todo el cuerpo tampoco contribuye a crear una sensación de relajación; tiene que salir de allí. Echa un vistazo a izquierda y derecha, pero la única vía de escape está cortada por un grupo de jóvenes vestidos con chaquetas de chándal. Ligero brote de pánico, hasta que un cartel con la palabra «Servicios» se cruza en su mirada, apenas a diez metros de distancia. Los pies se ponen automáticamente en marcha, ya no hay ningún tipo de control. Melvin abandonado. ¿Quién es Melvin? Tío, da igual. Fuera, ya.

Harold abre la puerta de un tirón y no puede creerse la suerte que tiene: el retrete está por habitar; no hay nadie, ni siquiera hay pomelos. Pero de repente surge una voz de la nada:

–Cebamos a todas las criaturas para que a su vez nos ceben y a nosotros nos toca cebar a los gusanos.

¿William? ¿William Shakespeare? ¿Está vivo William Shakespeare? ¿Está William Shakespeare aquí, en el baño? Es una lectura radiofónica, tranquilidad; todo va a ir bien. El grifo está sólo a un metro de distancia, tiene una apariencia normal; basta ya de mirarlo, hay que abrirlo, hacia la izquierda. Harold bebe durante segundos, minutos, horas, días. Cuando su sed se ha apagado, levanta la vista al espejo, un error, y antes de tomar la decisión de ahogarse en la taza del váter, Harold se desmaya.

14

«Bueno, eso es lo que yo llamaría ojos vidriosos... ¿Has visto a la nueva?... Al Manchester le han... por todos lados... ¿Hola, me puede oír?... La semana que viene doblo otra vez turno... a mi edad... ch, ch, ch... Puede ser... ni de broma... ¡Bombeo! Creía que Mary... tenido el tercer niño... ¿también ahí?... mmm, seguro... levanta el tubo un poco... Paisley, ayer... apéndice... vomitó... inútil... ¡por favor!... falta el toque... tutuuuu... madre mía, qué sopa... tostada de pan con queso... un gouda joven... clarísimo... yogur... fresa... cereza... fresa... cereza... ¡¡fresa!!... los grumitos... son más pequeños... listillo... sólo en la red... perdido 200 libras... que limpie el objetor... llevadlo al cuarto... mañana ya podrá levantarse...»

Las luces cegadoras del techo pasan centelleando desiguales por la alta velocidad y las ruedas cansadas sólo son capaces de compensar las irregularidades del suelo con sacudidas ruidosas, mientras que en las curvas chirrían como si les arrancaran de la piel un chicle seco. Harold intenta organizar su consciencia, que empieza a resurgir de nuevo;

trata de orientarse y de ponerle un nombre al espacio que le rodea. ¿Hades? Se abre una puerta, lo empujan adentro. La parte izquierda está ocupada por una cama, enfermo incluido, y enfrente hay alguien sentado junto a una mesa de plástico verde bebiéndose una lata de Coca-cola con una pajita. Ese alguien es pequeño. Es... el niño. Harold intenta desmayarse espontáneamente, pero a su sistema inmunitario no le apetece.

–Hola, enfermera Beatrice. Bueno, ¿qué dice el doctor?

–No hay por qué preocuparse, Melvin, a tu tío le daremos el alta mañana. Por cierto: tu hipótesis no tenía ningún fundamento. No ha sido una intoxicación de pescado.

¿Tío? ¿Intoxicación de pescado? El mundo no le ha dado ninguna seguridad en las últimas horas; las percepciones no eran más que la espuma de baño que se sopla de entre los dedos y huye a nuevos estados, en formas, imágenes y caras que por un breve instante son eternas, hasta que se vienen abajo. Y en realidad está esperando el día en que, al torcer una esquina, se tope de repente con toda la gente con la que ha coincidido en la vida para poder decirles: ¡tachán!, ¡todo ha sido un juego! La verdadera vida es, claro, una maravilla, y no el infierno. Pero a la enfermera Beatrice eso parece importarle muy poco; coloca a Harold en una posición medio erguida y le pone la almohada detrás de la espalda. Entonces da dos pasos hacia Melvin, se inclina y le susurra tan bajito que lo puede oír todo el mundo:

–El doctor Pintgram cree que su tío tiene un problema con las drogas.

–Ay.

La enfermera Beatrice tira de los pliegues de un delantal que le queda demasiado estrecho; ha engordado en los últimos meses más de 5 kilos y medio, desde que dejó de ir a clase a Modern Jazz. Jamal, su profesor de baile, se ha reorientado hacia menores de 30 años. Perdida en sus pensamientos, le pasa la mano por la pelusilla que a modo de barba le crece en la parte izquierda bajo el labio inferior. Se la podría afeitar sin más, pero ya se ha acostumbrado a ella y además quiere saber cuánto le puede crecer. Melvin es un buen chico que acompaña a su tío al hospital y no le deja solo ni un momento. El doctor le ha tenido que explicar varias veces que no podía estar presente durante el lavado de estómago. Bajo ningún concepto. Ni siquiera con fines científicos. Un buen chico. Y eso que no se lo merece. A su tío. En el fondo todo el mundo sabía de qué iba la cosa cuando lo metieron en el ascensor para subirlo allí arriba. Bastaba con verle las pintas para darse cuenta de que estaba enganchado a las drogas. Pelo lleno de grasa, ojos vidriosos y encima ese traje gris-violeta con camisa color crema y alces verde menta en un chaleco amarillo; sobra cualquier comentario. Quedarse colgado en los setenta y no volver del viaje nunca más. Es horrible que haya niños que tengan que soportar algo así, la obsesión enfermiza de un adulto por el placer, esa debilidad, esa enfermedad, esa egomanía irresponsable.

–No le pierdas de vista –dice la enfermera Beatrice mientras lanza una mirada a Harold con unos 200 kilos de prejuicios. Cuando vuelve a salir de la habitación para

poner a prueba su talento con las inyecciones y las cuñas de las camas, Melvin escudriña a Harold con ojos críticos.

¿Qué?

–Mientras usted se dedicaba a lanzar al exterior el contenido de su estómago, he aprovechado para conocer a su compañero de habitación, Mr. Koschinski. Mr. Koschinski ha ganado la Palma de Oro como contrafigura en un documental sobre los mineros del sur de Anatolia. Por desgracia, sólo le quedan tres semanas de vida: cáncer de páncreas en fase terminal. Los tumores malignos le han convertido el páncreas en un campo minado de metástasis. Si quieren convertirse en amigos para siempre, debe usted darse prisa.

Harold intenta focalizar su borrosa capacidad visual en la persona de enfrente y reconoce algo así como una sonrisa en una cara huesuda que dibuja auténticas cadenas montañosas a base de pliegues y arrugas. La piel es un trapo único y atraído por la tierra, por lo que los párpados inferiores le llegan casi hasta la punta de la nariz. Dos sobres de infusión y un aparato con muchas lucecitas de colores lo tienen rodeado. Sobre una mesita auxiliar con ruedas descansa un jarrón en el que una rosa escenifica de forma artística el concepto de cansancio, enfrentándose valiente a las leyes naturales con sus dos últimas hojas. Junto a ella reposa una caja de pralinés a medias, en la que se apoya un pequeño cartel de cartón que dice: «Ayer tampoco será mejor, pero mañana fue más bello».

–Una cosa, ¿cree usted en Dios, Mr. Koschinski?

–Pues... claro –Mr. Koschinski tiene la voz quebradiza y un leve acento del este de Europa que les brinda a las vocales mucho espacio inútil. Como la laringe, las mandíbulas y la lengua hace tiempo que ya no forman un conjunto armónico; las palabras tardan más o menos el tiempo que dura un vuelo transatlántico hasta que un sonido audible alcanza el medio que le rodea.

–¿Usted cree entonces que hay un ser todopoderoso en el cielo?

–Creo en Dios.

–En el pecado, la ira, la recompensa, el perdón, el amor al prójimo, la serpiente, Adán y Eva, la partición de las aguas, la resurrección y en «venga a nosotros tu reino»?

–Creo en Dios.

–¿Sabía usted que el pene de una ballena azul puede llegar a alcanzar dieciocho metros de largo?

–No.

–¿Pero usted cree en Dios?

–Sí.

–¿Y también en el tierno libro de cuentos que suele conocerse vulgarmente por el nombre de Biblia?

Melvin espera a que Mr. Koschinski repita su profesión. Harold espera la cena y reza por que sea pan con salami húngaro, por el que de golpe y porrazo siente un apetito

colosal. Pero Mr. Koschinski cierra los ojos por unos instantes y, cuando los vuelve a abrir, tiene un gris más claro en los puntos gris oscuro que había tenido hasta entonces.

–Jovencito, como buen ateo, crees saber qué tiene que creer un creyente. La Biblia no es Dios. La Biblia fue escrita por hombres, y en muchos casos por hombres no demasiado listos. Es una tradición y, como toda tradición, está plagada de dudas, fallos, exageraciones y errores de sintaxis. Es un libro inspirado, un puente metafísico a la espiritualidad, una fuente de reflexión y una guía para el conocimiento de uno mismo. La Biblia sólo es ley para los fundamentalistas de mente obtusa. Pero la pregunta es: ¿qué tipo de salvación le espera a un ateo?

–Para un ateo la salvación no es Dios, sino el fin de la humanidad. Pero no deja de ser feliz por eso. Cree simplemente en la evolución y sabe que todo puede ser mejor.

–Claro, el ser humano es la tragedia más grande de Dios.

–Por desgracia, tampoco es un gran maestro en temas dramáticos.

–Pero sí Dios.

Melvin está divertido, pensativo, divertido y otra vez pensativo. Harold sólo pensativo, porque el té de los hospitales sabe a orina de caballo, como suele decir Mrs. Cardigan.

–¿Cree usted en el *más allá*?

–La fe es la victoria sobre la materia, el final y no el principio de la ilusión, la liberación del espíritu de la carga insoportable que llamamos vida. Encuentra el camino, encuentra tu camino y creerás.

Las últimas palabras son proferidas con un esfuerzo casi sobrehumano y emitidas con un gran suspiro. Mr. Koschinski cierra los ojos y se deja caer de lado sobre la almohada. Melvin se queda mirando de frente su rostro apacible y no sabe seguro si Mr. Koschinski acaba de pronunciar sus últimas palabras. Y si han sido las últimas, hay que reconocer que han sido mucho más elegantes que: «Todo está cumplido». Lo que por otro lado tampoco era muy difícil. ¿A quién tiene que llamar, a la enfermera o a la funeraria? ¿Y qué debe figurar en la lápida? A lo mejor: «La vida también merece la pena después de morir». O algo más prosaico: «Quien no tenga ni idea de religión o de otras loterías debería por lo menos desayunar bien». Un poco largo y tampoco muy en la línea de Mr. Koschinski, pero, en realidad, ¿importa algo? Probablemente nada. Pero antes de que Melvin pueda optar por una de las dos alternativas de actuación, percibe un leve ronquido, cada vez más fuerte, proveniente del rincón de Mr. Koschinski. Mala suerte para la Seguridad Social.

Melvin mira la luna a través de la ventana; no está seguro, pero quizá haya llegado ya el momento adecuado, quizá sólo necesitaba ese pequeño impulso. Lleva preparando el plan durante dos años de investigaciones, ha averiguado datos profesionales y privados, ha calculado las rutas y se ha repetido en la cabeza cada diálogo unas dos mil veces. Se sabe de memoria cada pregunta y está preparado para cualquier respuesta. Y desde que se enteró de la existencia de la carta, ha estado cogiendo dinero del monedero de su madre, y ya tiene 800 libras pegadas entre las hojas del *Ulises*.

–Ahora que hablamos precisamente de caminos, Harold –Melvin hace una pequeña pausa para tomar aire.

Harold se siente como si a modo de aviso preventivo un rottweiler le hubiera arrancado la pierna izquierda de un mordisco.

–Como usted probablemente ya sepa, no tengo padre. Mejor dicho: tengo padre, pero lo que pasa es que no lo conozco personalmente.

Es una situación que a Harold le parece muy triste, pero ahora va sintiéndose cada vez más cansado. Intenta bostezar, dos veces. Al fin y al cabo ha tenido un día agotador.

–Mi madre no habla de él; se niega a hablar del tema y dice que no sabe ni su nombre. Miente.

Si Harold no supiera que los establecimientos médicos son Las Vegas para gérmenes, virus y bacterias, podría muy bien imaginarse yendo a buscarlos a todos uno por uno.

–Me encontré una carta. De mi padre. Con fecha del 16 de diciembre de 1998. Está en el cofre secreto en que mi madre guarda los recuerdos y los objetos por los que siente devoción más importantes para ella. El candado de seguridad tiene una combinación de cifras que es una ofensa para cualquier chapucillas medianamente hábil. He hecho una copia de la carta y la llevo encima desde hace dos años.

Melvin se palpa y saca una cadena que lleva colgada al cuello, de la que pende un colgante en forma de urna; la abre, saca un papel haciendo presión con el dedo, lo desdobla, se sube las gafas nariz arriba con el índice de la mano izquierda y carraspea dos veces.

–Querida Denise: Sé que siempre me has considerado un simple accidente en tu vida, y ya sabes la pena que me da. Pero no puedo perdonarte que hayas decidido abortar sin que yo lo supiera. Nuestro hijo vivirá en mis sueños; será un varón y crecerá grande y fuerte. Quizá sea futbolista o músico y heredará mi miopía y tus preciosos labios. Los domingos iremos a volar cometas y, la primera vez que se enamore, compartiré con él su alegría y su tristeza. Desconsolado, Jeremiah.

Melvin toma un poco de aire, mientras Harold intenta mirar de la misma forma que James Cagney en *Yanqui Dandy* cuando es recibido por el presidente Roosevelt.

–En el sobre viene también el apellido de mi padre. Newsom. Jeremiah Newsom. Según mis averiguaciones, entre Inglaterra e Irlanda enteras hay exactamente cinco Jermiah Newsom. Verá, Harold, me gustaría muchísimo conocer a mi padre antes de que sea quizá demasiado tarde. Por suerte, mi madre no ha ido en coche a Toulouse. Sé dónde están las llaves. Podríamos salir mañana mismo. Y si cumplimos mis planes, estaríamos de vuelta justo a tiempo. Porque usted me va a ayudar en mi búsqueda, ¿no? –Melvin recurre a la mirada de foquita con la que encandila a su madre siempre que quiere una nueva enciclopedia de jardines de plantas leñosas o un helado.

Por supuesto que no.

Domingo

15

Hacía veintisiete años que Harold no había cogido un coche. Pero conducir es una de esas cosas que nunca se olvidan. Eso ha leído Harold. Y como tantas otras veces, se siente engañado por lo que dicen los periódicos, las noticias, las encuestas, las estadísticas, las opiniones y las certezas. Por eso y por lo que opinan del mundo y cómo quieren que sea. El Saab 900 es un coche para entendidos, como le ha explicado Melvin; un coche para individualistas y librepensadores, muy por encima de los carricoches estandarizados que fabrican en Alemania, Japón o Estados Unidos, que reproducen el semblante de la naturaleza humana con la banalidad uniformizada del plástico y el acero. Por eso el Saab se merece ser tratado con respeto, como si fuera un ser al que se pudiera alabar y reprender por su comportamiento. Suena un poco ridículo, claro, pero es lo que ha venido haciendo la madre de Melvin todos esos años y el coche siempre le ha respondido perfectamente y, aparte de la pérdida de un tubo de escape y alguna que otra bujía desgastada, nunca le ha dado grandes problemas.

Hace una hora escasa que han salido. Las reacciones furiosas que suele provocar acelerar en plan salvaje, los saltos incontrolados hacia delante seguidos de un abrupto cese del ruido del motor, así como la experiencia del dolor que se experimenta cuando uno se estrella la cabeza contra el volante, han servido para facilitar la primera toma de contacto y ya se encuentran compartiendo la leve armonía y el estimulante hormigueo de una cena romántica a la luz de las velas. Los primeros 50 kilómetros no han sido precisamente un placer, ni para Harold ni para el Saab ni desde luego para Melvin, cuyo potente plan se ha visto desbordado por las circunstancias, mientras él se tragaba sin querer algún que otro caramelo por culpa de las temerarias maniobras de frenado de Harold. Los encuentros con los otros participantes en la circulación han acabado normalmente con el gesto internacionalmente reconocido como váyase-usted-a... y ni siquiera la primera parada para repostar ha discurrido sin ningún incidente, ya que Harold ha accionado el boquerel de la manguera de forma magistral pero sin acordarse de abrir la tapa del depósito. Por desgracia, resulta que el encargado, aunque tiene el tamaño de un oso, no comparte la laxitud del animal. Así que en el tono de su reprimenda se echa de menos un asomo de sutileza, ante lo que Melvin consigue incluir en su breve réplica diecisiete extranjerismos que no saben traducir ninguno de los curiosos que se han ido congregando durante la trifulca, con lo que el gasolinero forma con los puños dos calabazas tan grandes como las de Hulk y adopta su mismo tono verde, ante lo cual a

Melvin y Harold se les ocurre que también venden gasolina en otras estaciones de servicio. Incluso más barata.

Harold tampoco consigue disfrutar del paisaje, porque toda su existencia se reparte entre el acelerador, el embrague, el freno, el intermitente, el limpiaparabrisas, las luces y Melvin, que habla ex cátedra sobre Linköping, la AB Svenska Järnvägsverkstäderna y la Svenska Flygmotor AB, el bombardero en picado Saab 17 y el primer TIR, conocido como Saab Original 92001, del año 1947. Harold no tiene la impresión de que este tipo de información tenga una influencia positiva en su destreza al volante, ni mucho menos de que sirva para que pueda prestar a su concentración el esmero que se merece. Preferiría con mucho poder entregarse a una vieja pasión, la del *Betula pendula*. Se topó con un ejemplar hace unos meses en Hyde Park, pero lo que le atrae de él no es su aspecto externo ni la corteza blanca del tronco con profundos surcos negros longitudinales, ni las ramas llenas de verrugas y textura de corcho, ni los márgenes cordiformes de las hojas. El aspecto le da completamente igual; lo que le cautiva es su ramaje. Esa intrincada red fruto de la Creación más ennoblecedora hace perceptible al observador una sublimidad profundamente arraigada en todo su esplendor. Puede pasarse horas frente a un abedul péndulo y contar una por una todas sus ramas, empezando por abajo para terminar por arriba, mientras teme que se levante el viento del este, que puede llegar a formar una imagen completamente diferente, sometiendo la empresa de Harold a una dura prueba. Pero también cuando no corre brisa alguna y el abedul péndulo parece pintado al óleo, Harold empieza a notar sus limitaciones normalmente a las 2.500 ramas; la concentración baja, se pierde, y alguna que otra vez no puede evitar volver a empezar de nuevo desde el principio. Su objetivo más sublime consiste en atreverse a acercarse al sauce llorón, que representa un reto de mayor calibre debido a su follaje denso y colgante. Le gustaría llegar a conseguirlo en dos o tres meses.

Pero como Harold tiene que suspender el entrenamiento, porque una vez más vuelve a encontrarse en una situación que no dota de contenido en lo más mínimo a su idea de la jubilación anticipada, le invade una desazón interior que no sabe explicar con mayor concreción pero que intuye que no carece de fundamento, sobre todo porque sólo quedan 6 kilómetros hasta su primer destino y Melvin ya casi no habla, y mucho menos ex cátedra, extremo en el que Harold no quiere seguir pensando, porque esta fase de la vida ya se le ha complicado lo suficiente y su estómago se rebela como si acabaran de sucederse mil años de hambruna.

16

–No... una excursión... al museo... Kandinsky... Mamá, no te preocupes, todo va bien... no... yo a ti también.

Melvin cuelga, se mete otra vez el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y se

queda mirando el plan de viaje que tiene impreso. Saca un caramelo del envoltorio de plástico y se lo mete en la boca sin darse cuenta de que ya no le caben más, porque ahora mismo tiene ahí dentro dando vueltas en una masa blanda el consumo anual de caramelos de una familia de cuatro miembros.

–La siguiente a la izquierda, la segunda a la derecha y la primera otra vez a la izquierda.

Sólo un par de minutos para la primera toma de contacto, también para el final del viaje, quizá. O quizá no. Porque por algún motivo que desconoce Harold tiene la sensación de que vuelven a pasar por el mismo sitio otra vez más, que vuelven a torcer en las mismas calles y que vuelven a ver en el mismo banco del parque a los mismos jubilados que por alguna oscura razón siempre les saludan

–Casado, dos hijos, Julie y David, de siete y diez años. Su mujer, Carolyn, tiene 35 y él 44. Es un abogado de reconocido prestigio, ha estudiado Derecho en Harvard y trabaja en el despacho Gleeson & Sandstein. Sus ingresos anuales deben de rondar las 160.000 libras. Tiene un Jaguar XJ6 Sovereign y casi siempre lleva trajes de Ermenegildo Zegna hechos a medida.

Melvin levanta la vista de sus notas y mira la calle a través de la ventanilla, las casas, los jardines de delante, el barrio, que quizá podría haber sido el suyo, en el que podría haber pasado su niñez, y al pensar en ello se estremece, porque las fachadas limpias y relucientes de las calles le irritan; este entorno clínico, casi sin vida, en el que hasta los contenedores de basura reflejan la luz mate del sol del atardecer como si fueran la obra maestra épica de la simetría. ¿Se habría encontrado a gusto aquí? Por qué no.

92, 90, 88, 86, 84, 82, 80, 78, 76, los números de las casas pasan volando y entonces, entre todos los coches familiares que duermen ordenadamente, los hombres que envejecen, las mujeres solas, los hijos que se rebelan y las hijas que se prometen: un sitio libre.

–Para...

Harold frena como si acabara de atropellar a un corzo, tras lo cual Melvin se queda mirándolo con cara de reproche, pues el caramelo que se había introducido en la boca con sumo cuidado está ahora pegado en el parabrisas, y ha ido dejando sobre el cristal una huella muy poco favorecedora.

–Tiene que ser por aquí, en una de las siguientes calles de sentido único; el resto lo recorremos a pie. Aparcamos aquí.

¿Marcha atrás? En el área de descanso no había habido motivos para la euforia yendo hacia delante y, si el propietario del Fiat Uno no hubiera estado completamente borracho, podría perfectamente haber exigido la declaración de siniestro total. Harold mete la marcha atrás, gira la cabeza por encima del hombro y calcula la distancia entre el palo del seto y el Bentley gris; a ojo de buen cubero, unos cuatro metros y medio.

El golpe contra algo que se cruza en el camino por culpa de un error de cálculo tiene la ventaja de que cala el motor, con lo que, a partir de ahí, cualquier preocupación carece

ya de fundamento. Melvin y Harold se bajan del coche, le echan un vistazo al guardabarros del Bentley y, sin mediar palabra pero de común acuerdo, deciden considerarlo un simple rasguño.

Melvin toma las riendas y opta por torcer en la primera bocacalle a la izquierda, que no tiene nombre y por la que justo viene paseando un policía, que no da precisamente la impresión de ir persiguiendo a un criminal, lo que le viene de perlas, porque siendo un ejemplar de su especie extraordinariamente corpulento, sin coche no tendría ninguna posibilidad de éxito, a no ser que el potencial delincuente al que persiguiera estuviera encadenado a una silla de ruedas por padecer paraplejia.

–Disculpe, señor agente, ¿podría decirnos cómo llegar al número 21 de Lord Wotton Street?

El policía se queda mirando fijamente a Melvin.

–¿En Inglaterra?

Melvin se queda con los brazos puestos en cruz.

–¿Hola? ¿Es alguna frase hecha del argot de los camioneros? ¿Para ser de aquí hay que pesar necesariamente 150 kilos? Por supuesto, en Inglaterra.

–¿Te chutas, chaval?

–¡Déjese de chorradas, mi pequeño Bobby!

–¿Cómo dice?

El policía se inclina con suavidad y consigue transformar su mímica particular de una forma espectacular. Según se vea puede significar a) cordialidad, b) la incertidumbre de no saber si tras cualquier uniforme no podría ocultarse un carnicero maníaco-depresivo, c) la sabia postura de no pretender averiguar la última opción. Con gran dolor de corazón, Harold se decanta por las opciones segunda y tercera, porque el policía congela sin respirar una nueva expresión facial y no muestra ningún atisbo de movimiento. Como si se hubiera petrificado, lo que, incluso a juicio de Harold, era más bien improbable. No en vano no puede descartarse del todo la posibilidad de encontrarse en algún momento de la vida ante un psicópata profesional. ¿Y cómo saber cuándo va a ocurrir?

–¿Oficial?

No hay movimiento.

–¿Inspector jefe?

No hay movimiento.

–¿General?

No hay movimiento.

–¿Primer Ministro?

No hay movimiento.

–¿Dios?

Una sonrisa débil.

–De acuerdo. Esta casa de aquí es Lord Wotton Street, 17, por tanto el número 21 se encuentra dos portales más allá.

Dios no parece interesado en seguir la conversación y continúa con su camino, le lleve a donde le lleve, a cualquier sitio pero lejos de ahí. Harold siente alivio y mira inquisitivo a Melvin, que por su parte sólo tiene ojos para la casa que está a menos de diez metros de distancia. Tiene las paredes oscuras, de ladrillo rojo, como la práctica totalidad de las casas de la calle, y por la chimenea trepa serpenteando una hiedra que llega hasta un pequeño voladizo redondo con unas generosas ventanas ovaladas que, en su entusiasmo, juegan con la luz de una manera extraordinaria. Y cuanto más se acerca uno, más se tiene la sensación de que la casa le estaba esperando, como si hubiera estado fuera un tiempo y por fin se encontrara de nuevo en casa. A esta agradable primera impresión contribuye también la puerta, de latón forjado y con unos caballos con los cascos levantados, que, a modo de pomos, proporcionan un toque de decadencia crepuscular y, al no estar hechos de titanio o de algo por el estilo, no prescinden tampoco de cierto toque de modestia. Encima del timbre de color crema se ha fijado un cartel realzado con pan de oro, en el que se ha grabado con letra manuscrita: «Familia Newsom».

Melvin no está nervioso.

No está nervioso.

No nervioso.

Nervioso.

Harold se queda mirando a Melvin y se siente irritado. Falta algo, un rasgo que roba a su imagen la integridad, que la convierte en una figura incorrecta. El movimiento.

Melvin no se mueve, no parece respirar siquiera y, por lo que Harold ha comprobado, no es ninguna buena señal. Reflexiona sobre las distintas alternativas de actuación que se le plantean y se decide por la que menos esfuerzo supone. Presiona el botón del timbre, que suena cinco veces como la campana de una lejana iglesia bien templada y en total armonía con los trinos de los herrerillos.

Melvin cuenta los segundos. Con sus centésimas. Al llegar a 7,4 se estremece. Se escucha un leve zumbido que, como una escoba que batiera el aire para barrer la nieve, arrulla los oídos, tranquilizándolos, dándole al huésped la bienvenida. Poco antes de que el sonido cese de nuevo, Harold se anima, abre la portezuela y se asusta de su propia espontaneidad.

El camino hasta el portón de madera adamascada resulta mucho más corto de lo que parecía: siete pasos, calculando con generosidad; a izquierda y derecha, césped perfectamente cortado y, entre dos arbustos, la escultura de un pez que escupe agua sin cesar en una pequeña fuente. Poco antes de alcanzar el último de los cuatro escalones, la puerta de entrada se abre emitiendo un leve sonido. Una mujer de pelo rizado y a punto de marchitarse aparece en el umbral, clavando sus ojos castaños en los forasteros y sonriendo como un chocolate con leche.

–Hola –dice una voz angelical, y Melvin ve praderas verdes con lirios y mariposas y el sol que derrama su mejor atardecer sobre un mundo en la mayor armonía imaginable.

Nunca había podido llegar a imaginar que podría entregarse alguna vez a un sitio

extraño para él con tanta abnegación como la que está sintiendo en este momento.

–Hola –dice la misma voz angelical, aunque el tono de la frase es un poco más interrogativo.

–Buenas tardes –responde Melvin, al que le cuesta trabajo apartar las imágenes del campo de su mente–. Perdone las molestias, somos...

–Rupert y Nicolas Livingston. Me alegra mucho que al final hayan podido venir. Carolyn Newsom, pero llámenme simplemente Carolyn –dice la voz angelical dirigiéndose a Harold, que sacude la mano que le tiende y no está seguro de si su nombre es Rupert o Nicolas. Melvin reflexiona durante un fragmento de segundo y se decide espontáneamente por el error y en contra de la verdad, con la que desde niño nunca ha acabado de intimar. Además, su madrastra potencial deja una primera impresión exquisita, con su vestido rosa palo de Chanel, su costoso peinado y su atrevido contorno de ojos que le otorga un aura carismática con un íntimo aire maligno. Melvin puede imaginarse perfectamente la sensación que debía de causar Carolyn hace tiempo, cuando trabajaba como modelo de ropa interior para los catálogos del género.

–Nos ha retenido toda una serie de imprevistos; disculpe, por favor, el retraso.

–Me hago cargo. Síganme.

Carolyn guía a los huéspedes a través de un pasillo hasta un atrio que, embebido en la luz del atardecer, rememora un pasado colonial con pesados sillones de mimbre, pinturas con textura de tela y antiguallas que prueban viajes exóticos y que, con sus colores adecuadamente afinados, armonizan hasta con el más mínimo matiz con el mobiliario. Un sofá rojo púrpura presenta a dos damas que remueven con decencia sus Earl Grey y contemplan a los huéspedes sin ningún tipo de vergüenza.

–Joanne, Liz, tengo el gusto de presentaros a Rupert y Nicolas Livingston. Nuestros nuevos vecinos, los que han adquirido la Casa Bolteri.

No hay apretones de manos, sólo una leve inclinación de cabeza al pasar, porque Carolyn avanza segura hacia su destino, una puerta de dos hojas al otro lado de la cual se oyen unos sonidos sorprendentes.

–Tal y como han podido deducir de la invitación, el día mensual padre-hijo es ya una tradición de nuestra calle desde hace años. Y, tal y como percibo, llegan en el momento justo del canto colectivo. Canciones populares, operetas, óperas, todo el mundo encuentra algo de su agrado. Están familiarizados con los modos dórico y mixolidio, supongo.

17

Cuatro padres. Cuatro hijos. Jeremiah Newsom, el anfitrión, con su hijo David; Fred Gillespie, directivo de un Hedge-Fond multinacional, con su hijo Bernhard; Martin Dahoney, catedrático de Economía en Cambridge, con su hijo Robert, y Brian Krieger,

diplomático de alto rango en la reserva y cultivador de rosas de extraordinario éxito, con su hijo Kenny. Como parece ser costumbre que los hijos presenten a sus padres y Melvin, con su mejor voluntad, no reconoce la existencia del paraíso de la humildad, presenta a Harold como físico experimental, especializado en sistemas de nanobios, y, para distraer las miradas de su chaqueta de espiga color mostaza, añade además que no piensa aceptar el nombramiento de catedrático en el Instituto Max-Planck, que juega cada martes al ajedrez con Thomas Pynchon, que su tío Walter fue el director de tesis de Elias Canetti y que, como rabino, puede recitar la Shoá de memoria, sin ser por ello un fundamentalista, por lo que también es amigo íntimo de Hakim El Bounadi, cabalista budista ortodoxo de una orden francmasónica islámica. Melvin ha descubierto asimismo un parentesco con Laurence Olivier a través de una prima bastarda de Newcastle y ha puesto en marcha motu proprio una investigación que todavía no descarta una posible relación de parentesco con Jesucristo.

Harold tiene la impresión de ver su propia vida desde un punto de vista completamente distinto. Pero aunque una biografía así habría provocado en otros lugares un aplauso espontáneo, aquí las reacciones se limitan a un leve asentimiento con la cabeza. El hijo de la casa no parece expresar el menor atisbo de desconfianza, como Melvin cree percibir, pero enseguida le deja de importar. Porque durante todo el rato Melvin sólo tiene ojos para Jeremiah Newsom. Intenta buscar parecidos en su fisionomía analizando el tipo de movimientos y gestos, encontrar algún punto a partir del cual se pueda deducir la existencia de antepasados comunes. Pero cuanto más lo observa, menos seguro está. Este Jeremiah Newsom es increíblemente alto, corpulento, con tendencia a la acumulación de grasa; tiene el pelo entre rubio y pelirrojo, los ojos verdes, la nariz aguileña y una voz que cualquiera identificaría con la de un barítono bajo. Por esa misma regla de tres, Melvin podría suponer tranquilamente que Margaret Thatcher es su padre. O Mork, del planeta Ork, su padre. Su hermanastro en potencia, David Newsom, de 10 años, parece provenir también de otra galaxia, pues, aunque es más joven que Melvin, le saca por lo menos dos cabezas y 30 kilos. Tampoco parece que la miopía sea una de las disfunciones hereditarias de la familia. Pero ¿no hay una oveja negra en toda familia que se precie? La excepción ¿no confirma la regla?

De momento Melvin no ha encontrado todavía el momento oportuno para hablar con Jeremiah Newsom. No paran de cantar, de tocar o, lo que es peor incluso, de tocar y cantar. Como Brian, el padre de Kenny Krieger, que tiene formación de concertista, es capaz de deslizar los dedos sobre el teclado del piano levitando y puede tocar con los ojos cerrados no sólo todo el repertorio tradicional de las canciones populares, y no sólo Cole Porter y Petula Clark, y no sólo Debussy y Brahms, sino, para desgracia de Melvin, también *Ifigenia, Tristán e Isolda* y *La flauta mágica*, la música se convierte, en plena efusión de los sentimientos, en un concurso de saber y ganar. El primero que identifique una canción y sea capaz de cantar por lo menos una estrofa sin equivocarse es reconocido con un aplauso alentador y una serie de alabanzas espontáneas. Como no hay

premio en metálico para el ganador, Melvin no siente ninguna motivación para participar en el juego, a pesar de que conoce a la primera cada nota y cada verso de toda pieza y sabe reproducirlas todas de memoria. Y después de que la reunión de ilustres se hubo divertido de lo lindo con el *Wirtschaftsquartett* y hubo terminado de colocar por orden alfabético las familias viticultoras de cada una de las regiones vinícolas de Europa del Este, por fin recobran el juicio y el día padre-hijo desemboca en una forma de convivencia agradable, en la que el círculo se reparte entre los amplios sillones y los sofás.

Los padres disfrutan del humo habano de Fidel, enemigo acérrimo, los hijos hurgan en las chucherías distribuidas en platitos de plata y, de fondo, a un volumen agradable, un jazz moderno hace plimplín. Harold y Melvin comparten sofá en inmediata proximidad a Jeremiah y David Newsom y, ya que están, aprovechan para escuchar su cultivada conversación.

–Ayer me encontré con el nuevo padrino de bautismo de Tony Blair –dice Fred Gillespie, y añade después de una pequeña pausa teatral–: Ahora trabaja ochenta horas a la semana –se desata la risa por doquier. Melvin es el único que le mira con aire distraído y con desprecio. Tampoco Harold puede seguir el hilo a la perfección, ya que tiene complicaciones con un cigarro, el primero de su vida, que le envuelve la cara con vapores de humo haciendo disminuir peligrosamente su aporte de oxígeno.

–No sé si os he contado ya que mi prima-abuela fue coronada en Las Vegas en 1956 como Miss Bomba Atómica –bromea Brian Krieger, y cosecha unas merecidas sonrisas en todas las caras. El gesto de Melvin es el único que se oscurece cada vez más; tiene la impresión de que su buen carácter no se ha visto puesto a prueba de semejante manera en todos sus años de existencia.

–¿Qué os parece si tomamos una copita de coñac? –pregunta Jeremiah Newsom mientras señala con la mano una mesita supletoria en la que reinan una botella ligeramente empolvada y cinco copas–. Un Hennessy número 1.

–Maravilloso –dice Fred Gillespie.

–Formidable –dice Martin Dahoney, y Brian Krieger asiente también, respaldando la decisión.

–¿Rupert? –pregunta Jeremiah Newsom.

No reacciona. Melvin le da a Harold un golpecito en el vientre con disimulo.

–Disculpen, ahora mismo mi padre tendrá una vez más la cabeza entre quarks y leptones. Con mucho gusto se toma una copa. Mr. Newsom podría...

–Puedes llamarme Jeremiah. Es nuestro día padrehijo.

–Jeremiah, ¿podría preguntarle algo personal?

–Adelante.

–¿Cuándo se casó?

–Bueno, el mes que viene, el día 23, para ser exactos, haremos exactamente catorce años. Y puedo afirmar con la conciencia bien tranquila que no me he arrepentido en

ningún momento de mi decisión. Si obviamos alguna que otra visita a casa de mis suegros –risa generalizada, Jeremiah Newsom es considerado en el barrio como un lisonjero impagable y un fino humorista.

–Durante todo este tiempo, ¿ha sido usted infiel a su mujer, digamos hace once años, diez meses y tres días?

Silencio. De súbito. Como si hubiera llegado de la nada. Harold piensa que Melvin quizá no haya tenido en cuenta en algún momento la delicadeza de la diplomacia, y moja con cuidado los labios en el coñac, que activa sus papilas gustativas como si fuera un secador de pelo en funcionamiento que se sumerge en una bañera llena de agua.

–No acabo de entender.

–La época en la que vivimos es ciertamente complicada para las personas inteligentes. Si en algún momento fue débil, si su Dioniso fue más fuerte que su Apolo. ¿Sus hormonas llegaron a alcanzar un impensable momento de victoria sobre la metafísica? ¿Se entregó a la copulación extramatrimonial, sin ser plenamente consciente de las consecuencias que podría acarrear?

Silencio una vez más. Miradas curiosas.

–Sigo sin acabar de entender.

–¿El nombre Denise Bentham le dice algo?

–No.

–Piénselo de nuevo con tranquilidad.

–No hace falta.

Jeremiah Newsom adopta una posición erguida que retrata a las mil maravillas la incomodidad. En una novela policiaca el ambiente podría describirse sin problemas como gélido, y si Harold hubiese tenido bufanda y gorro a mano, se los habría puesto sin dudar.

–¿Completamente seguro?

–Completamente –Melvin se queda mirando fijamente a Jeremiah Newsom a los ojos y no encuentra el más mínimo indicio de que esté mintiendo. Nada de sudor en la frente, nada de manos temblorosas, ni siquiera unos guiños inconscientes–. ¿Podría ser que no tuvieran ustedes nada que ver con Rupert y Nicolas Livingston?

–¿Sería una tragedia para su día padre-hijo?

–Coincidirá conmigo en que, lamentándolo mucho, nos tenemos que despedir.

–Es increíble lo rápido que pasa el tiempo. Han cantado ustedes muy bien.

18

Melvin no está de humor. No tiene el humor que requiere una insolencia tan manifiesta. Ha visto ya muchas cosas en toda su vida, pero lo de este lugar rompe con todos los moldes.

–Su establecimiento parecía mucho más agradable en internet.

–Es lo que tiene internet.

Melvin frunce el ceño y se queda mirando al recepcionista con la mayor hostilidad de que es capaz. Completamente efectiva, le parece a Harold, porque consigue cambiar la expresión de la cara del conserje, arrugada desde hace años. De la indiferencia al desinterés más absoluto. Vuelve a inclinar la cabeza sobre el libro que, abierto ante él, debe de contener informaciones mucho más importantes, y pasa con cuidado las páginas hacia delante y hacia atrás con unas manos que la edad ha llenado de manchas.

Melvin no se puede creer que estén en la «Pensión Molly Bloom, con una atmósfera familiar apta para los gustos más exigentes». El hall de recepción no se diferencia mucho de un cuarto escobero generosamente espacioso, el mobiliario podría pasar por aquel botín de guerra del mismo Churchill que nadie quiso y el tosco parqué plagado de manchas no ha vivido la experiencia de la limpieza desde hace años.

–¿Qué le parece un descuento de, digamos, 20 libras? –pregunta Melvin en un tono que no se puede calificar de amable. El recepcionista necesita unos cuantos segundos para dirigir su concentración a los huéspedes y permanece durante un momento eterno sumido en una absoluta falta de vida.

–No.

Harold no percibe a primera vista ningún espacio para algún tipo de negociación y se da por satisfecho con poder disponer de una habitación, una cama, un poco de calma. Melvin no lo acaba de ver de la misma manera.

–Buen hombre –intenta reanimar la conversación una vez más, pero se ve interrumpido de inmediato por el dedo índice del conserje, que señala un objeto a la altura de su corazón.

«Mr. Perkins» reza un cartelito negro medio descosido de una chaqueta tan lavada que tira al rosa y que en sus mejores días debía de hacer de un simple hombre un recepcionista en toda regla, cuando los dos botones que le faltan no impedían la visión de lo esencial: la persona más importante del hotel, la instancia encargada de la acogida, el poder sacrosanto sobre la información y la comunicación, la sabiduría y quizá también la omnisciencia.

–Querido Mr. Perkins –retoma Melvin una vez más–, a juzgar por las 22 llaves que veo que aún cuelgan en su pared, de un total de 24, puedo suponer que por el momento no tiene que afrontar precisamente un problema de sobreocupación. Es más, parto de la base de que le ocurre todo lo contrario y de que, en su actual situación, está usted en disposición de sentir gratitud por cada cliente nuevo.

–Por supuesto –dice Mr. Perkins.

–Muy bien. Y seguramente le gustaría tener 80 libras más en la caja.

–Cierto.

–También al dueño del hotel le gustaría.

–Por supuesto.

–Desde un punto de vista empresarial, no existe ningún tipo de inconveniente, ¿me confundo?

–Absolutamente ninguno.

–¿Tendría incluso sentido desde el punto de vista de la economía nacional?

–Claro.

–Sin olvidar que su puesto de trabajo depende lógicamente del volumen de ocupación.

–Naturalmente.

–¿Le gusta a usted su trabajo?

–No soy capaz de imaginar otro mejor.

–Probablemente, no sería nada fácil que a su edad lo volvieran a contratar en otro sitio.

–Nada fácil, seguramente.

–Vería la vida de otra manera.

–Efectivamente.

–¿Está usted casado?

–Sí.

–Todo el día en casa...

–Horrible.

–¿No sería mejor para todos? ¿Para nosotros, para usted, para su jefe, para su mujer, para el hotel, para el sindicato, para el gobierno, para el reino?

–Podría verse así.

–Sería como un premio que se repartiría entre todos los agraciados, una victoria de la razón práctica, un día para poder pensar en un mundo mejor.

–Impresionante.

–¿Ve usted? Y por eso le vuelvo a preguntar una vez más: ¿qué le parece un descuento de, digamos, 20 libras?

–No.

Melvin clava su mirada en el recepcionista, como si fuera un mameluco. A Sócrates le resultaba todo mucho más sencillo. Los esclavos, las matemáticas y la mayéutica en general. ¿Se ha vuelto idiota la gente desde entonces? ¿Qué parte de la argumentación no se ha percibido con claridad al otro lado del mostrador? ¿La lógica sigue siendo poco más que un castillo hinchable? ¿Cómo se le puede clavar un clavo al cerebro para fijarlo?

–¿Dónde tiene que firmar mi tío materno en tercer grado?

–Abajo a la izquierda.

Harold percibe que le dan paso y sobrevuela la hoja con un bolígrafo atado a una cadena, mientras Mr. Perkins presiona dos veces el timbre del mostrador. Se abre una puerta lateral y un chico, apenas más alto que Melvin, sale atropelladamente y se cuadra en silencio ante ellos. Las mangas ajadas de su uniforme le cuelgan de los hombros y, sobrepasando las manos, le llegan casi hasta las rodillas. Su gorro de botones parece desbordarle.

–Habitación número 21 –dice Mr. Perkins, y le da la llave al botones, que toma rápidamente en sus manos el equipaje, examina con la mirada a los huéspedes y respira hondo dos veces.

–Síganme escaleras arriba, por el pasillo, al fondo a la izquierda. Tienen la suite presidencial. Enhorabuena.

Cuando al final una derrota se vuelve de repente una victoria, un amago de entusiasmo es una reacción emocional perfectamente humana. Fue el caso también de Napoleón. Melvin muestra su gratitud al botones por sus servicios y su intención, lógica y normal, de mostrar buena voluntad ante la precariedad, y le hace un gesto cediéndole el paso. Cada uno de los escalones de la vacilante escalera cruje y chirría con cada carga que se le aproxima demasiado, la barandilla de madera maciza se sostiene como puede y un olor a limón y podredumbre restringe por momentos cualquier aporte de oxígeno. Las paredes verde caza pierden por completo su enlucido en lugares muy comprometidos y, a modo de recompensa por haber alcanzado el primer piso, les aguarda la visión de un ciervo de doce puntas a la altura de los ojos, cuya cornamenta ha padecido las plagas de los niños, las termitas y un fuego de dimensiones bíblicas. El botones se detiene ante una puerta que da la impresión de no haber sido abierta ni una sola vez en los últimos treinta años. Hay unos números clavados a ella. Indican el final de trayecto.

Habitación 21.

La suite presidencial.

El botones introduce una llave dorada que chirría en la cerradura y abre con cuidado la puerta, como si no estuviera muy seguro de lo que se pueda encontrar al otro lado. Con mano diestra encuentra el interruptor de la luz e ilumina lo que Melvin habría preferido que no hubiera tenido que mostrarle.

–Aquí es. Hay toallas limpias todos los martes, el baño funciona, el canal porno se cobra aparte. Les deseo un feliz descanso.

19

Las hojas murmuran como si alguien les hubiera susurrado al oído noticias importantes que ahora deben llevar volando a todas partes para que todo el mundo conozca el milagro que está a punto de ocurrir. El camino es irregular, en algunos lugares ni siquiera se reconoce como tal, y las balas de cardos alcanzan proporciones poco comunes para sus dotes naturales. Ante el más mínimo roce contraatacan con atrevimiento y dejan tras de sí heridas que parecen ríos de lava, pero no hay ninguna posibilidad de retirada, y por qué iba a haberla. Si la niebla fuera un poco menos densa y el rocío no convirtiera cada víctima en un pequeño biotopo húmedo, podría pasarse por alto la súbita llegada del frío. Pero con semejante panorama, todo meteorólogo merece ser legalmente decapitado y

descuartizado. ¿A quién se le ocurriría planear esta caminata y por qué oscuro motivo nadie trajo té caliente y pastas glaseadas?

Chapoteos. A corta distancia y de una forma cada vez más ruidosa a cada paso que dan unos pies doloridos, que se niegan ya a soportar más peso y que, de poder hablar, darían rienda suelta a la queja. Chapoteos. Una vereda y, casi tres metros más allá, una bifurcación. Una luz tenue a la izquierda, más bien un resplandor, que no da pie a la esperanza. «Mira, Harold, mira», cuchichea una voz, «el riachuelo de ahí delante, cómo serpentea, adónde irá y quién será el que lo descubra». Los árboles se amontonan como si los hubieran plantado los dioses, prietas sus filas, y si hubiera que custodiar un tesoro, no habría lugar más seguro en toda la tierra. Los troncos nudosos no cesan hasta el terraplén que da paso a un estrecho sendero que discurre a lo largo de la corriente reservada a héroes procedentes de un pasado hace tiempo olvidado. Pero no tiene a mano una varita mágica, ni una espada, ni siquiera una honda. Una pena, la verdad. La nieve hace su aparición; caen con suavidad desde el cielo unos copos grandes como bolas de algodón que empolvan el paisaje hasta convertirlo en un cuadro fabuloso cubierto de inocencia. No desentonaría el tintineo de un arpa en la o en Do bemol, pero en su lugar reina un silencio gélido. Ni siquiera el río tiene fuerzas ya para salpicar, como si temblara de frío por el infortunio que empiezan a advertir. Seguramente, una mera coincidencia. Se forma una capa de nieve de varios centímetros, que marca unas huellas capaces de proporcionar información exacta sobre el tamaño y el peso del caminante, en caso de que a alguien le interesara. Crujir de ramas, respiración pesada, alguien, algo, en plena persecución. No girarse. No. En esta época del año hay muchas liebres de las nieves, no hay motivos para la intranquilidad. Las cazan los zorros. Y a los zorros, los lobos. Y a los lobos, los osos polares. Y a los osos polares, el Abominable Hombre de las Nieves. Desde un punto de vista teórico, así se cierra la cadena alimenticia. Pero a pesar de todo, no sería ninguna tontería acelerar un poco el paso. Aunque cueste y cada pisada se hunda más en el blanco crujiente. Motivación. Cantar motiva. ¿Por ejemplo *Spooky Jack-o'Lantern Man*? Sí, es cierto, no acaba de pegar. ¡Pues entonces *Twinkle, twinkle, little star*! ¡Todos juntos!

Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are.
Up above the world so high,
Like a diamond in the sky.
Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are!

When the blazing sun is gone,
When he nothing shines upon,
Then you show your little light,
Twinkle, twinkle, all the night.
Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are!

Then the traveler in the dark
Thanks you for your tiny spark;
He could not see which way to go,
If you did not twinkle so.
Twinkle, twinkle, little star,
How I wonder what you are!

Empieza a oscurecer. Con demasiada rapidez. Pero no da miedo. No da miedo. No miedo. Miedo. Si las ramas no crujieran haciendo un ruido cada vez más audible. Venga de donde venga, se deba a quien se deba. Pero, mira, ahí, una casa, en el claro, muy cerca, quizá sea un lugar agradable, igual hasta hay té caliente y pastas caseras de canela. Está construida con troncos recios, la casa; una chimenea de la que sale un humo que imita a las nubes aborregadas, y una ventana de la que emana una luz cálida que desata un estremecimiento agradable en quien camina a través del frío. ¿Es éste el lugar que pone fin a toda búsqueda, el que garantiza un descanso eterno y el que a partir de ahora podrá llevar el nombre de hogar? Sé valiente, Harold, sólo un paso más, sólo un paso.

La puerta cruje como en un achaque. Un hombre está sentado en la cocina ante un horno en el que unos haces de leña lanzan unas chispas brutales contra la puerta de cristal. El hombre resulta conocido. Por algún motivo. De alguna manera.

Es Humphrey Bogart.

Humphrey Bogart.

Increíble.

Guay.

Humphrey Bogart se quita el peluquín como si no se sintiera observado; bebe, probablemente whisky, pero a su huésped no le ofrece nada; parece no notar su presencia, como si fuera invisible. Tiene un conejo en las manos. Pero el conejo hace tiempo que está muerto. Tiene el cuello partido. Humphrey Bogart habla consigo mismo. Está loco.

Humphrey Bogart besa al conejo en la mejilla y lo introduce con cuidado en el horno, que recibe al recién llegado con un fogoso ardor. Revuelve en sus bolsillos. Una caja. Un cigarrillo. Lo enciende con una cerilla que prende contra el respaldo de la silla. Con cada calada desaparece su cara, cada vez más, en la niebla del humo.

Crujidos.

Se aproxima. Ha seguido las huellas.

–¿Harold?

Tiene voz.

La puerta chirría al abrirse.

Una luz deslumbrante hace que sólo pueda distinguirse una silueta.

Es demasiado pequeña para ser un ser humano.

Tiene más bien el tamaño de un ni...

–Despierte, Harold, seguimos ruta.

Lunes

20

El pescado apesta. Es un pez de San Pedro y por la pinta que tiene parece como si se lo hubieran arrebatado al mar hace ya meses. Han sumergido su lamentable estado en aceite para quitar a los hambrientos su exagerada timidez, confundirlos y hacerles confiar en una engañosa apariencia. Harold no es un incrédulo, así que pesca los pedazos pringosos que hay en las servilletas y que hace ya tiempo que se han dado por vencidos, sin capacidad de absorber más grasa. Los tristes trozos de patatas, a los que llaman *chips*, sólo pueden saborearse con una benignidad compasiva. El cloruro de sodio es su única vestimenta, la sed su consecuencia. Harold querría llorar de felicidad, pero el kétchup se niega a salir del sobre. Las gaviotas chillan no tanto en son de amistad como de reivindicación. Buscan satisfacer su apetito en la basura de la forma más rápida que les sea posible. También ellas adoran el pescado frito y sin ojos y, si algún día entraran en el cielo de las gaviotas, esperarían encontrar árboles en los que creciera semejante exquisitez.

Melvin sorbe Coca-cola de una lata roja con una pajita, no le preocupan esas gorronas con alas. Está sorprendido por haber llegado a Brighton sin que ocurriera nada raro, a pesar de la evidente incompetencia de Harold en materia de destrezas al volante. A esas alturas, Melvin ya se ha acostumbrado a que otros conductores, incluso por encima de los 80 años y con innegables problemas de vista, les adelanten llenos de ira en las curvas más cerradas, renunciando sólo en virtud de su esmerada educación a los gestos obscenos y un sinfín de bocinazos. Melvin los comprendería perfectamente, pero un inglés es un inglés, un *gentleman* de los pies a la cabeza. Ya va siendo hora de concentrarse en el siguiente objetivo. Es la primera vez en su vida que está en un muelle; quería venir y todo es exactamente igual a como se lo habían descrito.

El Palace Pier es la mayor atracción de Brighton. Sobre todo después de que el West Pier haya sido pasto de unas llamas crepitantes. Pirómanos. Se comenta. Un esqueleto oxidado es el único resto que testifica un pasado glorioso. Sin embargo, en el Palace Pier incluso hoy reina el placer. Es un templo dedicado a la diversión desenfrenada, con la montaña rusa, el tren fantasma y los rápidos simultáneamente fuera de servicio. A cambio, el turista puede introducir la cabeza en una imagen para hacerse una foto, a elegir entre una socorrista rubia o el imbécil con manguitos que descansa en sus brazos. Para mayor excitación, está la multitud de tragaperras para todos los gustos en el nivel más alto de adrenalina.

«Experimente la aventura en moto o en helicóptero, sea un héroe. También puede matar gente. Con pistola o con fusil. Aunque no es obligatorio. Si lo desea, puede disparar contra pirámides de latas y ganar pasta de dientes o pescar y liberar un muñeco de la jaula de los peluches. No hay que ponerle puertas a la fantasía. Dos boletos por el precio de uno. Compre ahora.»

Harold y Melvin se han acomodado a las puertas del infierno lúdico. En un banco techado que da al canal. Las olas golpean suavemente contra los pilares, a lo lejos se escucha el carrusel infantil y sopla con fuerza el viento del nornoroeste. Huele a mar y palomitas, a un mundo que sólo abre los domingos. Como para variar está lloviendo, la afluencia de público puede abarcarse con la mirada. Aquí y allá pasean jubilados reventados de cansancio sobre el entablado, las caras arrugadas, como si la rigidez cadavérica hubiera levantado un campo de pruebas. Están vestidos con gran profusión de colores, del gris mate al amarillo manteca, y antes de que sus pintas embriaguen la vista, es el olor lo que anuncia su llegada indefectiblemente. Auténtica lavanda, entre pútrida y mohosa, un material idóneo para arrastrar a las polillas a la locura. En opinión de Melvin y visto de forma eufemística, es el lugar perfecto para alcanzar el punto de ebullición de la diversión.

Harold se siente agradecido. Mastica los últimos bocados de pez de San Pedro y ayuda a pasar su desagradable gusto con té frío. Se siente agradecido por el hecho de que el Pier ofrece una apariencia relativamente estable, por el hecho de que las tablas bajo los pies le protegen de la humedad profunda. Pero tampoco se siente completamente seguro, está ojo avizor, nunca se sabe. No sería descartable que viniera un tsunami y los arrastrara a todos al mar. Harold no ha aprendido a día de hoy cómo mantenerse a flote. La culpa la tiene su fobia. Su única fobia. Y la culpa la tiene Ethan Fowley.

Ethan Fowley era el mejor amigo de Harold en el colegio. Aunque no sabía su nombre, sabía que iba a la otra clase de su mismo curso. Su padre tenía un pequeño cineclub en Kensington. Con pulgas de verdad. Y como la madre de Harold y Mrs. Fowley se entendían de maravilla, una buena tarde decidieron que era una idea formidable que Harold pasara el fin de semana en casa de los Fowley para que los dos jovencitos pudieran hacer cosas de jovencitos. Harold se decidió por contraer una afección gastrointestinal, pero no le sirvió de nada; tuvo que ir el fin de semana de todas maneras. Se lo pasaron genial. Estuvieron jugando cinco horas seguidas: el que primero hablara perdía. Ethan Fowley había nacido para perder. Tras cinco horas y tres minutos, tiró la toalla y sugirió bajar las escaleras e ir al cine, pues a esas horas ya no habría nadie y él sabía poner en marcha el proyector. Harold no tenía nada en contra, ya que no podía ni imaginarse siquiera la experiencia tan traumática que le esperaba. La experiencia traumática tenía un nombre: *El viejo y el mar*. La habitación se oscureció, el proyector crepitaba su avance contra la pantalla amarillenta y Harold se sintió incómodo desde los primeros minutos. La película tenía algo amenazador; el mar, una profundidad que sólo reflejaba un presagio oscuro de todos los horrores que aguardaban en sus profundidades

a los temerosos. Cuando Spencer Tracy venció por fin al marlín tras una lucha épica y lo ató a su bote, Harold era un naufragio de nervios. A Ethan Fowley le tenía que estar ocurriendo otro tanto de lo mismo, porque tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Y hacía bien, porque así no tenía que seguir mirando cómo surgían de la nada primero un tiburón, luego dos y finalmente cinco millones, puntuales a la hora de la cena. Arrancaban trozos enormes del cuerpo del marlín a tirones y empellones, hasta que las suaves olas sólo mecían ya el triste esqueleto de la cabeza y la raspa. Al acabar la película Harold, bañado en sudor, despertó a su mejor amigo Ethan Fowley, que se limitó a ladrarle desde el sopor por haber interrumpido su sueño reparador. Y eso que Ethan Fowley tenía más granos que pelo. Pero esta experiencia los unió para siempre, y a partir de entonces siguieron caminos separados.

–*On a dark desert highway*...

21

El pedigüeño interpreta un solo. En un xilófono.

Melvin le clava la mirada, no sabe cómo ha llegado hasta ahí ese individuo que huele a indisposición, ni por qué tiene que estar sentado junto a ellos haciendo sonar una música espantosa. Los gérmenes bailan ingrávidos sobre las greñas de su barba, en sus uñas se agarra la mugre de hace decenios y su vestimenta es un espacio donde las bacterias llevan una vida licenciosa.

–*Welcome to the Hotel California*... –el individuo tiene seguramente todas las enfermedades del mundo, y adicionalmente algunas que no serán descubiertas por la medicina hasta dentro de un par de décadas, desatando oleadas de pánico entre la población– ...*such a lovely place*... –escupe al cantar– ...*such a lovely face*... –tos jadeante.

Final de furia en el xilófono. Pausa. Tiempo para el aplauso atronador. Pero el público permanece callado.

–Espero haber contribuido a su entretenimiento y les agradecería una libra para poder comprar algo de comida caliente.

Melvin mira fijamente al pedigüeño, estupefacto.

–¿Lo dice en serio?

–Claro.

–No.

–¿Por qué no?

–Tiene que ver con la oferta y la demanda.

–No lo entiendo.

–Usted ofrece algo que nadie demanda.

–¿Nadie?

–No.

–Podría tocar *Teenage Kicks*.

–No, gracias.

–¿*This is not a Love Song*?

–No.

–¿*Hells Bells*?

–¡No! Escúcheme, estoy francamente impresionado por la forma en que se enfrenta a su incapacidad. Seguramente no será fácil golpear con auténticas cucharas de madera un xilófono que sólo tiene ya seis palisandros tan sueltos como quebradizos que continúan como pueden con su existencia fracasada. Pero a su voz y a su oído les pusieron límites francamente estrechos. Lo mejor será que se ampute una pierna, que sostenga en las manos un trozo de cartón que rece: «Por vosotros he matado niños pequeños en Afganistán», y que se siente como un trapo descosido delante de un Starbucks. Creo que tendría un éxito mucho mayor. Le estaría además muy agradecido si moviera su cuerpo leproso, excreciones incluidas, en dirección este, porque mi sistema inmunitario está atravesando una fase depresiva. Muchas gracias.

A Harold la música no le ha parecido tan mala. El pedigüeño mira al suelo apesadumbrado; Melvin, de nuevo al agua. Ya es suficiente. Además hay otro problema completamente distinto. Melvin ha reunido los siguientes datos sobre Jeremiah Newsom número dos: boxeador, 37 años, 124 kilos de peso canal, nombre de guerra Jonny Danger. Ha podido incluso averiguar que Jonny Danger está anunciado como telonero de un combate para el título de campeón provincial en East Sussex. Pero nadie ha podido indicarle hasta ahora el camino al Memorial Stadium John Christie, ni tampoco sabía nadie si el Memorial Stadium John Christie existe siquiera. Ni los dos taxistas de Yakarta, ni el empleado del Registro Civil que estaba delante del *sex-shop*, ni mucho menos la mujer del carrito de bebé vacío que por algún motivo parecía un poco histérica.

Melvin vuelve a clavar la mirada en el pedigüeño. El vagabundo mira a Melvin. Preguntando con unos ojos en los que se adivinan destellos de esperanza.

–Si no, podría...

–No. Pero ¿es de aquí?

–Sí.

–¿Sabe dónde está el Memorial Stadium John Christie?

–Sí.

–¿Cómo llegamos hasta ahí?

El pedigüeño se muerde la uña del pulgar derecho y arruga la frente. Reflexiona. Le gotea la nariz.

–¿Necesitáis esa información?

Melvin está sorprendido de la cantidad de ingenio que alberga aún su frágil existencia.

–Bueno, vale, tenga su libra.

–Cinco.

–¿Perdón?
–Tiene que ver con la oferta y la demanda.
–Mi querido pedigüeño, no sea usted grosero.
–También podría tocar *Stairway to Heaven*.

22

Harold y Melvin llegan justo a tiempo de escuchar el gong de la tercera ronda. Las 5 libras han sido una buena inversión; si no, no habrían dado nunca con el Memorial Stadium John Christie, tan lejos, fuera de la civilización. El templo de las refriegas hercúleas es un polideportivo de barrio de una notable modestia, en el que, tal y como rezan los carteles, los miércoles se ofrece la aventura del yoga para mujeres por encima de los cincuenta y no hace falta preinscribirse. Poco menos de cien espectadores se pierden entre los escasos asientos, y el aroma embriagador de sudor de clase baja privilegiada y cerveza insípida da fe de una autenticidad elegíaca. A la revelación olfativa que le hace tambalearse y caerse sin consciencia le sigue un impacto no menos complejo en los impulsos visuales. Gracias a la selección darwiniana, el público es un muestrario de la osadía humana. Jóvenes empresarios con cierto escepticismo hacia el trabajo en general, chuloputas jubilados anticipadamente, grupos de ayuda mutua con pasado de migración, hooligans por cuenta propia y padres de familia con cazadoras de domingo. Junto a Sophie's, el puesto de prosecco con el vaso a 99 céntimos más una libra de depósito, tres damas embriagadas hacen chistes obscenos. El resto del público, masculino, no se escandaliza ante la incontinencia femenina y asiste a la lucha con más o menos interés. Harold y Melvin están sentados en tercera fila, buena visibilidad, nadie delante; tan sólo tres asientos a la derecha se sienta un individuo extenuado por la vida con una gorra de béisbol amarilla que esnifa tabaco.

El ring aún no ha dado por perdida del todo su frágil existencia y alberga a dos boxeadores que recuerdan ligeramente a los seres humanos. Melvin no está seguro de cuál de los dos héroes es Jonny Danger. Sólo puede ser el titán de calzones azules, que es capaz de bailar sobre los pies con tanta agilidad y cuyo cuerpo entrenado brilla como el chocolate envuelto en la luz del proyector. ¿Un negro? ¿Corre sangre africana por las venas de Melvin? Por qué no. En cualquier caso, es imposible que el otro sea Jonny Danger. Es difícil distinguir qué es exactamente. La cara despierta compasión por culpa del puño certero de su contrincante, no puede reconocerse el color de sus ojos a través de la hinchazón y la nariz es una solanácea de voluntad endeble. El torso apretado refleja la trágica vehemencia de una glotonería sin mesura, con la carne convertida en la antítesis de la gracia heroica. Y a pesar de todo, parece que su cuerpo tatuado de cicatrices se ha batido en peleas con las que Aquiles sólo se atrevería a soñar. Un monumento animal, sin duda, de una honradez poco habitual y adornado con unos

breves elementos pictóricos. En el bíceps derecho salta a la vista una equívoca sirena a punto de entrar en la menopausia y en la espalda se ve, inmortalizado, el principal patrocinador: Barney's Cerrajeros S. L. Se cubre con la derecha, o sea: es zurdo, como Melvin. Casualidad. Pura casualidad.

–Venga, reviéntale la boca al negro, pichafloja –grazna el tipo de la gorra de béisbol amarilla que esnifa tabaco. Melvin se queda mirándolo. Tras un análisis profesional deduce que se trata de un experto.

–Disculpe, ¿quién de los dos caballeros del ring es Jonny Danger?

El hombre de la gorra de béisbol amarilla pone cara de tener un montón de sabiduría basura y esnifa tabaco.

–Pues el del suelo, ¿quién si no?

Melvin se vuelve a girar. Un fuerte gancho de derecha ha enviado a Jonny Danger a las tablas. De lo que le queda de nariz gotea algo parecido a la sangre; el tipo está para el arrastre, eso está claro. Ni siquiera el mismo Lenny Ferguson daría un duro por él, porque nada hace pensar en el ave fénix y sus cenizas; como mucho en las cenizas, pero sin fénix. El árbitro cuenta hasta siete cuando Jonny Danger, en un último esfuerzo, se levanta agarrándose a las cuerdas e indica con un ligero bamboleo estar preparado para la humillación final. Sin embargo, antes de que el negro titán haga darse la vuelta a la resurrección, resuena un gong de hojalata, y Jonny Danger, para sorpresa de todos, consigue dar con su esquina. Ahí le están esperando. En teoría, debería ser su entrenador. El teórico entrenador, un flaco sesentón con una chaqueta de chándal oxidada, le limpia como puede la sangre con una esponja húmeda; no trata las heridas, hay demasiadas, no sabría muy bien por dónde empezar. Parece darle más importancia a la motivación psicológica:

–Lo estás haciendo muy bien, chico. Casi lo tienes. Ya no puede más. Tu nariz es un arma. Sin duda. Pero tienes que sorprenderle, vuelve a darle con el puño. Aunque te duela.

Una barriobajera gorda y de pelo graso da unas vueltas en solitario por el ring con aire procaz y sostiene un cartel de cartón con un cuatro escrito a mano. Desde una esquina oscura próxima a la zona de los aseos alguien le grita «tápate». Se ríe un caballero que se ha puesto la cazadora de los domingos. Los ánimos, aunque poco a poco, se van calentando. Se acaba de destapar sin duda la caja de los truenos. El entrenador friega la protección bucal en la escupidera, le da un par de bofetadas a su pupilo y le dice:

–El dolor está en tu cabeza.

Animado, euforizado de esta manera, Jonny Danger se tambalea hasta el centro del ring, suena el gong y la tragedia retoma su curso. Una clásica combinación de izquierda y derecha le golpea de inmediato, huye hacia adelante, los cuerpos impactan entre sí y una oleada de perlas de sudor danza en el aire con una elegancia suprema. Separación. Continuación. Los golpes son cada vez más fuertes. Suena chac, bum y también plas. Algunos espectadores se ponen en pie de un salto, huelen la proximidad del desplome, el

dulce sabor de la destrucción total. Harold se tapa la cara con las manos; una dosis demasiado elevada de dolor hace que le duela físicamente sólo con mirar. Un gancho de izquierda directo al hígado le corta a Jonny Danger el suministro de oxígeno; no hay finta posible, es inevitable. Ya no ve el *uppercut* que se aproxima y que le impacta debajo de la barbilla. La cara es una próspera zona de absorción de impactos, el cuerpo cae al suelo desmadejado, la cabeza rebota contra las tablas tres veces más, hasta que finalmente se para. Ausencia total de movimiento.

Está moribundo. Silencio.

Jonny Danger ha muerto.

23

El vestuario debe su aura de confort al hormigón desnudo, un catre y una taquilla abollada forrada de pósters en los que unas mujeres desnudas muestran sus características sexuales primarias. Jonny Danger está tumbado en una camilla; alguien, un médico o un solador, no puede precisarse con total seguridad, le recoloca el ojo a golpecitos. Hay un fuerte olor. La habitación no tiene ventanas, faltan fuentes de aire fresco. Un popurrí de sangre, sudor y aliento ácido cosquillea en los tabiques nasales, un hedor muy sugestivo para los misántropos. Harold y Melvin se han parado en el umbral de la puerta, observan a Jonny Danger de espaldas y supervisan los primeros auxilios médicos desde la distancia preceptiva.

–¡Sitio!

Un ejemplar único, consecuencia de una serie de experimentos genéticos, entra en la habitación abriéndose paso entre Melvin y Harold. Es más ancho que alto; tiene la cabeza escasamente poblada y los ojos protegidos de las miradas curiosas tras unas gafas de sol reflectantes. Se mueve con torpeza, como si se le hubiera cargado con demasiado peso. Lleva los dedos, gordos como salchichas, adornados con unos mamotretos dorados y el traje pardo ennoblecido con una estola de zorro. En su boca se mueve una monstruosidad fálica producto del arte cubano del enrollado de tabaco. Acaba de concluir la jornada laboral del aire. Extrae del bolsillo del pantalón un fajo de billetes, se humedece el pulgar y el índice con una saliva amarillenta y cuenta rutinariamente un par de billetes.

–¡Jonny, viejo veterano, vaya pelea! ¡Cuatro rondas! ¡Quién lo hubiera dicho! Te has ganado las 600 libras. Después de descontar 100 libras para el entrenador, 50 para el médico, 25 de derechos de representación, queda un monto total de 250 libras. Salúdame a tus señoras.

El matemático y el solador salen del cuarto, sin reparar siquiera en Melvin y Harold. Atrás dejan al boxeador en su camilla, derrumbado; un cuerpo que ofrece su cara herida

a la luz del neón, la viva imagen de la humildad, una obra de arte, una muestra de omnipotencia.

Melvin carraspea.

–¿Hola?

No reacciona.

–¿Mr. Danger?

El boxeador se gira. Un cuadro brutal, todo dolor y duelo, que haría las delicias de cualquier forense. Eleva un poco la cabeza, le crujen las cervicales, intenta concentrarse y se esfuerza por conseguir mirar con sus ojos hinchados en dirección a Melvin.

–¿Sí?

–Somos... esto... fans.

–¿Fans? –su voz suena blanda, casi inocente, como si su alma nadara en suero lácteo.

–Para ser más exactos, yo soy el primer presidente del Club de Fans de Jonny Danger, me llamo Melvin, y este simpático viejito que está conmigo es Mr. Harold Bacon, el tesorero.

–No me lo creo.

¿Tesorero?

–Sí. Y hemos venido para saber más cosas sobre usted, sus peleas, su vida, sus sueños y sus historias con las mujeres. Sus fans quieren saberlo todo.

–No me lo creo.

–Sí. Mr. Danger...

–Llámame Jonny –su cuerpo parece ganar en tensión, su postura es más erguida, el ánimo regresa de las esquinas por donde lloraba.

–Mr. Danger, ¿en cuántos combates ha participado como boxeador profesional?

–38.

–¿Balance?

–Una victoria, un empate.

–¿Ha perdido 36 veces?

–Escasas.

–¿Por puntos?

–Cuatro veces.

–¿32 veces por k.o.?

–Escasas.

–¿Todas las veces?

–Sí.

–Impresionante.

–Gracias.

–¿Puede andar?

–Creo que sí.

–¿Qué le parece si abandonamos este lugar inhóspito y le acompañamos a casa para

continuar esta animada conversación alrededor de una taza de té?

¿Tesorero?

24

Harold no cree que pueda ser un buen tesorero. Aunque es verdad que la contabilidad es una de sus aficiones, llevar la responsabilidad económica de todo un proyecto le viene algo grande; no podría volver a dormir tranquilo. Además ahora mismo está ocupado con otros problemas.

Ha atropellado a la Queen. Estaba de pie, parada porque sí delante de un supermercado, saludando con la mano. Ahora está tirada en el suelo y sin cabeza. Aunque Melvin opina que no es tan grave, porque nadie ha visto lo que ha pasado y la figura de cartón ya tenía algún que otro desperfecto, pero Harold no se siente nada bien. Atropellar a la Queen, sea de cartón o del material que sea, no está bien. Siete años de mala suerte le estarían bien empleados. Y todo porque a Jonny Danger se le ha ocurrido que tenía que comprar plátanos.

El supermercado no pertenece a ninguna cadena. Tiene a la venta sólo los productos más imprescindibles en la sección de frutas, verduras, cárnicos y lácteos, pero en cambio es el Potosí de los tintes capilares, películas folcloristas y remedios milagrosos de todo tipo. Unos altavoces baratos emiten música folclórica, huele a vainilla y madera de almendro. No se ven más clientes, aparte del perro vagabundo que, girando sobre sí mismo, se muerde el rabo. Detrás del mostrador refrigerado, una gorda extranjera descabeza pescado con un hacha. A los clientes no les quita de encima sus ojos de color betún, como diciendo «si lo que pretendes es robar, no me va a dar ninguna pena que hayas tenido una infancia muy dura». Harold tiene un *déjà-vu*. Nada bonito.

Sólo pueden hacer una cosa: encontrar el expositor de la fruta y salir de ahí lo más rápido posible. Pero de repente se abre la puerta, y un hindú bajito se precipita en la tienda y empieza a dar vueltas gesticulando en plan salvaje con un destornillador. Se para a poca distancia de Jonny Danger, con la cabeza roja como un pimiento, los ojos de un loco.

–¿Ha atropellado usted a la Queen?

Jonny Danger parece dudar; no quiere chivarse, pero tampoco cargar con toda la responsabilidad.

–Sólo quería comprar plátanos.

–¿Sabe usted lo que eso significa? ¡Siete años de mala suerte!

Eso ya lo sabía Harold. Si ya estaba claro, ahora es meridiano: no hay nada que hacer. Le toca regresar a casa y no volver a salir en los próximos siete años.

–Mi querido hindú –se entromete Melvin–, ¿podría enseñarme su licencia para tener ahí a la Queen?

El hindú bajito mira a Melvin con recelo.

–¿Qué quiere decir?

–Bueno, no puede usted colocar a la Queen así como así delante de su tienda. ¿Le ha preguntado a ella?

–¿A la Queen?

–Sí.

–No.

–Pues baje esos humos y limítese a ocuparse de sus vacas.

Para sorpresa de todos, el hindú bajito sale corriendo, para volver a entrar atropelladamente tres segundos después. Una vez más sostiene algo en sus manos, los ojos inyectados en sangre.

–¿Y esto qué es?

Melvin supervisa el trofeo y decide que sonreír sería una actitud demasiado postestructuralista.

–¿La cabeza de la Queen?

–¿Qué es esto?

El pequeño hindú señala algunos puntos estratégicos cercanos al techo.

–¿Cámaras de vigilancia?

–Tengo cinco más instaladas en la zona del aparcamiento, que graban todo, día y noche, ¡hasta a los asesinos!

Melvin cree encontrarse ante un bloqueo de las conversaciones y piensa cómo puede hacer entrar en razón al energúmeno. Harold considera que la palabra «asesino» viene perfectamente al caso y desea que lo metan en la cárcel. Pero de repente, como por arte de magia, el hindú bajito convierte su cara en el arco iris de la simpatía. No es que parezca estar menos loco, pero en el terreno de las ideas el cambio podría significar algo bueno.

–¿Quieren ustedes comprar algo?

–Plátanos –dice Jonny Danger.

–No hay problema, me encargo yo mismo de su pedido.

El hindú bajito coge un carro y empieza a lanzar cosas dentro sin siquiera mirar. Actúa con una velocidad notable; parece tener intuitivamente la idea de lo que sus clientes desean, antes incluso de que lo hayan manifestado. De vez en cuando desaparece entre los pasillos y se escuchan golpes y ruidos, hasta que vuelve a aparecer silbando *God Save the Queen*. Se coloca junto a la caja derrapando. La mujer del hacha está ya sentada en posición de cobrar. La compra: un paquete de henna para el cabello extra-largo, ocho tabletas de chocolate, cinco sobres de judías Kidney, un frasco de agua de rosas, un sari verde con brocados dorados con diamantes de imitación, un surtido de Mango Chutney, una vajilla de 24 piezas con elefantes pintados, un cepillo, dos kilos de arroz basmati, tres paquetes de perlas de vidrio, una hucha-tigre, una amplia selección de CD de música pop india, una botella de licor de jengibre, tres carretes de hilo dental, un paquetito de varitas

de sándalo, dos pares de pantuflas, un llavero con forma de Ganesha, un desodorante, una cámara de vigilancia y dos plátanos.

¿No lo estará pensando en serio? Melvin tuerce la cabeza, se empuja un poco las gafas nariz arriba y tose finamente tapándose la boca con el puño.

–Me parece que sólo nos vamos a quedar con los dos plátanos.

–Pues sería una pena, porque entonces tendría que incluirles en la cuenta a la Queen. ¿Tiene una ligera idea de cuánto puede costar?

Trillones, estima Harold.

25

–El Mango Chutney no está nada mal –dice Jonny Danger, y se limpia la boca pringosa con el dorso de la mano izquierda. Melvin hace rato que no dice nada. Harold conduce. La zona no parece ser uno de los sitios preferidos por las patrullas de la policía. Se ven siluetas sin cara que se deslizan precipitadamente por las escaleras, algunas de las bolsas de basura de delante de las casas se han roto y se oyen unos gritos fortísimos de vez en cuando. Los lugares en que uno se siente a gusto de verdad no suelen tener esta pinta. Menos mal que nadie tiene que ir al baño.

–¡Para! Aquí hay un sitio. Basta con darle un poco marcha atrás.

¿Un poco marcha atrás? ¿Se ha vuelto majara el boxeador? Harold entra espontáneamente en la menopausia y transpira como si ya no hubiera un mañana. Mira por el retrovisor, el hueco es lo suficientemente grande y no se ve a ningún miembro de la Familia Real por los alrededores; podría funcionar. Meter la marcha atrás, acelerar con cuidado, levantar poco a poco el pie del embrague, girar el volante hacia la derecha, frenar, pisar el embrague, meter primera, acelerar, soltar el embrague poco a poco, girar el volante a la izquierda, frenar, pisar el embrague. Nada. Ni un golpe, ni un hindú. Nada. Harold apaga el motor. Todo ha ido bien. Se bajan, ya es de noche. Las farolas derraman conos de luz sobre las aceras. Afuera hay todavía algunas damas de servicio vendiendo amor verdadero por un poco de dinero. Jonny Danger se dirige directamente hacia un edificio que, bien iluminado, parece ser la referencia cultural de la calle. En un letrero de latón pone, como si fuera un chiste, Hotel Holyflower.

–¿Vive en un puti? –pregunta Melvin, intentando seguirle el paso.

–En una casa de vida alegre –dice Jonny Danger, casi ofendido–. Aquí puedo vivir gratis, a cambio de ser algo así como el conserje.

–¿Cambia las bombillas?

–También.

Al llegar a la entrada encuentran a una mujer fumando apoyada en la barandilla, que debe de ser muy pobre, en opinión de Harold. Al parecer no tiene nada que ponerse aparte de la ropa interior. Con la que está cayendo. Se resfría, fijo.

–Qué, Jonny, ¿otra vez horas extra? –pregunta la dama, formando unas preciosas rosquillas de humo. Jonny Danger asiente disimuladamente y le regala una sonrisa tímida. La dama pisa magistralmente el cigarrillo con el pie y dirige su ser curioso hacia Melvin y Harold.

–Pero ¡qué pareja tan tierna! ¿Os habéis perdido? ¿O es que Rosie tiene que daros clases de apoyo en francés y unos azotes en el culo?

Mientras Harold se queda pensando por qué Rosie le quiere azotar el culo, Melvin tira de él y entran tras Jonny Danger en el pasillo. Es más grande de lo esperado. Huele a insecticida y a perfume barato. Está limpio, el suelo recién encerado, los cristales abombados azul cielo brillan de lo pulidos que están. Reina una extraña calma, que no acaba de encajar. Un piso más arriba se oye a Paul Anka trovar fruslerías. Aparte, sólo hay silencio, como si estuvieran entrando en la casa de un cura. La escalera cruje y parece cansada, entregada casi, pero nunca inestable. Jonny Danger se detiene en el primer piso y se palpa la camisa. Saca una llave que lleva colgada al cuello. Tiene que agacharse para poder llegar a la cerradura. La puerta se abre chirriando.

Jonny Danger no esperaba visitas. El camino de entrada está ejemplarmente cortado por montañas de papeles y ejércitos de envases vacíos sólo evitables con la mayor de las concentraciones. El cuarto es un amplio trastero con una cocina en un rincón. Un colchón, una mesa pequeña con tres sillas y una estantería llena de tonterías procuran una comodidad digna de mención. Con un gesto de dedos, Jonny Danger invita a sus huéspedes a sentirse como en casa. Se adentra en su cocina, a escasos dos metros de distancia. El Fairy debió acabarse hace semanas, los cacharros se amontonan alcanzando cotas alpinas y dibujan un motivo genial para forrar la pared. Melvin y Harold toman asiento y se quedan mirando cómo su anfitrión prepara el té; escuchando el ruido que hace buscando una bandeja, una jarra, una cuchara y tres tazas; observando cómo se golpea contra las puertas entreabiertas de los armarios, cómo se rasca el trasero, cómo coloca la bandeja en la mesa y llena las tazas con un té que debería haber reposado un poco más. No huele nada mal, pero Harold no tocaría esa taza ni en sueños.

–Y, Mr. Danger –Melvin intenta iniciar con cuidado la conversación, antes de hacer la pregunta decisiva–, ¿cuáles son sus planes de futuro?

–Eso es precisamente lo que me estaba planteando cuando hace dos meses escasos perdí contra Henry *The Killerduck* Murphy –dice Jonny Danger, y se echa en el té dos cucharas soperas de azúcar moreno.

–¿Y a qué conclusión ha llegado?

–Que ya he llegado demasiado lejos en esto. Voy a empezar a poner los cimientos para poder tener otra vida después de mi carrera.

–¿Qué carrera?

–La de boxeador.

–Ah, sí. ¿Y cómo son esos cimientos?

–Soy poeta.

–¿Es usted escritor?

–No, poeta.

–Escribe.

–Sí.

–¿Qué?

–Poemas.

–Ajá. ¿Cuáles son sus referentes?

–Mohamed Ali y Lennox Lewis.

–En literatura.

–¿En literatura?

–Sí, como literato también leerá usted, ¿no?

–Bueno, sí, en realidad leer no me gusta tanto. Soy poeta, ¿sabe? Como Lord Byron. Por algún sitio tengo un libro suyo. En algún sitio. Pero yo escribo distinto. ¿Les recito algo?

–Por qué no.

Jonny Danger se agacha y empieza a remover un montón de tetrabriks. Saca con cuidado el ejemplar buscado y lo sostiene en las manos como si se tratara de un *picasso*. Se aclara la voz.

–*Los garbanzos no lloran*. De Jonny Danger. ¿Listos?

–Absolutamente.

Jonny Danger se aclara la voz. Dos veces.

–Las hojas de los garbanzos, oh, las hojas de los garbanzos,
están sordas,
sordas, sordas, sordas,
las hojas de los garbanzos.

Harold se lo compraría de inmediato. Entre otras cosas, por lo corto que es. Melvin no piensa lo mismo precisamente.

–Quizá no se haya enterado aún, pero el dadaísmo ha muerto. En Suiza ya sólo hacen navajas.

–¿Dadaísmo?

–Quizá sea mejor que probara con la beletrística.

–¿Beletrística?

Melvin se sonríe, como si intentara explicarle a un niño de dos años que no es buena idea tragarse un tubo de Superglú, ni siquiera de postre–. Una novela. Llámela *El pluscuamperfecto clandestino*. Mejor aún, una autobiografía: *Jonny Danger. El proletariado golpea de nuevo*.

–Tengo también algo con unas rosas y el crepúsculo. Pero aún no está terminado.

–Entonces será mejor esperar a que lo haya terminado. Cambiando de tema, ¿con cuántas mujeres ha tenido relaciones sexuales?

Jonny Danger se pone más rojo que un autobús. Sorbe un poco de té y se queda

mirando los agujeros de la mesa. Melvin supone con mucha seguridad que en semejante sumidero de pecado no serán precisamente pocas.

–Bueno –dice Jonny Danger–, aún soy virgen.

Melvin ve cómo se le viene encima la bola de demolición, pero no puede apartarse a tiempo. ¿Cómo puede ser? El tipo tiene 37 años, algo ha debido de pasar. Aunque tampoco le extraña nada, vistas las pintas que tiene. Sin embargo, su condición inmaculada tiene también su lado bueno: Jonny Danger no puede ser el padre de Melvin de ninguna de las maneras; una preocupación menos, algo es algo. Melvin se siente cansado, mira el reloj de pulsera Albert Camus que le regaló su madre cuando cumplió ocho años y bosteza.

–Cómo pasa el tiempo. ¿Conoce usted algún hotel barato por aquí cerca?

Jonny Danger se lo piensa.

–Podéis quedaros en la habitación de Paris, está ingresada con una inflamación de los ovarios.

¿La habitación de Paris?

26

A Melvin en realidad le hubiera gustado mucho más pasar la noche en The Grand. En internet tenía muy buena pinta. Se le notan un poco los años, pero no deja de ser la primera casa construida en la zona. Así lo testifican los últimos vestigios, que le proporcionan un hálito que recuerda el aura otrora elegante de Brighton, cuando los reyes aún acudían ahí a respirar el aire del mar y el mal olor todavía corría por el arroyo. Por desgracia, su presupuesto no da para deseos extravagantes, como dormir encamados como príncipes al son de la música de un piano haciendo dudú. En su lugar, se escuchan los muelles de las camas vecinas, que debieron haberse engrasado por última vez hace ya un tiempo, y Paul Anka se aproxima al clímax a un volumen medible con aparatos sismográficos. Por lo demás, no se está nada mal en la habitación de Paris. Todo está limpio y es de color de rosa. La cama, las paredes, la alfombra, todo. Hasta la Torre Eiffel que brilla y los útiles para los más fantasiosos rituales de apareamiento que campan a sus anchas encima de la cómoda victoriana.

Melvin ha llegado a tontear con la idea de ponerse la bata de mangas de ángel y cuello suave, aunque al final se ha decidido por su propio pijama, que tiene estampados los premios Nobel de Física de los últimos cincuenta años. Un regalo del vendedor de neumáticos con el que su madre tuvo una relación cuando buscaba, a la desesperada y completamente desorientada, un poco de calor humano. El fontanero tampoco estuvo mucho mejor y lo del profesor de geografía es algo que Melvin aún no le ha perdonado.

Su todavía corta vida está ya repleta de cicatrices y algo necesitada de tranquilidad

para reponer fuerzas. Cuando por fin Harold sale del baño, Melvin puede apagar la luz y olvidarse lo antes posible de semejante día. Igual tiene suerte con el número tres.

Harold se mira en el espejo. En las comisuras de los labios anidan restos de pasta de dientes, los ojos se hunden en cuevas de preocupación y las mejillas le cuelgan apáticas como trapos de cocina. Así que ésta es la pinta que tiene alguien capaz de atropellar a la Queen. Un monstruo. Le gruñe el estómago, tiene hambre; no han cenado y eso no está bien. La cena es la comida más importante del día después del desayuno. Lo que daría por un sándwich de pepino y un vaso de leche caliente. ¿La salvación de su alma? Por qué no. Ya no tiene mucho más que perder: el seguro del hogar, la lámpara de cristal, el medidor electrónico de la presión sanguínea, la cubertería de plata y nada más. En realidad, el resto habría que tirarlo todo. Lastre innecesario; soltar, separar, no mirar atrás, acabar. Incluida esta relación. No es que no entienda la búsqueda de los antepasados de la herencia genética de Melvin. También a él le habría gustado haber disfrutado más de su padre, al que vio por última vez con cuatro años. Infarto de miocardio. Lo único que recuerda es el olor a pipa, responsable de la falta de aire en casa y de su tendencia a los vómitos.

Aparte, sólo posee un par de viejas botas de montar a caballo, poco más que un recuerdo: como una postal, aunque abultan más. Pero ¿fue este golpe del destino el que lo hizo descarrilar? No. La pérdida es lo único que permanece en esta vida, además del dolor de espalda. Y él, Harold, no ve ningún motivo razonable por el que tenga que dedicarse a enseñarle algo nuevo a ese jovencito. Él no es Mahatma Gandhi. El viaje acaba aquí. Definitivamente.

Harold abre la puerta que da a la habitación. Rodea la cama en dirección a las ventanas. Descorre las pesadas cortinas, abre una de las ventanas y deja que la oscuridad le acaricie el rostro. Sube al radiador la pierna derecha, roza el marco de la ventana que se desconcha poblado por pequeños insectos, se agarra, toma impulso y empuja ligeramente de sí hasta encaramarse del todo. Melvin no entiende qué está haciendo Harold. Tiene toda la pinta de que va a tirarse por la ventana. Harold respira el frío aire otoñal, como si fuera la última vez que inspirara su olor acre; a lo lejos suenan las campanas de una iglesia, las hojas crujen apuntando su final y la luna parece como si estuviera un poco ofendida. Espera un poco más. Oír. Ver. Oler. Toda la vida y sus pasajes, un poco más extensos hacia la mitad, se desaguan en cuestión de un segundo. Sólo un paso, el último impulso y se habrá cumplido.

Salta.

Melvin apaga la luz, se da la vuelta y se queda dormido preguntándose si Harold habrá sobrevivido a un salto desde un bajo.

Martes

27

Tienen que parar poco antes de llegar a Leicester. Les han cortado la carretera justo delante de sus narices. Detrás se forma un atasco de varios miles de kilómetros. Y toda una cohorte de policías vigila la oleada de coches para que a nadie se le ocurra alguna idea brillante.

Melvin no habla. Ha dejado de hablar ya desde el desayuno. Nadie ha hablado. Durante el desayuno. En esa vieja cafetería. No ha hablado la pareja de la mesa de al lado que miraba al vacío, ni el hombre de la entrada que estaba esperando nervioso a alguien o algo que no ha llegado. La comida que les han servido no tenía en principio por qué acabar con el buen humor de nadie, el problema era que la sorpresa había sido demasiado grande. Lo único que parecía apetitoso eran las cortezas que teóricamente eran de cerdo, aunque Melvin aún sigue cavilando de qué epidemia global de cambio de siglo están siendo testigos. Harold se había tomado un café, que no reconoció como tal. Habría dicho sin dudar que era puré de patata. Pero nadie se lo preguntó. Había que analizar e intentar entender cómo habían podido llegar las cosas tan lejos y por qué la única felicidad posible en la tierra se encuentra siempre a dos bloques de distancia. Para Harold la situación no era excepcional.

Y ahora les toca esperar. Esperar a que el atasco se disuelva para poder continuar el viaje. La causa del embotellamiento no es ni una colisión múltiple ni un temerario atentado terrorista de fundamentalistas islámicos. En ambos casos Melvin podría adoptar una actitud quejumbrosa y, si se diera el caso, intentar examinar los cadáveres lo más cerca posible. Para aumentar sus conocimientos de anatomía. Pero la razón de esta parada no prevista es un maratón. Cientos, si no miles, de seres sudados, deshidratados, con la cabeza roja, catatónicos y mirando a la muerte cara a cara corren hacia algún punto indefinido. Algunos simplemente avanzan dando traspiés, y si Melvin tuviera una postura próxima al humanismo o al menos no estuviera completamente en contra, sentiría compasión. Pero ¿cómo puede llegarse a comprender este tipo de justicia privada? ¿Por qué no les basta con flagelarse alguna que otra vez? ¿El rey de la creación no es ya de por sí lo suficientemente patético? ¿Y por qué no olerá bien? Harold y Melvin no pueden hacer nada más que esperar y seguir con la mirada la trágica escena. Están ahí sentados como si fueran de pastaflora. Melvin nunca había deseado con tanta fuerza que su álter ego fuera Josef Stalin. En tal caso, semejante espectáculo habría quedado liquidado de forma sanguinaria hace ya tiempo.

Harold es mucho más comprensivo con los corredores. Por su valentía, por su indomable ansia por experimentar los propios límites y por tomar consciencia del dolor en toda su crudeza. También Harold había sido un Jonny Danger, un deportista nato. Por deseo expreso de su madre. Todos los miembros varones de la familia practicaban un deporte. Su tío Nathan incluso llegó a ser campeón olímpico. En natación. Como a Harold sólo le motivan las profundidades del agua cuando la contempla desde una distancia de seguridad y los manguitos no cuadran con lo que exigen las normas de la competición, su pasión fueron los deportes, no menos clásicos, de la esgrima, el polo y el críquet. Pero o bien se caía del caballo, o bien se hacía un lío con el florete, o le sacaba un ojo a un compañero con una pelota de goma dura y 80 gramos de peso; por lo que, después de cada inscripción, su madre solía recibir una amable carta del club en la que se le comunicaba que su hijo había dejado una primera impresión formidable, pero que, pese a la mejor de sus voluntades, ya no sabían qué más enseñarle y que seguro que había otras disciplinas deportivas en las que se podría potenciar aún más su extraordinario talento. Naturalmente, le devolvían íntegra la tasa de inscripción. Con sus mejores deseos. Al final, a instancias del tío Derringham, la madre optó por inscribirlo en un club de lucha para que desarrollara su masculinidad, como suele decirse. Además a Harold la camiseta le parecía muy bonita, y las primeras sesiones de entrenamiento revelaron una teórica destreza en la ejecución de las diferentes llaves y golpes. El problema era el contrincante. Sobre todo cuando se resistía. Como ocurrió en aquel torneo amistoso entre tres ciudades en el polideportivo de una asociación registrada como centro de fortalecimiento físico y todos los participantes eran pacientes con dolores crónicos. Ya en el primer combate Harold se midió con Ivan, curiosamente apodado la Grúa de Manchester. Los dos tenían 11 años y habían resultado invictos en la categoría de hasta 34 kilos. Sólo que Ivan, la Grúa de Manchester, había ganado 41 peleas con la gorra y antes de tiempo, mientras que para Harold aquélla era la primera. Aparte de esta coincidencia, no tenían más puntos en común reconocibles a primera vista. Ivan hasta tenía pelusilla sobre el labio superior. Y tenía músculos de verdad y, cuando tiraba hacia atrás la comisura derecha de la boca con aire diabólico, dejaba al descubierto un diente de oro en el que se reflejaban los destellos del miedo, mientras que los dientes de Harold eran la mayoría de leche. Tampoco se revelaron como una gran ayuda las anécdotas del entrenador Brown sobre la táctica de combate de Ivan. Como regla general, hacía añicos a su oponente en las dos primeras rondas a base de patadas, hasta que un golpe de cadera finlandés le partía el omóplato. Cuando a pesar de todo su contrincante se mostraba dispuesto a seguir luchando, si tenía el día tranquilo acababa con él ejecutando una llave en la columna vertebral, y en los días menos clementes practicaba un *full nelson* que, para mayor seguridad, también le dislocaba la clavícula. Después de la primera tijera, que también a él le hubiera gustado ejecutar de entrada, Harold ya no se volvió a levantar. Por primera vez en su vida fue consciente de lo frágil que puede llegar a ser el cuerpo humano, de cuán rápidamente puede convertirse en historia la existencia

en la tierra incluso antes de alcanzar la madurez. Contra Wilbert, la Apisonadora de Sheffield, ni siquiera luchó, porque la grave conmoción cerebral que sufrió Harold hizo imprescindible que se le ingresara durante un tiempo para poder tratarla. A raíz de aquellos sucesos, el consejo familiar decidió suspender la carrera deportiva durante un tiempo indefinido.

28

No es un gueto. Aún. Pero dista mucho de ser un sitio bonito. Cuarenta familias repartidas en los diez pisos de un silo de viviendas que se atornilla en el cielo en forma de edificio gris y con aristas. Cuarenta timbres en el hormigón. Cuarenta células germinales con cerrojo. Tienen que buscar. Entre Karimi y Dickenson hay un J. Newsom, en el quinto izquierda. Pero la puerta se abre antes de que Melvin pueda tocar el timbre. Dos niños de color aparecen en el portal. El más pequeño lleva un radiocasete al hombro. Suenan unos bajos que se introducen en el interior del estómago de Harold provocando una irritación. El mayor está hecho a base de pura testosterona. Los dos llevan una ropa demasiado amplia y tienen la misma pinta que los extras del videoclip sobre la cultura afroamericana de los ochenta que Melvin había tenido que ver y que había sacudido los cimientos de su inquebrantable actitud antirracista.

–Qué pasa, tronco, ¿pa' dentro o pa' fuera?

Melvin intenta descifrar la pregunta, pero prefiere seguir a Harold, que se cuela rápidamente hacia las escaleras pasando junto a los dos chicos. Es una escalera luminosa, pintada hace años de un verde mate, sin *graffiti*, y casi parece limpia. A cinco metros escasos de distancia se abre el ascensor. Una mujer mayor, de unos 140 años, o quizá más, sale hurgando en el suelo con el bastón y grazna:

–¡Negros! ¡Negros! ¡Todo lleno de negros! –se queda parada frente a Harold, le mira a través de sus ojos nebulosos y le pregunta–: ¿También usted es negro?

Harold piensa una respuesta pero Melvin lo mete de un empujón en el ascensor, que se va a marchar sin esperar. Las puertas se cierran antes de que pueda darle al 5. El ascensor sube entre quejidos y a trompicones, más allá del tiempo, como si fuera una película francesa que no termina nunca hasta que se queda uno dormido. A no ser que actúe Jean Gabin. En tal caso, Harold no se pierde ni una escena, y si se le concediera un deseo, pediría ser de mayor como él. Tercer piso. El ascensor se para. Se montan un hombre rapado del todo y un bulldog que normalmente vigila las puertas del infierno. El perro fija la mirada en Melvin y el hombre, en Harold. Harold mira las paredes del ascensor, en las que hay mensajes escritos con rotulador. «El que recibe asistencia social es deficiente mental» y «Aquí hay mierda para aburrir» y «Liz se tira todo lo que se mueve». También «David, pichafloja». Quinto piso. Harold y Melvin se bajan, el bulldog y el hombre se quedan dentro.

Por el pasillo de la izquierda, la segunda puerta a la derecha. La placa con el nombre del propietario parece haber vivido momentos muy duros: las letras han perdido el color y en algunos sitios ni siquiera se reconocen. Melvin coge aire. Así que número tres. ¿Qué pinta tendrá? ¿Cómo será? No ha podido averiguar muchos datos sobre Jeremiah Newsom tres. A sus 35 años, es el integrante más joven del grupo meta. 1,78 metros de altura, delgado, abandonó pronto los estudios de peluquería. Con veintipocos desarrolló una corta carrera como DJ en clubes especializados y a partir de ahí se pierde toda pista. Menos mal que Melvin es el jefe de operaciones del MI5, como le explicó por teléfono a la señora de la oficina de empadronamiento que, bajo la amenaza de la cancelación de todos los derechos civiles, le dio sin mayores problemas la dirección actual del fugitivo. Pero el entorno deja poco espacio a la idea de una socialización incólume. A lo mejor es un artista fracasado, un genio no reconocido que está trabajando en el anonimato en la obra de su vida y tiene un pequeño problema con el alcohol. ¿Por qué no?

Melvin toca el timbre. Espera. Melvin vuelve a tocar. Ruidos. Algo que se cae. Sonidos de cristales. La puerta se abre. Melvin se asusta. Harold también. Hay un hombre en el umbral. En camiseta interior. Sin afeitar. El poco pelo que tiene se reparte en diagonal sobre un cráneo anguloso. Lleva unos pantalones cortos estampados con ratones de cómic que olfatean unos quesos con agujeros. A pesar de su corta estatura, un par de calcetines de deporte le calientan los pies, que desaparecen en unas zapatillas de cuadros marrones y amarillos. Tiene las piernas y los brazos delgados. La tripa no. Parece como si se hubiera tragado un balón gástrico y ahora tuviera problemas de digestión. Una caricatura de sí mismo. El tipo examina a Melvin con recelo.

–Aquí no compramos nada.

La puerta se cierra de golpe.

Melvin vuelve a llamar.

La puerta se abre.

–Tampoco hacemos donativos.

La puerta se cierra de golpe.

Melvin vuelve a llamar.

La puerta se abre.

–Tampoco para los minusválidos.

La puerta se cierra de golpe.

Melvin vuelve a llamar.

La puerta se abre.

–¿No he sido claro?

–Mr. Newsom...

–¿Cómo?

Melvin duda. Un atisbo de esperanza.

–Newsom. Usted es Jeremiah Newsom, ¿no?

–No.

Aleluya.

–Pero sí que conoce a Jeremiah Newsom...

–No.

–Ha tenido que vivir aquí antes que usted.

El hombre se queda pensando. Mucho.

–Jerry. Te refieres a Jerry. Vive dos pisos más abajo. Nos hemos cambiado los pisos. Una habitación más, vamos a tener un crío.

–¿Quién es? –grita una voz de mujer desde las profundidades de la habitación.

–Ni idea, unos pardillos que preguntan por Jerry.

Pasos, algo que cae, ruidos que parecen maldiciones ahogadas y que son seguidos por una tos ronca que en todo caso suena a fase terminal. La puerta entreabierta se abre un palmo más. Alguien se asoma, una mujer. Parece como si el proceso de procreación hubiera sido demasiado rápido. Inconcluso en cierto modo. Una enagua roja cubre como puede sus exuberantes encantos y un turbante fabricado con una toalla de rizo lila le oculta el pelo. Tiene la piel gris ceniza en marcado contraste con los labios pintados de rojo pasión y las manchas autobronceadoras de las piernas le llegan hasta los pies, metidos en unas sobredimensionadas pantuflas de tigre. El cigarrillo de la comisura izquierda de la boca hace gala de una elegancia creativa sólo igualada por los primeros impresionistas cuando habían bebido lo suficiente. Harold se siente afectado en su erotismo.

–¿Estos dos preguntan por Jerry?

–Sí.

–¿Por qué?

–Ni idea.

–No dan el tipo.

–No.

–¿Te han pedido dinero?

–De momento no.

–No les des ni un duro.

La mujer vuelve a desaparecer detrás de la puerta, que sigue entreabierta. Harold se siente decepcionado, pero seguro que la imagen de la tentación carnal que ha recibido le servirá durante años de fuente de inspiración en momentos muy concretos.

–¿Algo más? –pregunta el tipo, que probablemente esté enfermo, o eso le parece a Harold, pues no para de rascarse la entrepierna.

–No, muchas gracias, no querríamos interrumpir su...

La puerta se cierra de golpe.

A Melvin vuelve a latirle el corazón. ¿Ese ser y su madre? ¿La roca primitiva del pecado original del ser humano y la imagen de marfil de la Virgen María? ¿Podría él, Melvin, haber sido el resultado de semejante cruce? ¿Sería genéticamente posible? Preguntas que ya no vienen al caso cuando bajan las escaleras para llegar dos pisos más

abajo, donde vive el verdadero Jeremiah Newsom, la casa de Jerry, como la llaman en esos lares.

El timbre tiene una melodía poco usual, que no acaba de pegar con ese sitio, con ese mundo; es la Primavera de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. La puerta se abre. Melvin se asusta. Harold también. Jerry tiene una pinta muy diferente a la prevista. Muy diferente.

–Holaaaaaaa.

29

Harold no consigue recordar haber visto nunca nada por el estilo. Jerry les ha propuesto ir ahí. A semejante lugar. A desayunar. A las tres de la tarde. Un establecimiento que se autodenomina café, Café Tutú para ser exactos. Y que tiene exactamente la misma pinta que sugiere su nombre. El ambiente, todo peluche, carece por completo del sentido de la sencillez e invita a apoltronarse en unos sillones rojo escarlata del tamaño de las naves interestelares. Unas lamparitas de pelo hirsuto emiten una luz difusa donde las nubes de humo crean fugaces formaciones nubosas. Permiten descubrir todo tipo de objetos curiosos, desde saleros con forma de Torre de Pisa hasta candelabros que parecen obeliscos construidos con espaguetis. Unos retratos ahogados en aceite cuelgan de unas paredes que se han limpiado con bastante zafiedad. En ellas se adivinan unos cuerpos humanos. De cerca parecen estar desnudos. En posturas más o menos agresivas.

El mismo Jerry resulta todavía más irritante que el propio ambiente. Hasta ahora Harold sólo había sabido de la homosexualidad por la tele o por la acera de enfrente. No le había hecho nunca mucho caso pero, eso sí, nunca se le había pasado por la cabeza hacer algo que no fuera encogerse de hombros con aire pensativo. La mayor parte de las veces le había bastado con acordarse de Mrs. Cardigan, que en estos casos siempre dice: «Mientras sean guapos...». Pero la confrontación en persona con un protagonista de la orientación homoerótica es una experiencia absolutamente nueva, un caos de sensaciones. Sobre todo porque Jerry exhibe su vena femenina sin ningún tipo de tapujo y porque el dominio fatal del púrpura convierte su aura en un halo de fundamentos sólidos. Nada de lo que lleva parece haber sido confeccionado en serie, ni la chaqueta de ganchillo que él mismo se ha hecho, ni la camiseta flor de cerezo en la que puede leerse «Emanze» con la caligrafía de un niño, ni mucho menos los zapatos italianos de lentejuelas que hacen sonar arias de Verdi a cada paso. Lo que menos casual parece es su voz, que oscila entre la de Barbra Streisand y la de la Rana Gustavo. Y quizá sea ésta la razón por la que Melvin, tras el susto inicial del saludo, le ha contado que escribe en la revista del colegio y que está haciendo un reportaje sobre las subculturas homo y transexuales. Harold acaba de enterarse de que en realidad es el profesor Mr.

Wintersleep, una eminencia en el campo de la literatura persa del sur entre los años 41 y 57 d. C.

Sin una sombra de duda, Jerry ha aceptado encantado ponerse al servicio de la educación y darle rienda suelta a los prejuicios, eso ha dicho, y también ha dicho además que su vida podría adaptarse perfectamente al cine, el teatro, la tragedia y la épica heroica, todo el pack completo. Podría contarles historias que resultarían inverosímiles hasta en el mismo Hollywood, y eso que todo sería tan cierto y él tan fiel a los hechos que no pensaba incluir el más mínimo aderezo. Al revés, de vez en cuando tendría que callar algún detalle, por mucho que el silencio le haya supuesto siempre una carga muy pesada.

Hasta ahora no han mantenido una conversación propiamente dicha, porque no para de acudir gente a su mesa para darle el pésame a Jerry por la súbita desaparición de su perra de aguas enana, que atendía al nombre de Marlene. Por culpa de un tumor, Marlene sólo tenía tres patas y un ojo, circunstancia que no ha permitido esclarecer si la caída desde el balcón se ha debido a un accidente o a un suicidio. Melvin se esfuerza en entender por qué un animal fallecido desata tantas manifestaciones de condolencia. Si no era más que un animal. Y encima sólo tenía tres patas y un ojo.

A pesar de que a Harold un animal de compañía común no le emociona más de la cuenta, comprende mucho mejor lo que puede significar tan sensible pérdida. A los siete años había trabado relación con el sentimiento de la melancolía. Fue por Pling. Pling se había caído del nido en el jardín de su casa, que ocupaba dos hectáreas llenas de unos árboles imponentes que animaban a una anidación desenfrenada. Pling era un herrerillo. Un poco más grande que una nuez y no estaba preparado para volar. Harold ni lo habría visto si no hubiera llamado su atención sobre su persona, amable pero enérgico, gorjeando como un coro de panderetas. No se lo pensó dos veces, simplemente lo cogió; fue más bien un acto reflejo, una reacción inmediata ante un hecho. Se lo subió a su cuarto y compró comida especial para la cría del herrerillo caído del nido, al que daba de comer varias veces al día. Evidentemente, Pling tomó a Harold por su madre; poco importaban el tamaño y la apariencia. La tierna mano a la que saltaba y que siempre escondía pequeños manjares era una prueba irrefutable. Pling se entregaba a la comida con tanto ahínco que Harold llegó a sopesar seriamente la posibilidad de que llegara a convertirse en realidad en un águila real o en un hipopótamo. Por lo menos. Pero no llegó tan lejos. Sólo una semana más tarde Pling amagaba sus primeros intentos de volar, muy prometedores a pesar de que se golpeara constantemente contra las ventanas, las paredes, las estanterías o las patas de la cama, y de que el aterrizaje, en el mejor de los casos, sonara como un desprendimiento de piedras. El cuarto se fue quedando pequeño y así, un lunes, Harold decidió devolverle a Ping la libertad, el ancho mundo que habría de explorar, que guardaba un lugar reservado para él junto a los demás herrerillos y el resto de los animales que se dedicaban a volar de un lado para otro. Aunque la despedida

podía suponer una prueba muy dura, como había aprendido Harold de Clark Gable y Vivien Leigh. Así tenía que ser.

Fue después de clase, al salir del colegio que tanto le desagradaba, cuando convertía cada día de su vida en una tragedia épica que sólo se había inventado para apoyar el desarrollo de los vivaces brotes de la maldad. Cuando Harold llegó a casa después de la última clase doble de inglés, notó que algo no marchaba bien. Ni un gorjeo, ni un aleteo, ni un saludo. Pling yacía en el suelo. Sin respiración. Harold se sentó junto a él y lo miró. Una hora. O un año. Es difícil de precisar. Ni siquiera se había quitado la mochila. No podía pensar en esas tonterías. No oyó nada cuando su madre lo llamó para comer, no se enteró de que la lluvia estaba empapando el paisaje con una fina llovizna y no se dio cuenta de que su cuerpo tiritaba a ratos. Como cuando te resfrías o tienes un simple catarro, pero él no tenía catarro, tampoco tos, ni siquiera le picaba la garganta. Pling tenía los ojos abiertos, grandes y en paz, y Harold se dio cuenta por primera vez de que eran marrones, que contenían preguntas y que podían ver a una distancia de quince mil kilómetros. Entonces lo tocó. Con cuidado. Con el índice de la mano derecha. El tierno pecho cedió un poco y las plumas se arrimaron a la yema de su dedo. No sintió ni un solo movimiento, sólo frío. Un frío no como el del invierno, cuando tenía que hacer muñecos de nieve fuera, sino muy distinto y sin comparación posible, como si nunca hubiera existido el calor. Y por primera y última vez habló Harold con Dios y le pidió que volviera a poner las cosas como estaban ayer o antes de ayer, no como hoy, porque no le gustaban las despedidas. Se había imaginado que sería mucho más fácil. Pero Dios parecía estar ocupado en otra parte, así que a partir de entonces Harold ya no encuentra motivos para volver a hablar con él.

30

–Para la mayoría de los homos soy demasiado femenino –dice Jerry, que se ríe como si le estuvieran torturando con una pluma de ganso recién arrancada. Harold y Melvin le miran atentos, como si fuera la octava maravilla del mundo, y de haber sido japoneses, habría sonado click en ese preciso momento. Pero Melvin está mucho más ocupado intentando acabar con la idea de estar sentado ante su padre en persona. Y Harold intenta concentrarse de nuevo en los huevos revueltos que ha pedido, pero que por alguna extraña razón tienen una pinta radicalmente distinta a la papilla amarilla y mate a la que está acostumbrado. Son las especias las que le molestan. Es la primera vez en su vida que ve algunas; le resultan, como tantas otras cosas en los últimos días, nuevas, completamente nuevas.

–Bueno, corazón, ¿qué quieres saber?

A Melvin le hace algo de gracia el apelativo, pero opta por no incidir, ya que en este ambiente la propensión a la intimidad se ha desarrollado de una manera espectacular.

–¿Exactamente, cuándo se hizo gay?

–El día en que mi madre estaba tumbada dando alaridos en una sala redonda con una iluminación muy poco favorecedora y yo atravesaba su órgano genital. Es un ejercicio muy sencillo cuando mides 50 centímetros y, armado con hidrocefalia, percibes de repente la luz del mundo, ¿no?

–Claro –responde Melvin, que juega desganado con su sorbete de frutas, queriendo dejar atrás la situación lo antes posible–, pero seguramente hubo algún...

–¡Jerry!

–¡Wilbert!

–¡Jerry!

–¡Wilbert!

–¡Jeeeeeeeeee!

–¡Wiiiiiiiii!

Jerry abandona de un salto su nave espacial interestelar y se lanza a los brazos receptivos de Wilbert. Se besan en las mejillas, en la boca y en la nariz, se acarician mutuamente la espalda, los brazos, la cara y saltan como si fueran pelotas de goma descontroladas.

Harold se ve superado por la fuerza emocional del encuentro. Jerry y Wilbert se tienen que haber visto por última vez hace años, quizá décadas. Amigos que se habían perdido la pista. Hermanos a los que un destino trágico había separado violentamente, o incluso amantes que por fin se reencuentran de nuevo. Harold está profundamente conmovido.

–¿Por qué te fuiste ayer tan pronto? –pregunta Wilbert.

–Ay, la migraña, cariño, la migraña. ¿Pasó algo divertido?

–Robbie Williams se ahogó haciendo *crowd surfing*.

–Vaya.

–¿Quiénes son este par de ricuras?

–Ay, perdona, este niño tan guapo de aquí es Melvin, un joven periodista que me está entrevistando, y el aguerrido madurito es Mr. Wintersleep, una eminencia en el campo de la literatura persa del sur.

–Encantado –dice Wilbert, y tiende una grácil mano como saludo. Wilbert es por lo menos diez años más joven que Jerry y su aura femenina no parece tan cincelada. Unos rizos angelicales acarician su perfil de romano y su cuerpo delicado se mueve con la gracia de una bailarina que cosecha éxitos sonados en los teatros de provincias. Se sienta a la mesa sin pedir permiso.

–¿Cómo le va a tu marido? –quiere saber Jerry.

–¿A Martin? Bien. Por cierto, ¿quién era la zorra que le tiró los trastos ayer?

–¿El de la nariz aguileña que llevaba un traje de Prada que le quedaba genial?

–Ése.

–David. Según mis informaciones, es de Londres. Un diseñador fracasado o algo así.

Harold tiene un problema lógico. Si la segunda persona es el marido de la primera

persona y una tercera persona es llamada zorra, entonces, desde un punto de vista puramente matemático, dos de las tres personas tienen que ser hembras. Pero ni Wilbert ni David son nombres de mujer, a tenor de lo que Harold ha podido saber hasta el momento. A Melvin, en cambio, no parece interesarle en absoluto la conversación y, sumido en sus pensamientos, remueve con la cuchara el sorbete de frutas.

–¿Has visto a Grace Pinkerton? –pregunta Wilbert.

–Ha sido imposible no verla. Qué manera de inclinarse todo el rato hacia delante para que pudiéramos verle el escote nuevo.

–Y qué humos se daba, sólo por haber sido durante tres meses la sastra de Hedi Slimane.

–Era becaria.

–¿Y quién era el tipo que tenía al lado con un pelo que parecía un monumento a Liam Gallagher?

–El típico que no tiene más que un disco de Velvet Underground con un plátano en la tapa y ya se cree crítico musical –de Velvet Underground no tiene Harold ni un solo disco, ni con un plátano ni con ningún otro tipo de fruta. Y eso que Harold tiene muchos discos. No CD. Auténticos vinilos. Sobre todo de música clásica. No es que le guste especialmente ese tipo de música o que sea capaz de apreciar el virtuosismo de compositores y músicos. Simplemente le tranquiliza. La música clásica. Cuando tiene un día duro coloca uno de esos discos en su tocadiscos crepitante y se queda escuchando en el sillón de orejas hasta que se cansa y tanta melancolía le resulta ya agotadora.

–Y, por cierto, ¿quién ha contratado a ese camarero tan inútil? –le gustaría saber a Wilbert.

–Me recordaba a Brian.

–¿A Brian de Palma?

–No, a Brian Little.

–¿Quién?

–El Brian que lleva ocho años como un vegetal por culpa de una moto y que se pasa la vida pringando un babero de color azul cielo.

–No, ¿todavía está vivo?

–Yo no diría tanto.

–Y quién era... –Wilbert se interrumpe a sí mismo, se coloca brevemente la mano derecha en sus labios relucientes y exclama–: Ay, perdona, qué maleducado soy, me meto de repente en la entrevista y me pongo a cotorrear como un loro.

–No te preocupes, cariño –le tranquiliza Jerry y le regala una sonrisa que desborda una encantadora indulgencia.

–Bueno –contraataca Melvin dándole un poco de cancha a su refinada discreción–, aunque no quisiera interrumpir una conversación tan interesante, estaría efectivamente muy bien si pudiéramos retomar la entrevista.

–Pues no me tengáis en cuenta. No estoy aquí. Invisible y en absoluto silencio.

Continuad donde os hayáis quedado. Yo me quedo aquí sentado pero no diré ni pío. Ay, me parece tan emocionante.

–Jerry.

–Melvin.

–¿Qué es el arte?

–Cuando se hace algo que en realidad no debería haberse hecho.

–Defina su concepto de existencia.

–La vida es una escalera mecánica. O está rota o es de bajada.

–¿Qué es la inteligencia?

–Lo que sirve para poder pensar en poner patas arriba una pirámide con un número cambiante de puntitos. Lo que por otro lado demuestra que soy un marica bastante bobo.

Wilbert masculla algo. Melvin no lo tiene claro. En realidad, las preguntas sólo estaban pensadas para servir de introducción, para tranquilizar los ánimos, para comprobar que es genéticamente imposible que Jerry pueda ser su padre porque su capacidad intelectual da como mucho para el *Vanity Fair* y que sólo gira en torno a sí mismo en el tiovivo de la vanidad. Pero las respuestas, aunque no hayan sido el colmo y hayan hecho agua de vez en cuando en el océano navegable de la lógica, dejan pese a todo entrever cierta capacidad reflexiva. ¿Es posible de verdad? ¿Puede ser Jerry? Los pensamientos de Melvin se disparan chillando como una horda de babuinos y dejan tras sí un confuso desierto de arrebatos maníacos. ¿Padre? ¿Manipulación genética? ¿Concepción inmaculada? ¿Orfanato? ¡Concentración! Una pregunta más, una única pregunta más. ¿Y después? La certeza.

–Jerry...

–Ay, dios...

–Jerry...

–Qué tarde...

–Jerry...

–Wilbert, tenemos que...

–Jerry...

–Lo siento, encantos, pero tengo que despedirme. Me llama el vil trabajo, y ahí sí que no podéis acompañarme. Pero un buen amigo da hoy una fiesta, os escribo la dirección; por cierto, es una fiesta de disfraces y el lema es «Oui, bicyclette, transistor, parapluie, mon chérie, oh là là».

31

Resulta difícil saber si Jakob Isaakstein es una buena persona. Sus impresionantes arrugas producto de la furia y su licencioso pelo tipo Einstein no ofrecen una respuesta unívoca. Tampoco es de mucha ayuda la ropa remendada de color beis que otorga a su

frágil cuerpo una forma inconcreta y que en la posguerra, en el invierno de 1945, tuvo que parecer elegante. A través de los cristales sucios de las gafas, sus turbios ojos parecen estar siempre ausentes, como si se limitaran a estar ahí y hubieran abandonado su función hace años, ya que de cualquier forma ya no hay nada nuevo que ver. Cuando Jakob Isaakstein habla es como si el mundo sólo existiera ya a cámara lenta y él fuera el vivo ejemplo de la teoría del caos. Y aunque viniera alguien que dividiera las aguas, parece más bien improbable que a Jakob Isaakstein el gesto le llegara a impresionar. Hay quien se dedica a intentar la cuadratura del círculo o a beber cubos de cerveza. Todo es un misterio.

Jerry les ha dado la dirección de Jakob Isaakstein. Les ha dicho que es el mejor sitio de la ciudad para alquilar un disfraz, aunque tampoco sabía a ciencia cierta si había alguno más. Siempre eres el único cliente, da igual la hora a la que llegues, y encuentras todos los disfraces que te puedes imaginar, y, si no, te los hacen a medida. Él, Jerry, se había hecho el traje de gala que llevó Sid Vicious en el 78 y fue la estrella indiscutible de la fiesta de Ron Selby; pudo comportarse como un auténtico *enfant terrible*, a sus anchas y sin que nadie se llevara un sofoco.

Para Melvin disfrazarse es un error lamentable causado por la pulsión lúdica del ser humano, una transgresión de los límites de la vergüenza propia y ajena de carácter irreparable. Si uno quiere ser pirata a toda costa, ¿por qué se viste con ropa de los chinos llena de taras y se convierte en una calcomanía desoladora y torpe? ¿Porque así le resulta más fácil molestar sin límite a sus semejantes con ruidos propios de animales en celo? ¡Viva el Código Penal! El único problema es que Jerry ha dejado clarísimo que no se admite a nadie sin disfraz.

Peter Pan no es una opción. El disfraz de abeja mucho menos. Melvin tampoco se siente cómodo vestido de vaquero, de indio, de caballero o de monje. Con el de César se las podría arreglar, pero se tropieza a cada paso con la túnica, que es demasiado larga. No le sirve de consuelo que Harold sea la única persona del universo que, disfrazada, tenga un aspecto todavía más lamentable que el suyo. Vestido de Rocky, Harold parece ser el resultado de un reparto de papeles fatal; de Elvis en fase terminal es como una bofetada en la cara, y de James Bond no puede dejar de recordar al suplente de un vendedor de detergente.

Jakob Isaakstein ha estado observando a sus clientes con la paciencia de un sauce llorón, haciendo de vez en cuando algún comentario, coincidiendo y desaconsejando, pero sin cambiar nunca su tono de voz, sin mostrar nunca el más mínimo entusiasmo. Lleva en el negocio cuarenta años; sabe tratar con personas difíciles, sabe que necesitan un tiempo y también sabe cuándo han alcanzado el punto en el que se les puede colocar cualquier disfraz, hasta los que les sientan peor.

–Quizá –dice Jakob Isaakstein–, quizá deberían tener alguna conexión temática.

¿Una conexión temática? ¿Un vendedor de salchichas en paro que se dedica a matarse

a sí mismo de forma crónica y el mayor genio vivo probablemente desde Hegel? Melvin examina a Jakob Isaakstein, que le sostiene la mirada sin inmutarse.

–¿Quiere usted decir como Stan Laurel y Oliver Hardy? ¿Bonnie & Clyde, Batman y Robin, Héctor y Aquiles?

–Más o menos.

Jakob Isaakstein desaparece tras una cortina beis en la que en los últimos siglos han encontrado su hábitat natural infinitud de manchas de nicotina y unas polillas a medio pudrirse que también aportan alguna que otra nota de color. Se escuchan ruidos en la parte de atrás, cajas que caen, una respiración jadeante y un gemido suplicante apenas audible, una señal de éxito. Jakob Isaakstein ha encontrado lo que buscaba. Un pesado fardo le lastra los brazos y la espalda; una sonrisa satisfecha asoma en sus estrechos labios, que no muestran color alguno.

–Aquí está.

Melvin y Harold se quedan mirando los dos disfraces que Jakob Isaakstein deposita en la venerable mesa de madera, junto al busto de Napoleón. A pesar de que el disfraz más grande tiene cabeza, a Harold no le parece que sea la mejor solución, y el temor a que no haya otra opción posible le preocupa bastante.

–¿Es usted judío? –pregunta Melvin, que ya ha superado la parálisis del shock.

–Por supuesto –dice Jakob Isaakstein con el entusiasmo de un guante de cocina.

–¿Y nos quiere hacer pagar todas las atrocidades cometidas contra su pueblo, porque cree que somos alemanes?

Por vez primera, Jakob Isaakstein muestra una señal de emoción al elevar su ceja izquierda un generoso centímetro. Y su piel, que tiene la pinta de una tostada de trigo seca, se tensa en contra de su naturaleza lacia y, si la neblinosa habitación estuviera un poco más en penumbra, un observador predispuesto podría caer en la tentación de tomarle por uno o dos años más joven de lo que es en realidad. ¿Su pueblo? ¿Su familia? Jakob Isaakstein no se acuerda apenas de sus padres. Cuando mira fotos antiguas, es como si fueran unos extraños provenientes de otro mundo a los que el paso de los años va haciendo palidecer. Tampoco los mató el Zyklon B, sino un conductor borracho de Sheffield.

–La verdad es que no –dice Jakob Isaakstein.

–¿Y, a pesar de todo, pretende en serio colocarnos estos dos disfraces? ¿Quiere lanzar a un chico de 11 años a las deportivas de un grupo de delincuentes adolescentes para que jueguen con él y que, traumatizado para el resto de sus días, no vuelva a probar los huevos revueltos?

–La verdad es que no.

–Entonces haga usted el favor y vuelva a buscar en su selecto almacén un disfraz que no constituya una opción indiscutible. ¿Y no tendría por ahí una bebida fría?

–Son ahora las 19:56.

–¿Y?

–Dentro de cuatro minutos exactamente cierro la tienda, con o sin estos dos disfraces.

Sin. Harold está definitivamente a favor del sin. Tiene que haber límites. Son imprescindibles en la naturaleza, la física, la vida, el universo. De todas formas, tampoco se va a caer el mundo. Y en los últimos días ya le han sacado demasiadas veces de su rutina habitual. Aunque Melvin coteja a la velocidad de la luz las diferentes opciones, no había contado con el factor tiempo, un descuido que normalmente nunca tiene, y si estuviera en condiciones de poder hacerlo, le daría los buenos días a Jakob Isaakstein y evitaría a partir de entonces pasar por delante de cualquier tienda de disfraces.

–De acuerdo, nos llevamos estas porquerías pero a mitad de precio.

–Lo siento.

–¿Perdón?

–Ahora mismo no tenemos ninguna oferta especial.

–Bueno, pues denos a César y Cleopatra.

–Lo siento.

–¿Cómo?

–Están alquilados.

–Bueno, pues...

–Están alquilados.

Melvin se sube las gafas con el dedo índice de la mano derecha y clava una mirada en Jakob Isaakstein que causaría respeto incluso en las favelas brasileñas. Sabe perfectamente cuándo está en una posición de ventaja y cómo doblegar a un vendedor judío. No es difícil.

–Pues entonces sus dos únicos clientes van a salir de la tienda sin disfraces.

Exacto.

32

Es una tibia tarde de otoño con una leve brisa y un olor a compota de manzana que devuelve la fe en la bondad del ser humano y ensalza la calma como espejismo al alcance de la mano. Los árboles dispersan sus hojas muertas por calles y aceras, las magnánimas viviendas unifamiliares emanan una luz agradable y, a lo lejos, los gatos ronronean complacidos. Sólo quedan cien metros para llegar a la dirección que les ha apuntado Jerry. Existen personas capaces de correr los cien metros en menos de diez segundos. Y aunque Melvin contempla su propia capacidad motriz con benevolencia y la de Harold como una tragedia griega, considera pese a todo que hay muchas posibilidades de llegar a la fiesta sin ser vistos. El único peligro son las farolas, que lo iluminan todo como si fueran a rodar una película de Hollywood, como si Sophia Loren fuera a salir a la vuelta de la esquina. Sólo con que apareciera un peatón común y corriente sería ya una catástrofe. Ni Melvin ni Harold apuestan un duro por la posibilidad de encontrarse con

alguna persona sin disfraz y poder explicarle por qué andan patizambos por la zona vestidos de tal guisa a semejantes horas de la noche, por qué Jakob Isaakstein es una contraparte incómoda en cualquier negociación y por qué la policía no hace nada para evitarlo.

Sólo falta una bocacalle y ya debería verse la casa, no quedan ni cuarenta metros. Pero Harold empieza a transpirar embutido en esa cabeza tan poco práctica y, cuando por fin alcanza el final del seto, casi se tropieza con un perro que, asustado, logra apartarse de un salto en el último momento y se queda mirando con los ojos como platos el espectáculo que tiene ante sí. En su vida ha visto una gallina tan enorme, y un huevo con gafas y piernas capaz de andar le resulta sumamente sospechoso. Por eso, superado el primer impacto, recurre a una reacción congénita: ladrar. Histérico. Únicamente su correa, que sujeta la mano temblorosa de un dueño igual de aturdido, libra a los implicados de algún tipo de contacto poco rentable. Melvin mira fijamente al amo del perro, que se pega todo lo posible al seto, y le informa al pasar: «¡Fiesta de disfraces!».

A cada metro que avanzan remite la potencia de los ladridos, se van atenuando, hasta que sólo les alcanzan unos sonidos destemplados que al final acaban también por apagarse. Número 23. La casa no encaja con la zona. Parece más bien una residencia de verano californiana: baja, con una amplia fachada de vidrio, la puerta de la terraza corredera y unos colores cálidos en el estrecho abanico entre el albaricoque y la terracota. Unas luces titilantes flamean en las ventanas, pero no se alcanza a ver el interior; las persianas venecianas de color crema constituyen una protección opaca contra las miradas curiosas. Se oye música, con fuertes bajos, música pop de los ochenta; se escucha cantar con audacia en un registro reservado en exclusiva a los más valientes.

Melvin llama al timbre.

Un ser delgado de unos dos metros de altura y con una peluca afro en verde neón abre la puerta y detiene súbitamente su mímica de guitarrista.

–¿Quiénes sois vosotros? –mientras Harold piensa quién es, el ser les dice–: La fiesta pedófila es dos manzanas más allá.

La puerta se cierra de golpe.

Melvin vuelve a llamar.

Se abre la puerta.

–Vaya por Dios, fallo mío. Siento un montón haberme expresado de una forma tan poco clara. Otra vez, con todos mis respetos: ¡aire!

Pero antes de que el jueguecito de abro-y-cierro coja impulso definitivamente, Jerry se entromete en la disputa con el trasero por delante, apoyando suavemente su brazo izquierdo en el hombro del maleducado.

–Daniel-cariño, pórtate bien con mi biógrafo del *New York Times*.

Daniel-cariño se da la vuelta y mira incrédulo a Jerry. Hay algo que no ha funcionado, en la emisión o en la recepción; interferencias provocadas por el alcohol en una fase extraordinariamente temprana del cogérsela-doblada.

–¿Del *New York Times*?

–Pues claro. ¿No conoces esa columna en que unos escolares de todo el mundo hacen de periodistas y eligen a una personalidad de su país sumamente interesante y la describen?

–No.

–Una laguna.

–¿Y tú eres la reputada personalidad?

–La sumamente interesante.

–Ah.

–Sí.

–¿Del *New York Times*?

–Del *New York Times*.

Daniel-cariño se gira de nuevo hacia Harold y Melvin, pero algo ha cambiado. De una forma terrorífica. Su cara se enmascara tras una sonrisa; es la personificación de la más pura de las inocencias, carente de toda falta de armonía. Una mutación.

–Un placer, un honor, Daniel Sutcliffe, experto en desfloraciones y corredor de Bolsa. Algunos espíritus sencillos también me llaman gurú. Así es la gente, no sirve para nada resistirse. Bienvenidos a mi humilde morada, concebida por Mies van der Rohe, tal y como me hizo saber Hugh Grant cuando le presté mi Ferrari del 62 para ir al Festival de Cannes. ¿Qué les parece una copita de champán y un platito de huevas de pescado?

–Estupendo, Daniel-cariño, pero lo importante ahora es mi modesta persona. Además, las limas están empezando a acabarse y ya sabes lo poco que me gusta el mojito sin lima. Así que, venga, rapidito a la cocina.

Daniel-cariño se resiste como un terco a quedar relegado, mientras Jerry conduce al interior a sus biógrafos del *New York Times*.

Alerta roja por shock.

Han reaparecido todos los colores que estuvieron de moda en los setenta. Verde menta, azul turquesa, amarillo peluche, rojo henna. Helos aquí de nuevo. En el papel pintado, las lámparas, los altavoces, los sillones. Todo. A diestro y siniestro, sin orden ni concierto, sin compasión, sin consideración, sin ningún tipo de sentimientos. Harold y Melvin buscan asilo junto al bufet, mientras que Jerry se entrega a los rituales de la salutación de unos individuos con unas pintas extravagantes. En comparación con el medio, la comida carece de color, pero Harold se alegra de volver a ver por lo menos algo que llevarse a la boca. Ensaladas exóticas, pescados extraños, frutas raras y ¡sándwiches de pepino! Pero antes de percatarse de una suerte tan ilimitada, Melvin le tira insistentemente de las plumas.

Un hombre con el pelo ondulado, que lleva como única indumentaria un taparrabos y unas sandalias romanas, se dirige hacia ellos oscilante, bailando. Tiene sangre en las manos. También en el pecho, desnudo y recién aceitado, ofreciendo la visión de un cuerpo tan delgado como fibroso. La corona de espinas de la cabeza parece de verdad y

le ha hecho algunas heriditas en la parte alta de la frente. Clava su mirada en Melvin y Harold, con unas pupilas del tamaño de un par de vinilos.

–¿Y vosotros quiénes sois?

–El huevo y la gallina.

–Yo soy Jesús.

–¿Cristo?

–¿Quién?

–¿El Hijo de Dios?

–No.

–¿Entonces?

–Jesús.

–Vale.

En un futuro inmediato Melvin no espera grandes milagros por parte de Jesús, y tampoco el resto de los invitados le permite suponer que esa noche vaya a ser lo que se dice un reto intelectual. Isaac Newton parece sostener que los quarks son un tipo de gominolas, Oscar Wilde tiene como mucho 17 años y a Greta Garbo se le ponen los ojos bizcos cuando mira la pajita rojiblanca que tiene en la copa. Sólo el pingüino que está junto al altavoz de la izquierda y da palmas con las aletas siguiendo el ritmo de una forma un tanto torpe constituye un misterio para él. Pero antes de que pueda pensar en ello, un cruce simbiótico entre Kevin Keegan y Whitney Houston se le acerca tambaleándose y vomita en la alfombra de lana naranja las existencias semanales de un frecuentadísimo puesto de comida china. Algún que otro tropezón va a parar a las plumas de Harold. No le quedan nada bien. No huelen nada bien. Es horrible. El cruce simbiótico da la impresión de no haber terminado todavía. Parece como si aún retuviera mucho más.

Melvin coge instintivamente a Harold de la mano, tira de él y se lo lleva afuera. También la terraza está repleta de gente, incluso más allá de lo razonable. En pequeños grupos, de pie, en montones o a gatas, la multitud se reparte en torno a la piscina engastada en el centro del jardín, tenuemente iluminada. Los invitados parecen divertirse; son casi todos hombres, hasta donde se puede leer. Un paraíso. Un antro de perdición. Un tiovivo. Para las personas de una determinada inclinación sexual. Melvin divisa a Jerry, que está junto a una de las mesas repartidas por el lugar. Conversa con Harry Belafonte, que tiene, como mucho, 20 años.

–Jerry...

–Melvin, Mr. Wintersleep.

A Harold le gustaría no tener que seguir llamándose Mr. Wintersleep. Tampoco quiere seguir siendo una gallina. Ni siquiera una gallina llena de vómito. Quiere irse a casa.

–¿Todo bien?

No.

–Sí, perfecto, sólo tendría una...

–¿No os parece una fiesta estupenda?

No.

–Genial, sólo tendría...

–¿Os lo estáis pasando bien?

¿Perdón?

–Muy bien, pero yo...

–¿Queréis tomar algo?

–¡Jeeeeeeeerryyyyyy! –la voz de Melvin se quiebra por la enorme elevación de su registro tonal. Surca el aire como la hoja de un cuchillo. Hasta Harry Belafonte parece perder el color.

–¿Melvin?

–Quiero hacerte otra pregunta.

–Por favor.

–¿Ha tenido alguna vez relaciones con una mujer?

Basta con un simple sí. Harold se lo jura a sí mismo: Nunca más Jeremiah Newsom. Nunca más Melvin. Sólo quiero volver a jugar al bridge.

–¿Perdón?

Error.

–¿Ha tenido alguna vez relaciones con una mujer?

Segunda oportunidad.

–¡A quién se le ocurre! No.

Sólo hay tres pasos hasta la piscina.

Tres.

Dos.

Uno.

Plas.

El agua empapa en un abrir y cerrar de ojos todas las plumas y tira del pesado cuerpo hacia abajo como si fuera un submarino. Los azulejos azul cielo del fondo tienen un dibujo y en el dibujo brillan unas siluetas. Son deportistas griegos de la Antigüedad. Arrojan lanzas, discos, saltan, corren y pelean como niños grandes. En el centro del espectáculo, dos luchadores se abrazan para siempre, marcadamente encorvados por el peso de sus hombros. Tienen una facha magnífica. Muy, muy hermosa. ¿Qué hora es? El agua se le introduce en el esófago y un rosario de pequeñas burbujas se escapa hacia arriba como si alguien las estuviera esperando en la superficie. Una conclusión errónea. No hay nadie esperando. Nada está esperando. El tiempo no se detiene. Tiene que hacer algo. Las veinticuatro horas. Incluso los fines de semana. Cloro. El agua tiene un sabor amargo. Como la medicina de entonces para la pulmonía. Porque el hielo era muy fino y se quebró y hacía más frío que en la cámara frigorífica del tío William, donde guardaba los ciervos que había matado de un tiro y por eso se quedaban tan tiesos. ¿Cómo le irá a mamá? Hace tiempo que no la veo. Despertarse sólo una vez más. Buenas noches.

Miércoles

33

Desde hace dos horas una llovizna triste cubre los ánimos con cortinas de apatía. Los pensamientos divagan por el aire sin rumbo fijo; se dejan atraer por nimiedades que los conducen a espacios completamente distintos pero que no son mucho mejores; distintos, nada más. El limpiaparabrisas dibuja con sus rayas paisajes naïf en el cristal, que está empañado por dentro. Todos los cristales están empañados, el sistema de la ventilación se ha ido dando por vencido poco a poco y ya tan sólo gruñe con una monótona impotencia. Melvin traza con el dedo sencillos jeroglíficos en el vaho, signos que parecen caracteres cirílicos, sólo que resultan menos tranquilizadores. Las letras abren estrechos vanos hacia el exterior, pero el mundo del otro lado está también hecho de una niebla gris cuyas estructuras van variando de esquema. Por la mañana el tiempo había amanecido de mal humor. Ya estaba enfadado en la despedida, cuando Melvin les dio las gracias por haber sacado a Harold de la piscina y haberles dejado pasar la noche allí. Y Melvin le había prometido lisonjeramente a él, a Daniel Sutcliffe, el experto en desfloraciones y gurú de la Bolsa, que le citaría en el reportaje, con nombre y Ferrari incluidos. Eso sí, el desayuno había sido más bien sobrio. Y Melvin ya no quiere malgastar más pensamientos dedicándoselos a Jerry. Ya es hora de centrar toda la atención en el siguiente objetivo. Quedan quince kilómetros para llegar a Birkenhead.

En comparación con los casos anteriores, Melvin ha conseguido averiguar muchas más cosas sobre Jeremiah Newsom número cuatro. El padre, un árabe del Líbano; la madre, una inglesa de Bristol. Había sido un hijo natural no reconocido, porque la familia paterna nunca hubiera aceptado una madre no musulmana. Tras el nacimiento de su segundo bebé, una niña, el padre se había alistado voluntariamente en Hezbolá para poder sembrar las calles con sus vísceras en nombre de Alá. El éxito aplastante de su empresa hizo posible que Jeremiah Newsom creciera huérfano y conociera la cara amarga del honor y el respeto en el duro asfalto de Bristol. La madre sacó adelante a los dos niños como pudo e intentó educarlos según las normas morales de la Iglesia baptista, en la que creía profundamente y a la que entregaba parte de sus ahorros. Pero el pequeño Jeremiah Newsom dejó pronto de ir al colegio y sintió un interés pasajero por las celdas de la cárcel, que visitaba de vez en cuando. Superaba los largos procesos para obtener los permisos de residencia gracias a aptitudes clave como el arrojo, la fuerza y la tenacidad, cualidades que le inclinaban al robo y al chantaje con latrocinio. A los 21 años, Jeremiah Newsom se mudó a Liverpool y tomó el apellido de su padre. En sólo una

década y bajo el nombre de Jeremiah Al-Kasim consiguió convertirse en una celebridad en los círculos de poder. Hoy en día es gerente en una empresa de exportaciones e importaciones, cuya actividad se centra sobre todo en la exportación y la importación.

Melvin espera encontrarse con Vito Corleone. Como mínimo. Harold espera más bien poco. Ha aprendido que las expectativas sólo generan esperanzas que no sirven más que como consuelo de las decepciones sufridas. Año tras año había alimentado la esperanza de que su madre se olvidara de su cumpleaños. Nunca se le olvidó, y todos los años celebraba una fiesta sorpresa con la que Harold ya contaba. Y todos los años volvía a confiar en que no fuera tan terrible como la del año anterior. Y todos los años sufría la misma decepción. Lo normal era que se reuniera toda la familia, los tíos, las tías, las primas y los primos carnales, los primos de segundo y tercer grado. Pero no iba ningún amigo, Harold no tenía amigos. En cambio, sí que tenía vecinos. Como Mr. Palawahan. Mr. Palawahan era originario de Sri Lanka. Después de que los cingaleses le quemaran por enésima vez la casa y el coche, se cambió de nacionalidad y en pocos años puso en pie un servicio de planchado extraordinariamente próspero. Con 27 filiales. Parecía aprovechar para cumplir sus deseos más fantásticos cuando se celebraban los cumpleaños de Harold. Nadie sabía muy bien por qué. Simplemente era así. Una banda de mariachis del servicio de limpieza municipal que competían en masa por ver quién conseguía desafinar más, los 44 caniches de la escuela canina de Rudy que tenían que mear a dos patas para escribir en la nieve «Harold» y el grupo de ganchillo de la residencia de ancianos Hubertus que se dedicaba a hacer ruido en un cuarteto de triángulos son sólo algunos de los caprichos que se permitió.

La mayor inconveniencia atendía por el nombre de Lolita, aunque en el oficio se llamaba Natascha, y era una actriz porno ucraniana de 58 años. Mr. Palawahan había encargado una tarta de cartón piedra de la que Lolita consiguió salir a duras penas al son del *My Way*, de Sinatra, perdiendo la peluca rubia en la nata que la cubría. Avanzó bamboleándose pero directa en dirección a Harold; se deshizo con torpeza de su vestido de seda, a su juicio innecesario, y cuando sólo le quedaba una prenda color carne para cubrir las vergüenzas de su existencia, se tropezó en la tierra que la lluvia había ablandado y se cayó sobre la mesa de los regalos. Se reincorporó con una energía sobrehumana ante los impresionados testigos de sus actos, alcanzó al homenajeado, que estaba sentado en una silla, y se colocó, rígida, sobre su pantalón planchado con una raya perfecta. ¿Qué podía esperar, pues, Harold de un criminal de poca monta, de origen árabe y de Liverpool para más señas? ¿Que en su tiempo libre coleccionara bombas atómicas cubiertas de chocolate y virutas de almendra, que lanzaría luego sobre una multitud vitoreante?

La vida no oculta sorpresas, si dejamos a un lado los sellos autoadhesivos. Tiene una fecha de caducidad única y un piloto que avisa cuando el depósito está vacío.

El piloto que avisa cuando el depósito está vacío. El piloto que avisa cuando el depósito está vacío se ha encendido.

Tienen que repostar. ¿Sí? ¿Por qué no obviar sin más la señal de alarma, por qué no quedarse sin más aquí parados en medio de la nada y alegrarse de que el viaje haya terminado por fin, cogerse una encantadora pulmonía bajo la lluvia y disfrutar de los últimos días en una cama blanda?

–Tenemos que repostar.

34

La gasolinera no parece pertenecer a ninguna cadena. A primera vista, es como si alguien, sin darse cuenta, hubiera abierto una ventana al pasado, como si en cualquier momento pudiera aparecer Cary Grant al volante de un Buick Roadmaster del 55. Pero si se mira dos veces, es como si Norman Bates fuera el propietario. Dos puntales oxidados sujetan temblando un tejadillo medio caído bajo el que se balancea un cartel con la vigorosa inscripción «Walden Brothers», confiriendo a sus propietarios, en la medida en que lo sigan siendo, un aura de desenfado. En su día los surtidores fueron rojos; los últimos restos de color resisten con valentía, pero ya no soportarán un invierno más. No lo permitiría la climatología. Cuestión de principios. El surtidor de gasolina Normal tiene un bollo del tamaño de un balón de fútbol y la manguera negra, agujereada en algunos sitios, se retuerce en el suelo mojado y cubierto de hojas caídas.

Al menos el boquerel cuelga encajado en el dispositivo previsto a tal efecto. Harold lo extrae del anclaje, lo introduce en la boca del depósito, presiona el gatillo y espera. Un gemido que surge de las profundidades del núcleo terrestre va aumentando hasta convertirse en un estruendo colosal, aunque en vez de dar lugar a una violenta erupción desemboca en un borboteo balbuciente como el que suelen proferir los niños de pecho cuando se les da de mamar. Las cifras de la pantalla se ponen en movimiento y el claqueteo mecánico que produce el paso de los números resulta incluso tranquilizador. Pero ¿por qué no se ve ni un alma? ¿Por qué la garita está sin iluminar y tiene las persianas bajadas para evitar las miradas curiosas? ¿Y por qué se llaman los Walden Brothers «Walden Brothers» y no Shell o BP? ¿Pueden viajar los sitios en el continuo espaciotemporal? Y si sí, ¿por qué tiene que llover entonces? La humedad de la llovizna se deposita mansamente en la ropa, la empapa y deja tras de sí un malestar de escalofríos. Melvin no tiene mucho éxito a la hora de limpiar las gafas empañadas con el índice. Suena un chirrido oxidado. Las cifras se paran. 43 libras. Otro ruido más, como el de las impresoras de agujas de los ochenta, y a través de una abertura cae una nota. Melvin atrapa el fino papel antes de que alcance el suelo. Le da vueltas al ticket de caja, pero no pone ninguna cifra, sólo palabras: «Que el ser humano se deje atropellar a placer por un coche es un logro de la civilización. Se lo tiene merecido». Melvin no entiende por qué precisamente los gasolineros tienen que dedicarse también a la literatura, por qué no tienen ya suficiente con las cifras de los octanos y los sándwiches pastosos envueltos

en plástico. El viento gana en fuerza y las hojas, tan ligeras, danzan sobre los charcos, que cada vez son mayores. Melvin se gira a izquierda y derecha, sigue sin aparecer un alma; da unos pasos alrededor de la garita, en algún sitio tiene que haber vida.

Ni a veinte metros de distancia hay un edificio de un solo piso con los dos portones entreabiertos, permitiendo la salida de una tenue luz, de un chirrido, de una retroalimentación, de una voz.

–Mejor carne que ningún tomate.

No ha avanzado ni cinco metros, y Melvin ya se da cuenta de que hay un hombre sentado en un sillón viendo la televisión. El tipo tiene alrededor de 40 años y su escaso pelo rubio está caóticamente despeinado; bien alimentado, tiene la piel rosa como un bebé y la mirada congelada de una muñeca Rosebud. Lleva puesta una de esas camisas típicas de trabajador americano medio con el nombre en el pecho. Se llama Jim.

–Hola, ¿es usted el gasolinero?

No reacciona. Jim está viendo una película de peces. Parece un documental muy largo sobre un acuario. Salen peces con todo tipo de escamas y colores nadando en un mundo acuático artificial que prueban con tiernas filigranas la existencia de una coreografía magistral.

–¿Hola?

No reacciona. Jim no percibe señales que no provengan de la película de los peces. Sobre su regazo descansan una grabadora multicolor y un micrófono rojo y azul aptos para niños a partir de los tres años. Acaricia la carcasa mecánicamente, presiona un botón amarillo, se dirige el micrófono a la boca, se oye un chirrido, una retroalimentación.

–Mejor ser hijo único que no tener hermanos.

Melvin no acaba de pillarle. Mira a su alrededor. La habitación mide como mínimo sesenta metros cuadrados. Es una mezcla entre taller y hogar. En medio, en la penumbra, hay un viejo Bentley al que le faltan las puertas y el capó, y los cristales que aún le quedan se protegen de las miradas curiosas tras una capa de polvo de varios centímetros de grosor. Unas lámparas mugrientas cuelgan sobre un barril de gasolina oxidado, como si se hubieran quedado ahí olvidadas antes de estallar la Primera Guerra Mundial. En la parte izquierda hay dos sillones viejos; la funda de flecos verdes y marrones se mantiene incansable en algunos sitios, sólo que los muelles dan la sensación de sufrir una fuerte indisposición. Entre los sillones hay una mesa pequeña que soporta el capricho de un juego de ajedrez tallado a mano. A la reina negra le falta la cabeza, un par de puntas a la corona del rey blanco y, a primera vista, las torres no dan la impresión de poder aguantar un asedio. Se aproximan unos pasos. Pasos familiares. Melvin se da la vuelta. Es Harold.

–¿Les puedo ayudar en algo?

Melvin se da la vuelta de nuevo. Hay un hombre de pie a menos de dos metros de distancia, como si *se* acabara de materializar o alguien *lo* acabara de materializar. Lleva en la mano una herramienta, una llave con la que, en caso de necesidad, se podría llegar

a construir un portaaviones. El tipo tiene cierto parecido con Jim; cuatro o cinco años mayor quizá, algo más gordo, pero la misma piel rosa. También lleva la típica camisa de trabajador americano con el nombre en el pecho. Se llama John.

–Queríamos pagar. Hemos puesto gasolina.

John inclina la cabeza, como si no acabara de entender del todo.

–¿Habéis puesto gasolina?

–Sí, gasolina. ¿Es tan raro?

John piensa un poco.

–¿Y querríais pagar?

–Bueno, si es tanto lío y nos ponemos de acuerdo, podemos obviar el trámite.

–Son 100 libras.

–En el marcador pone 43 libras, puede comprobarlo usted mismo.

–El marcador está roto.

–¿Y por qué sabe usted que son 100 libras?

–Por experiencia.

¿Por experiencia? En algunas ocasiones, el estilo directo de Melvin le había puesto en situaciones un tanto apuradas, propias de un alumno de primaria. Cuando en una fiesta del colegio se resistió a tocar el tambor como en la samba, a favor de un paraíso terrenal, porque se negaba a participar en semejantes tonterías, pues reflejaban una pedagogía social oligofrénica, se le colocó en primera fila de combate ondeando una bandera multicolor que simbolizaba la paz. Una humillación que le hizo sufrir pesadillas durante medio año, pues hay fotos que demuestran que en ese mismo día su profesora Mrs. Honeymoon, tan virginal, le obligó también a ponerse una camiseta del Che. Y cuando le dijo a Paul Ellington, un año menor que él pero dos cabezas más alto, que le consideraba un primate obeso con unas capacidades intelectuales mínimas, éste le saltó de un solo golpe cuatro dientes de leche, una eficacia que, a día de hoy, sigue figurando como un récord en los anales del colegio. Teniendo en cuenta las consecuencias psicológicas y físicas resultantes, Melvin ha aprendido a formular sus opiniones de forma más amable.

–¿Está usted en tratamiento psiquiátrico?

–¿Sabéis jugar?

–¿Perdón?

–Al ajedrez.

–¿Por qué?

–Una partida por las 100 libras.

Melvin se sube un poco las gafas en la nariz e intenta ocultar su entusiasmo hinchando los carrillos como muestra de mal humor y expulsando después una cantidad equivalente de dióxido de carbono. Harold prefiere mirar la película de los peces. Interesante. Cómo nadan los peces. Cuando no hay tiburones.

–Por qué no.

–¿Te sabes las reglas?

Melvin podría informar a John de que ha ganado cuatro veces consecutivas el campeonato de ajedrez del colegio. Pero ¿por qué irritarlo sin motivo?

–Más o menos.

–El que desafía empieza con blancas, claro –primer error–. Ah, y se juega a partida rápida –segundo error. Melvin ha batido a dos grandes campeones ingleses en dos partidas rápidas en un torneo benéfico a favor de los niños pobres de la India–. Cinco minutos para cada uno –¿cinco minutos? Por favor, a Melvin no le hace falta tanto–. Si no es problema –tercer error. Nunca subestimes a tu adversario–. Por favor.

Invitándole a sentarse, John señala el sillón izquierdo, que parece incluso más ajado que el derecho. Hasta los tíos más tétricos le mirarían con desconfianza entre tragos y tragos de vodka Gorbachov si se lo encontraran tirado en la acera como un trasto viejo. Melvin se sienta e intenta no poner ningún punto de su cuerpo a tiro del muelle que sobresale en la esquina de la izquierda. Una pequeña cajita con dos relojes simétricamente colocados se ha visto cubierta con el paso del tiempo por una capa de polvo de varios centímetros de grosor. El asiento que tiene enfrente sigue estando vacío. Melvin le pregunta a John con la mirada.

–Jim, a jugar.

Jim se pone en pie, clava la mirada en el suelo, avanza hacia la zona de juego, se sienta en el sillón vacío y se concentra en el tablero. No mira a Melvin ni siquiera una vez. Chirrido, retroalimentación.

–Mejor la melancolía que cualquier tipo de placer.

–No hace mucho que juega pero ya tiene bastante seguridad con los caballos –dice John.

Da igual. Las aperturas favoritas de Melvin son la Catalana y la Defensa Nimzoindia. Pero si el contrincante juega también, la Defensa Benoni constituye una variante interesante.

–¿Preparado?

–Por supuesto.

D4 ... clac ... Nf6 ... clac ... c4 ... clac ... e6 ... clac ... Nf3 ... clac ... c5 ... clac ... d5 ... clac ... exd5 ... clac ... cxd5 ... clac ... d6 ... clac ... Nc3 ... clac ... g6 ... clac. Nd2 ... clac ... Nbd7 ... clac.

Su adversario conoce la Defensa Benoni. Vale.

E4 ... clac ... Bg7 ... clac ... Be2 ... clac ... O-O ... clac.

Previsible. De manual. No debería suponer mayor problema.

O-O ... clac ... Re8 ... clac ... Qc2 ... clac.

Está claro, ya se lo tiene que pensar; más le vale no cometer ningún error, si no se le acaba el juego, qué pena.

Nh5 ... clac.

Hum. Mala jugada. ¿En qué estará pensando? ¿Querrá atacar al rey por el flanco? Pues, venga, ¡adelante!

Bxh5 ... clac ... gxh5 ... clac ... Nc4 ... clac ... Ne5 ... clac ... Ne3 ... clac ... Qh4 ... clac ... Bd2 ... clac ...Ng4 ... clac ... Nxg4 ... clac ... hxg4 ... clac ... Bf4 ... clac ... Qf6 ... clac ... g3 ... clac ... Bd7 ... clac ... a4 ... clac ... b6 ... clac.

Hay algo que no funciona. El desarrollo es demasiado lineal, como el de un ejercicio, como el de una partida ya jugada. Pero ¿cuál? Harold no le sirve de mucha ayuda: sigue mirando embobado cómo nadan los peces.

Ref1 ... clac ... a6 ... clac ... Re2 ... clac ... b5 ... clac ... Rae1 ... clac ... Qg6 ... clac ... b3 ... clac ... Re7 ... clac ... Qd3 ... clac ... Rb8 ... clac ... axb5 ... clac ... axb5 ... clac ... b4 ... clac ... c4 ... clac ... Qd2 ... clac ... Rbe8 ... clac ... Re3 ... clac ... h5 ... clac.

Reikiavik, 1972. Borís Vasílievich Spasski contra Bobby Fischer. La tercera partida. Fue la primera vez que Fischer consiguió ganar a Spasski.

R3e2 ... clac ... Kh7 ... clac ... Re3 ... clac ... Kg8 ... clac ... R3e2 ... clac ... Bxc3 ... clac ... Qxc3 ... clac ... Rxe4 ... clac ... Rxe4 ... clac... Rxe4 ... clac ... Rex4 ... clac ... Qxe4 ... clac ... Bh6 ... clac ... Qg6 ... clac ... Bc1 ... clac ... Qb1 ... clac.

¿Con qué color jugaba Fischer?

Kf1 ... clac ... Bf5 ... clac ... Ke2 ... clac ... Qe4+ ... clac ... Qe3 ... clac ... Qc2+ ... clac.

Con las negras. Melvin es...

Qd2 ... clac ... Qb3 ... clac ... Qd4 ... clac ... Bd3+ ... clac.

...Spasski.

Chirrido, retroalimentación

–Mejor bueno que nada malo.

Melvin mira fijamente a Jim, que se levanta sin apartar la vista del suelo, vuelve a su sitio, al documental de los peces. ¿Cómo ha podido ocurrir semejante cosa? ¿Cómo ha podido perder Melvin contra un empleado de gasolinera limitado emocional e intelectualmente, que se dedica a ganguear frases propias de un niño de primaria en un micrófono azul y amarillo? Melvin mira a John, alrededor de cuyas comisuras se dibuja el aura de una sonrisa.

–Son 100 libras en total.

35

Harold está fascinado. Nunca habría pensado que los documentales de peces pudieran ser de una elegancia tan sublime, que se abandonaran a la intemporalidad y que condujeran al observador a un estado de olvido absoluto. Le hubiera encantado haberse enterado de dónde podía comprar ese tipo de películas, pero Melvin le forzó de bastante mal humor a retomar la marcha, quería llegar al ferry de las 12:30 de Birkenhead a Liverpool. La travesía transcurrió de forma sorprendentemente apacible, sin apenas un incidente digno de mención. Harold se metió entre pecho y espalda una ración doble de

fish and chips y Melvin, que cavilaba sobre el idealismo subjetivo de Berkeley mientras sorbía su batido de fresa, se mantuvo ausente, contemplando el agua turbia, como si pudiera leer el futuro en ella, para sumergir el pensamiento razonable en los esquemas agridulces de la esperanza. Hasta que toda la clase baja, local y alemana en sus robustas sandalias, no se puso a vociferar el *Ferry Cross the Mersey* a través de una serie de gargantas atiborradas de porquerías, Melvin no le tocó ligeramente la tripa a una pareja de turistas teutones entrados ya en la cuarentena, preguntándoles si, en lugar de cantar, no podrían volver a lanzar bombas, porque los talentos nacionales están repartidos de forma obvia, si bien no muy justa, que todo hay que decirlo. Pero la pareja de turistas alemanes empezó a proferir en suabo todo tipo de maldiciones veterotestamentarias y se reincorporó a la coplería extranjera alcanzando registros que no habría sido capaz de emitir un tren de alta velocidad que se sale de las vías en plena frenada cumpliendo a su paso punto por punto con un programa de devastación absoluta. Cien años atrás se les habría cortado el cuello en los Albert Dock, y hoy incluso pueden verse recompensados y convertidos en patrimonio cultural de la humanidad. Y todavía hay quien que se atreve a hablar de progreso.

Ya llevan casi una hora entera de camino, y Liverpool les va mostrando su lado más simpático. Ha dejado de llover y el sol se abre paso en las regiones menos densas de la cadena montañosa de nubes atronadoras. Perfila unos conos de luz que iluminan los edificios victorianos de la banca, las fachadas de ladrillo rojo de las casas, el Grand Plaza y el St. George's Hall, como si el mismo Caravaggio hubiera pasado su pincel. El circuito turístico, tan pintoresco como imprevisto, tienen que agradecérselo a las grandes obras, que señalizan con rudimentarios carteles los caminos de la locura y que anuncian lugares como Lord Nelson, Mount Pleasant o Great Howard. Tampoco ayuda el apacible respeto que siente Harold por las reglas del código de circulación. A Melvin no le hace ninguna gracia su desarrollada inclinación a la sumisión obsesiva, porque los semáforos en rojo y las calles de sentido único son para él una prueba más de la necesidad existencial de un primer ataque nuclear y hasta él mismo echaría una mano encantado. Para volar como James Bond a doscientos por hora por calles y aceras, pasar zumbando ante los puestos de verduras y los escaparates, saltar los puentes y meterse en los accesos al metro, pero en la radio están poniendo a Cat Stevens con *Father and Son*. No es que a Melvin le consiga conmover lo más mínimo este tío tan kitsch, no es que el denso vapor de su melancolía le nuble el sentido haciendo sufrir a su alma anatómicamente ilocalizable, no; la idiosincrasia popular no tiene espacio en su cabeza. Sólo intenta entender por qué una melodía tan dulce y sentimental, unida a verdades más conocidas que la pana, puede llegar a provocar un sentimiento diferente al del desprecio o el desdén y por qué se le eriza el vello diminuto en el antebrazo.

Harold ha notado el humor helador de Melvin, porque desde que han pasado por la Metropolitan Cathedral para seguir la columna de chapa por Hope Street en dirección a Windsor Street, Melvin ha caído en una especie de parálisis normalmente ligada a una

irrevocable falta de vida. El intento de Harold por reanimarlo accionando el limpiaparabrisas, aunque ha dejado de llover hace tiempo, fracasa estrepitosamente. A lo mejor podría tocar el himno nacional con la bocina. Aunque tampoco eso garantiza el éxito y hay obstáculos que ni siquiera Harold puede superar. Sin embargo, la carga de no saber a una edad tan temprana quién es el padre de uno evidentemente genera empatía. Una tristeza, sí, llena de dudas y de esperanzas; la incertidumbre como fiel compañera, el eterno corroer de la intranquilidad. Durante un segundo, Harold ha intentado olvidar todos los inconvenientes del viaje y transmitir un sentimiento de confianza para ofrecer consuelo y valor a un mundo que nunca ha sido más que una caricatura. Y le encantaría echarse a llorar, sólo que no sabe cómo.

36

–Nada, entramos por detrás, y ya está.

Harold no cree que tengan que entrar por detrás, y ya está. La casa, con su fachada blanca y su reluciente ladrillo cocido, parece muy cara, y a los inquilinos seguro que no les gusta nada que entren por detrás, y ya está, por mucho que la puerta esté abierta de par en par y que la entrañable disposición del jardín resulte tan seductora. Pero Melvin ya ha pasado como un rayo alrededor del seto, junto a los rosales, hasta ponerse a cubierto ante una fachada lateral de vidrio de tres por tres. Mira fijamente a través de unas cortinas entreabiertas de damasco de color turquesa. A Harold no le queda otra que imitar a Melvin. No hay mucha claridad; sólo una fina lámpara de pie despide una luz difusa en una amplia habitación. Los muebles macizos resplandecen con orgullo en un parqué recién encerado, unas palmeras de varios metros de altura se prodigan en macetas realzadas con dorados y en todas partes unos bichos de barro garantizan el asombro de la incredulidad. ¿Qué tipo de gente vivirá en este punto de recogida de basura? Un hombre está sentado en una silla de anticuario engalanada con decoración floral. Está ligeramente recostado y luce una media calva en la que, incluso en penumbra, se advierten pequeñas perlas de sudor. Sus manos se sujetan a los brazos de la silla de una forma poco natural. Un segundo hombre que está de pie a un metro de distancia pasea lentamente de un lado para otro como si estuviera declamando un monólogo. Su cuerpo de gimnasio está vestido con un traje negro confeccionado a medida. Su reluciente camisa blanca se tensa tirante sobre una pequeña barriga incipiente y se ha desabrochado los dos botones superiores para exhibir su exquisita vellosidad pectoral. Se ha peinado su espeso pelo negro hacia atrás, algunos mechones caen en su cara cincelada y, cuando sus ojos marrones se reflejan en el cristal de la ventana, el mundo se congela durante unos segundos.

Podría ser Jeremiah Al-Kasim. Hay un tercer hombre, de pie, retirado y apoyado contra una puerta, con los brazos cruzados en el estómago. Lleva también un traje negro,

pero tiene unas proporciones tan exuberantes que todas las costuras amenazan con reventar de un momento a otro. A lo mejor es el mayordomo. No pueden oírse las voces, las ventanas tienen un blindaje de cuatro capas y son completamente herméticas; sólo a veces las atraviesan unos golpes de timbal y el sonido de unos violines que aumentan de volumen hasta formar una memorable alfombra de melodías, que enmudece de repente, y, sin previo aviso, se pasa a escuchar tan sólo la propia respiración. El mayordomo desaparece tras la puerta entreabierta de la cocina, busca algo en los cajones, vuelve con un hacha y se coloca de pie frente al tipo sentado. Le coge la mano izquierda y le despliega el meñique, apartándolo del resto de los dedos. Parece como si fuera a hacerle la manicura. Pero ¿por qué con un hacha?

El hombre de la silla parece querer decir algo: probablemente también le parezca curioso que el mayordomo pretenda arreglarle las manos de semejante manera, tan tosca desde el punto de vista motriz. ¿Igual se trata de una tradición árabe? El mayordomo levanta el hacha. Los reflejos que centellean a contraluz anuncian la desgracia. El hacha baja silbando con ímpetu y separa el meñique de la mano izquierda. Un corte limpio. Un trabajo profesional. El dedo vuela en dirección a la ventana. Justo en dirección a Harold. A cámara lenta. Gira en el aire sobre su propio eje como un bumerán. Los hematocitos surgen como perlas de los bordes del corte y danzan por la habitación. Antes de alcanzar la cabeza de Harold, el dedo hace plop contra la ventana y va a parar al suelo. Harold se desploma hacia atrás y se lleva por delante una tinaja de barro con flores, que revienta en mil pedazos haciendo un ruido infernal.

La atención de los dos hombres está ahora completamente centrada en Harold y Melvin.

Hay momentos en los que ni siquiera a Melvin le gusta ser el centro de atención. Hace señas con el brazo derecho; no sabe bien por qué hace eso, pero tiene la sensación de que un gesto amistoso podría contribuir a relajar un poco una situación tan incómoda. El mayordomo se acerca a la ventana en un lapso de tiempo inquietante e inhumanamente corto, corre las cortinas de un tirón, abre la ventana y agarra a Melvin y a Harold del pescuezo, para un segundo después quedarse inmóvil. Harold piensa que ése es el momento justo para ser un héroe. Como Burt Lancaster en *El temible burlón*. Pero en este caso prefiere decidirse por un infarto al corazón. Espontáneo.

–¿Tenemos invitados? –retumba una voz profunda en el centro de la habitación, donde el segundo hombre, el que podría ser Jeremiah Al-Kasim, se enciende un cigarrillo en la penumbra de la lámpara de pie.

–Ha sido una equivocación, por falta de sentido de la orientación. Por favor, no nos haga ni caso, nos estábamos yendo ya –dice Melvin.

Ante una explicación tan contundente, Harold asiente con temor; además, él no ha visto nada, y ni siquiera se acuerda de lo que ha visto: amnesia en fase terminal, incurable.

–Pasad.

–Estaríamos encantadísimos, pero tenemos una serie de citas que no podemos aplazar por mucho que nos duela. Pero aceptamos gustosos su amable invitación y prometemos volver en cuanto nos sea posible.

–¡Ali, Ali!

El supuesto mayordomo se recupera de su rigidez y envía a Harold y Melvin hacia dentro con un suave impulso propio de una lanzadora de peso ucraniana. Cierra la ventana, corre de nuevo las cortinas y no le quita ojo a Harold, como si le tomara por un asesino a sueldo de paisano, lo que en otras circunstancias sería para Harold todo un piropo. Una vez dentro, la habitación tiene un aspecto todavía más impresionante, ochenta metros cuadrados por lo menos. A la izquierda, un amplio tresillo de cuero de búfalo negro, una chimenea de piedra natural en la que crepita una tenue llama y, casi enfrente, una estantería cubista llena de las obras completas aún por leer de varios poetas y pensadores ya muertos. A poca distancia, el tipo de la silla. El tipo de la silla está sudando. Melvin no ha visto nunca a nadie sudar de semejante manera. Harold tampoco. Tiene la cara roja como un tomate, la mordaza de la boca le dificulta la respiración y se mira de reojo todo el rato la mano izquierda, atada y sin meñique. El dedo descansa en una alfombra árabe que tiene un dibujo tan interesante que Harold no puede apartar la vista de él. La magia de las líneas geométricas hace que la realidad se pierda en una inmensa lejanía y le posibilita la inmersión en un mundo forrado de algodón. Suena un móvil. Melvin mete la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta, extrae el teléfono y pone fin a *Moisés y Aarón*, de Schönberg, con una leve pulsación de tecla.

–Hola mamá... Estoy bien... Sí, Harold sigue cuidándome genial... Claro... Mmm... Sopa de calabaza... No... Nada fuera de lo normal... En casa de unos amigos... Muy bien... Mmm... Mamá, tengo que colgar... Sí, claro... Adiós.

Melvin pulsa una tecla y vuelve a meterse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Intenta dibujar en su cara la sonrisa inocente de un niño de 11 años pero le cuesta más de lo previsto; le falta práctica en todo lo que tiene que ver con el aura de retraso mental propia de su generación, que se queda sin neuronas en cuanto entra en acción la testosterona.

–Unos muebles muy bonitos.

Melvin intenta retomar la conversación y observa con curiosidad la zona de penumbra, en la que a Jeremiah Newsom, envuelto como está en la neblina de nicotina, sólo se le adivina a grandes rasgos.

–Gracias –dice la voz profunda.

–Lo que hay en ese impresionante jarrón chino ¿es un *Chlorophytum comosum*?

–Sí.

–Un placer para la vista.

–Gracias.

El tipo de la silla interrumpe tan animada conversación acompañando sus gemidos

ahogados con un desagradable pataleo sobre el parqué impecablemente encerado. Ya no se le puede seguir ignorando.

–¿Cabría la posibilidad de que la persona de la silla sufra un colapso como consecuencia de una falta de aporte de oxígeno?

–No creo.

–Parece como si quisiera hablar.

–Ali.

Ali, que de un tiempo a esta parte ha estado imitando el movimiento de un reloj de pared, empieza a mover mecánicamente su orondo cuerpo, se dirige hacia la crepitante chimenea, saca una sartén enorme de una cesta de alambre, se coloca delante del tipo de la silla, apoya el pie izquierdo y toma impulso con bastante agilidad. Melvin se sorprende del ruido que pueden llegar a hacer unos tobillos al reventar. Harold no ha oído nada, y si hubiera oído algo, entonces es que habría entendido mal, porque en realidad no oye tan bien, en el fondo es sordo, completamente sordo. El segundo hombre sale de la zona de penumbra.

–Seguimos sin poder aclarar a qué feliz casualidad debemos agradecer esta visita.

Melvin decide dejarse de rodeos e ir directamente al grano.

–¿Puede que su segundo apellido sea Newsom?

Jeremiah Al-Kasim alza la ceja izquierda, para Ali, el mayordomo, una señal infalible de trabajo inminente.

–Puede.

–¿Puede que usted tuviera en Londres, hace diez años, un escarceo amoroso con una tal Denise Bentham?

Jeremiah Newsom se queda pensando. Efectivamente, hace doce años estuvo unos cuantos meses en Londres por cuestiones de trabajo. El nombre de Denise Bentham en principio no le dice nada, pero tampoco recuerda los nombres de las otras 71 vírgenes con las que para entonces ya había tenido aventuras de introducción al sexo.

–Puede.

–Entonces puede que yo sea su hijo.

¿Hijo? Jeremiah Al-Kasim parece dudar por primera vez. ¿Un hijo? ¿Un hijo en persona? ¿A pesar de la oligospermia? ¿Un hijo? ¡Gracias a Alá!

–¡Hijo!

–¡Padre!

–¡Hijo!

–¡Padre!

37

Jeremiah Al-Kasim le da mucha importancia a la limpieza integral de su cuerpo. Sólo

los familiares más cercanos o los amigos más íntimos pueden disfrutar de su sauna privada. Para él es un lugar para la reflexión, el intercambio y el conocimiento personal. Por ese motivo quiere hacerles a Melvin y a Harold el honor de poder ser mejores personas eliminando las impurezas a base de sudor. Para Melvin no es precisamente un motivo de dicha desbordante, pero tampoco un motivo de aflicción. Le choca un poco el hecho de que la sauna no parezca un *hammam* sino más bien una de esas cómodas casetas hechas de madera para hacer sudar a la pequeña burguesía occidental.

Harold, mientras tanto, sólo de pensar en empezar a sudar en un banco duro con una toalla atada a la cadera se siente poseído por la mayor de las fatalidades. Siempre ha sido algo vergonzoso en lo relativo a la exposición pública del cuerpo apenas cubierto. A su modo de ver, no es necesario que las partes íntimas atraigan la atención de las vidas ajenas. Él mismo se asusta a veces, cuando sale de la bañera después de ducharse y al pasar ante el espejo percibe su cuerpo tendente al sobrepeso y de un rosa brillante. En la sauna, su cuerpo provoca una impresión todavía más patética. El pelo del pecho, otrora rizado, se le pega goteando a la piel mojada, que ahora parece más bien un jarrete de ternera. Los vapores húmedos y calientes de un ambiente que huele a alquitrán llevan la respiración al frágil límite de la existencia. Se supone que son 130 grados Celsius, pero cada vez que se rocían las piedras Harold tiene la sensación de que, en comparación con semejante cuadro, el purgatorio tiene que ser un área recreativa agradable y templada.

Ali es el encargado de la humidificación. Se ocupa del bienestar de los usuarios con una habilidad sorprendente. Con una toalla de mano color sangre reparte con generosidad el vapor de agua en todas las direcciones y, una vez cumplido el ritual, flagela a los ocupantes de la sauna con una *vihta* de ramas de abedul y el ímpetu que le caracteriza. Por algún motivo difícil de comprender, Ali parece experimentar placer, sobre todo cuando fustiga a Harold que, con cada golpe, se acerca un poco más al desmayo, se sume más en sí. Para soportar el dolor, huir de él, sólo hay un camino: escalar el castillo en el aire donde aguardan al mártir tartas cubiertas con manzanas y pasas del tamaño de las pelotas de tenis.

–¿No os parece maravilloso? –Jeremiah Al-Kasim lanza la pregunta al alegre grupo de tertulianos.

–Maravilloso –responde Melvin con la indiferencia de una vaca lechera. Pero sus pensamientos están un nivel por encima; tiene algo que aclarar antes de que caiga en el olvido.

–El hombre de arriba, el de la silla, ¿le debe dinero?

–Sí.

–¿Qué va a pasar con él?

–Ali se va a encargar de sacar la basura.

¿Sacar la basura? Melvin no está seguro del todo de qué ha querido decir exactamente con eso. ¿Se refiere al método tradicional de cubrirla con cemento o al manejo profesional de un lazo de alambre? ¿Ali es la versión árabe de Luca Brasi? ¿Y qué papel

interpreta Jeremiah Al-Kasim en esta película? Melvin se decide por la confrontación directa.

–¿Ha matado usted alguna vez a un hombre?

Silencio. Ali ha parado de flagelarlos y Jeremiah AlKasim mira hacia el infinito con aire sombrío. Al parecer, en estos círculos hay preguntas que es mejor no hacer.

–Una vez –dice Jeremiah Al-Kasim en tono tranquilo, y por primera vez sus ojos de fuego parecen más fríos que un helado de chocolate.

–¿Y por qué?

Ali empieza a fustigarlos de nuevo.

–Era mi hermana. Un asunto de honor.

Harold se atraganta con la tarta de manzana imaginaria, Melvin siente curiosidad.

–¿Mató a su hermana?

–No. Al hombre que me dijo que tenía que matar a mi hermana porque estaba lesionando el honor de la familia con su comportamiento y su modo de vestir. En su defensa debo admitir que no tenía por qué saber que mi concepción del honor es absolutamente diferente a la suya.

–¿Cómo de diferente?

–El honor es defender a la propia familia y no las bobadas que dice la gente. Lo admitió demasiado tarde. No le creí.

–¿Cómo acabó con él?

Harold se pregunta si quedaría muy mal pedir unos cascos.

–Bueno, no fue tan fácil. El día del encontronazo, por algún extraño motivo, no llevaba armas. Pero como a los 19 años ya tenía una complexión fuerte, le golpeé tantas veces la cara que me reventé todos los nudillos. En ese momento admitió que tenía razón. Pero, como acabo de decir, no le creí. Tenía la sospecha de que se sentía obligado a decírmelo. Porque hay circunstancias en que la gente habla a la ligera, sin pensar. Quería estar seguro del todo. Pero después de haberme roto los nudillos de la mano izquierda y de que él insistiera en que yo tenía razón, o eso me pareció entender, me entraron dudas. Sólo que no supe cómo expresarlas. Como tantas otras veces en la vida, la casualidad desempeñó un papel fundamental. En un rincón de aquel callejón había una tabla de unos cincuenta centímetros y, por si no bastaba con semejante suerte, en uno de los extremos tenía un par de clavos oxidados. Entonces fui muy convincente explicándole detalladamente mis argumentos.

–La fuerza de los hechos.

–Lo que sea. Y volviendo al asunto padre-hijo. Llegados a este punto me gustaría tener la más absoluta seguridad y espero que mi pretensión no te resulte hiriente.

–De ninguna manera. ¿Qué pretensión?

–Vamos a hacernos una prueba de paternidad.

–¿Ahora mismo?

–Ahora mismo. Una humidificación más.

Harold se extingue.

38

«Bienvenido al siglo XXII.» La señalización temporal del hall, convenientemente colocada a la altura de los ojos, no parece para nada exagerada. Una clínica suele tener una apariencia distinta. Una consulta también. El blanco fulgurante de las paredes, los suelos y el mobiliario proyecta este ambiente sobrenatural al límite del existencialismo. Le duelen los ojos y busca un punto donde fijarlos, un color, una dirección. De las paredes cuelgan obras de arte, fotografías de la nieve, borrosas, superpuestas, academicistas, geniales. Suenan unas voces femeninas que saltan en los registros corales más agudos y extienden el misterio de una monótona impasibilidad. Reina en todos lados un afán de tranquilidad que asfixia el sosiego y provoca en el espíritu un estado de insurrección. Se acerca el día del Juicio Final. Vida clínicamente muerta en el libre albedrío de la evolución. ¿Y mañana? Mañana puede que por fin vuelen los ángeles y que los hombres callen de una vez para siempre. Melvin se asusta. Un ser vivo. Es un misterio de dónde ha podido salir. Pero no importa, porque está ahí y eso es todo lo que cuenta. Vestido de blanco, no podía ser de otra manera; lleva el pelo rubio y largo peinado hacia atrás y recogido en una coleta, los pómulos salientes aportan una simetría de gracia y los ojos azules son un mar sin fondo. Tiene que haber llegado de muy lejos, surgido del manantial de la vida: una obra maestra de la raza aria, perfecta e inalcanzable para siempre.

–¿En qué puedo ayudarles? –pregunta la sílfide.

–Queríamos hacer unas pruebas de ADN –responde Jeremiah Al-Kasim, a quien no parece afectar la claridad deslumbrante; lleva gafas de sol.

–¿Tienen cita?

Jeremiah Al-Kasim le mira la placa del nombre a la altura del pecho.

–Señorita Elanore, no sólo tiene usted un aspecto fantástico, sino que también estoy convencido de que es usted una chica especialmente inteligente y que por tanto puede muy bien suponer que no hemos entrado aquí como caídos del cielo, sin haber concertado una cita previa.

–¿Con el doctor Wagner? –pregunta la señorita Elanore, cuyas mejillas se sonrojan ligeramente.

–Exacto, con el doctor Wagner.

–Su consulta está en ese pasillo. La tercera puerta a la derecha.

La señorita Elanore se sumerge brevemente detrás del mostrador de recepción y, cuando reaparece, sostiene algo en las manos: una bolita blanca envuelta en un papel de celofán transparente, que presenta como si fuera un tesoro que se creía perdido.

–¿Quieres un caramelo?

Melvin se entretiene con la consternación que le ha producido un detalle tan

encantador, que, con su apariencia de santa, es sin duda toda una prueba de amabilidad. Hasta que recupera el entendimiento.

–No, gracias. Pero ¿me podría hacer un favor?

–Encantada.

–Si llama Dios, dígale que no estoy.

Melvin se da la vuelta y avanza por el pasillo. El resto le sigue. Se paran ante la tercera puerta a la derecha. En un cartel blanco pone en blanco y en relieve: «Dr. Wagner. Neurocirujano. Director Científico de Investigación Genética. Sección 2». Ali llama a la puerta, y Harold se sorprende de que la puerta no reviente en mil pedazos.

–Adelante –dice de mala gana una voz malhumorada desde el otro lado.

Ali abre la puerta de golpe, y el grupo sigue a Jeremiah Al-Kasim al interior. El despacho, del tamaño de un polideportivo, está amueblado de forma espartana. Un escritorio, una silla, dos sillones de cuero, un armario y un busto griego elevan el minimalismo a alturas de vértigo. El doctor Wagner está de pie junto a una caja iluminada y observa un cerebro. Se da la vuelta y enseguida queda claro que tiene que ser una auténtica eminencia en su campo. Su espigada figura de porte aristocrático se ve resaltada de una forma fabulosa por la bata blanca. Las modernas gafas de pasta y el pelo engominado y peinado hacia atrás, dos leves indicios de individualidad, son los únicos accesorios endebles en una obra de arte total. Y aunque como mucho parece tener 40 años, le envuelve una autoridad natural que, unida al cargo que ocupa, saca a la luz un aura de arrogancia justificada.

–¿Sí?

–Buenos días, queríamos hacernos dos pruebas de paternidad –dice Jeremiah Al-Kasim.

–¿Perdón?

–Una prueba de paternidad. Dos veces, para mí y para mi hijo, por favor.

El doctor Wagner examina con desprecio a su inusual clientela y tiene la vaga sensación de tener que hacer un chiste.

–¿Quieren también 200 gramos de salami húngaro?

–No, gracias. Sólo queremos dos pruebas de paternidad, por favor.

–Escúcheme, esto no es un supermercado. Si me disculpan, por favor, tengo muchas cosas que hacer.

El doctor Wagner amaga un movimiento evasivo y repara de pronto en la mano extendida de Ali, que no ha hecho más que estirar el brazo, señalizando de una manera encomiable un stop. El médico entiende perfectamente la comunicación no verbal, aunque tiene estudios.

–Disculpe si me equivoco, pero ¿esta clínica no está especializada en pruebas de paternidad?

–Más o menos.

–Genial, entonces queremos dos pruebas de paternidad, por favor.

La limitada capacidad de indulgencia del doctor Wagner se encuentra aún presente en los rincones más recónditos de su conciencia gracias a su inteligencia emocional. Porque, tal y como ha aprendido, en situaciones complicadas es necesario un tacto especial, sobre todo cuando está implicada la especie humana, comportándose además de una forma francamente atípica.

–Bueno, diríjanse por favor a recepción. Allí les darán cita. En cinco o seis semanas tendrán ustedes los resultados.

–Muchas gracias por su generosa oferta. Pero la verdad es que preferiríamos tener los resultados dentro de dos horas.

Melvin asiente y parte de la base de que el médico habrá comprendido por fin que el *cogito ergo sum* no es para él un mero lugar común, sino también un concepto ligado a un significado práctico, y que además le gusta vivir y que sabe apreciar los pequeños milagros cotidianos. Pero el doctor Wagner no parece ser tan inteligente como aparenta, aunque lleve unas gafas muy bonitas, a través de las que puede identificarse sin ninguna dificultad cualquier tragedia que se avecine, siempre que su portador no cierre los ojos.

–¿Quiere usted que llame a seguridad?

–No.

–Bueno, ¿entonces puedo partir de la base de que me van a hacer el favor de marcharse?

–Estimado doctor Wagner, complaceremos sus deseos con mucho gusto, pero antes querríamos dos pruebas de paternidad, por favor. Pero ahora...

Jeremiah Al-Kasim aparta al médico a un lado, cogiéndolo amistosamente por el hombro y, de eso no cabe duda, dejándole algún que otro cardenal, y avanza con él hacia la ventana, que ofrece una espléndida vista panorámica de Liverpool de la diligente actividad de unos seres humanos ajetreados que desempeñan su actividad diaria como si formaran parte de un hormiguero.

–Me gustaría contarle una historia. Una historia verdadera. Tuvo lugar alrededor del año 720 antes del nacimiento del profeta Jesús. Deje volar su imaginación hasta la Mesopotamia de la época. Un pastor asirio, un hombre bendito –para no complicar las cosas llamémosle Ali– tenía bastantes cabras de su propiedad y estaba pendiente de ellas día y noche. Cuidaba de todas ellas, pero sobre todo de una. Tenía un pelo gris uniforme que brillaba a la luz del sol como la plata y cuando caminaba parecía una aparición, y cuando balaba sonaba como una canción. Pero un día a la cabra la invadieron unas fiebres malignas; dejó de comer y de beber, ni siquiera se levantaba, como si quisiera dejar de vivir. Dos días más tarde, el pastor tomó la cabra en brazos y cubrió cargando con ella la larga distancia que había hasta el pueblo más próximo. Si no hubiera llevado la cabra en brazos, para un hombre desarrollado y con buena complexión física hubiera sido un viaje de una jornada. Cuando el pastor llegó al pueblo a la mañana siguiente, se dirigió de inmediato a un médico de reconocido prestigio, quien, como le hizo saber un caminante, estaba celebrando la boda de su única hija. El pastor se dirigió a la fiesta con

la cabra en brazos, se disculpó por su irrespetuosa interrupción y le pidió al médico con el mayor respeto y una cortesía exquisita que la atendiera lo antes posible. Pero el médico le pidió que desapareciera de su vista de inmediato o, de lo contrario, mandaría llamar a sus hijos, que eran mucho menos sutiles que él. Querido doctor Wagner, ¿qué cree que hizo el pastor?

–¿Se marchó? –pregunta el doctor Wagner, y en su voz suena un atisbo de esperanza, así como de una inocencia infantil.

–Correcto –dice Jeremiah Al-Kasim, mientras su mano izquierda coge como quien no quiere la cosa una fotografía del alféizar, en la que sonríen con una gracia sublime una mujer bellísima y dos niños guapísimos que posan a la perfección–. Pero, antes de irse, fue en busca de la hija del médico y, con su mejor cuchillo, el reservado para la *Shejitá*, la degolló.

El doctor Wagner reflexiona. Podría preguntar si se habían tomado las precauciones pertinentes para una correcta esterilización, si el corte había sido ejecutado de forma profesional y limpia o qué trayectoria había dibujado la fuente de sangre. Pero, en lo más profundo de su ser, siente que sus hijos significan para él mucho más de lo que nunca hubiera llegado a imaginar y que en mayor o menor medida su mujer le resultaría bastante difícil de sustituir.

–Creo que por una vez podremos hacer una excepción.

–Fenomenal, pero sólo si no le supone un trastorno.

–No hay problema, les echo una mano encantado.

–En ese caso –se entromete Melvin–, pónganos también los 200 gramos de salami húngaro.

39

Su vientre se ondula y flamea como el océano salvaje; sus pechos, apenas cubiertos por un reducido sujetador verde brillante, se contonean con furia al compás de la música folclórica y sus caderas se mueven como si un par de langostas se hubieran extraviado dentro. La gente, ciega de entusiasmo, prorrumpe en aplausos; la jalean con extraños sonidos guturales y le meten billetes en el dobladillo de su falda tintineante. Todo un espectáculo para la vista, pero Harold prefiere observar la devastación que han dejado tras sí los miles de platos que hace no mucho estaban repletos de las exquisiteces más extraordinarias, cuyos restos pringosos no constituyen más que un testimonio precario. *Hummus* aliñado con aceite de sésamo, zumo de limón y ajo; rollitos de pámpano rellenos de arroz, tomate, cebolla y perejil; crema de queso fresco con ajo picado y menta fresca; berenjenas y pimientos asados a la parrilla; dientes de león cocidos aderezados con cebolla pochada y zumo de limón; albóndigas de ternera empanadas; brochetas de cordero al horno con carbón vegetal; jamón de ternera en lonchas cubiertas

de especias y, para concluir, unos pastelitos tan dulces que llenan las encías de mellas pegajosas.

Por primera vez desde el comienzo del viaje, Harold se siente casi a gusto. Hasta entonces nunca le habían invitado a un restaurante libanés; una laguna, claro. Pero incluso Melvin ha devorado como un campo de refugiados entero, aunque se haya dedicado a identificar continuamente qué tipo de pecado estaba cometiendo, como frugívoro, con cada bocado. La solicitud del servicio y las atenciones del gerente contribuyen al bienestar general. El mejor sitio para poder apreciar como es debido la pequeña cascada que hay en medio de la habitación es, obviamente, la tribuna. La mayoría de ellos tiene que comer echada en el suelo. Ya casi han vencido las dos horas de plazo, el mensajero debe de estar a punto de llegar con los resultados, y sea lo que sea lo que le esté entreteniendo, es mejor que se abrigue, mucho. Pero entonces entra un hombre con cuatro guardaespaldas que avanza en dirección a la mesa presidencial y, cuando por fin llega, Ali y Jeremiah se levantan de un salto, como si fueran unas bailarinas que compiten entre sí por conseguir la sincronización aun a riesgo de la propia vida. ¿Negocios? ¿Guerra de bandas rivales? ¿Tiroteos? ¿Muertos en ambas facciones? Melvin no sabe con qué carta quedarse. Ali, que para sorpresa de todos es capaz de hablar, emite un conciso saludo con una voz que parece a la de un gato vomitando un ovillo de pelos. Se muestra tenso, e incluso en los ojos de Jeremiah Al-Kasim Melvin cree adivinar algo así como intranquilidad. Pero los hombres se besan en la mejilla, se abrazan como los últimos gorilas en la niebla y se miran a la cara como si ese día fuera la última vez. Hacen más ruido que una feria, en la que Harold sólo entiende *yalla*, y después de haber superado con éxito todos los rituales, la mirada del tipo se desplaza en dirección a Melvin. Jeremiah Al-Kasim reacciona de inmediato.

–Mi hijo.

–¿Tu hijo?

–Mi hijo.

–Alá es grande.

El hombre pone en la mano de Melvin un billete de 100 libras, le acaricia el pelo y, cuando sonríe, luce y brilla el más bonito de los dientes de oro tallado nunca por el ser humano, atrayendo mágicamente todas las miradas. A Harold le entran escalofríos.

El tipo se da la vuelta de nuevo y sus ojos se congelan, sombríos y melancólicos, como si se hubiera extinguido toda luz.

–Quiero invitarte a cenar mañana por la noche. Tenemos que hablar de ciertas cosas.

–Encantado.

–*Assalamu aleikum*.

–*Va aleikum salam*.

También en la despedida abunda el besuqueo; el hombre y los cuatro guardaespaldas descienden de la tribuna; el gerente, obviamente un oportunista, hace una reverencia aún

más marcada que al principio y, cuando por fin alcanzan la puerta, todos los presentes parecen sentir alivio.

–¿Quién era ése? –quiere saber Melvin.

–Adolf Hitler.

–¿Adolf Hitler?

–Yusuf Nadir, oficialmente.

–¿Por qué le llama entonces Adolf Hitler?

–Por hacerlo más humano.

A Harold le alegra que Melvin no siga preguntando; el *hummus* será desde ese momento el alimento soñado que lo mantendrá para siempre alejado de todo infortunio. El servicio recoge los últimos platos y sirve en unos pequeños vasos un té que huele como si hubiera reposado mil y una noches.

–Jeremiah Al-Kasim –grita una voz desde lejos–. ¿Jeremiah Al-Kasim? –la voz se aproxima.

–¿Sí?

Es el mensajero. Tiene el pelo largo y enredado; en las cejas, la nariz y el labio inferior le brillan unos aros plateados. Lleva unos *leggings* ajustados bajo el *coulotte* de ciclista que demuestran con una evidencia espeluznante unas piernas delgadas como alambres. Su *walkie-talkie* envía al mundo sonidos rotos, sus ojos giran sin parar de un lado a otro, inquietos, como si el tiempo no fuera cuestión de dinero sino de supervivencia.

–Tengo un sobre para usted. Hágame el favor de firmar aquí debajo.

Ali trae enseguida una Montblanc Royal de oro repleta de diamantes, con la que la firma parece una obra de arte barroca. El mensajero retoma su camino y Jeremiah Al-Kasim sostiene el sobre en las manos como si contuviera la respuesta definitiva a la pregunta del sentido de la vida. Melvin se muerde la uña del pulgar de la mano izquierda y clava la vista en un futuro incierto. Si Jeremiah Al-Kasim es de verdad su padre, entonces una cuarta parte de sí mismo es árabe, un pensamiento que le irrita, aunque así tanto su pelo negro como su nariz encorvada hacia abajo tendrían su aura de leyenda. ¿Pero qué obligaciones le supondrían las relaciones familiares? ¿Será Melvin el joven Vito Corleone que un buen día se verá obligado a defender el honor de la familia? ¿Le besarán el anillo montones de hombres obesos con la cara cosida a cicatrices y le llamarán Don Melvin? Para alcanzar el debido respeto en ese mundo tan masculino, ¿tendrá que matar con sus propias manos a más de un hombre en alguna que otra esquina? ¿Y se pondrán muy pelmas para que use trajes de mil rayas con lo mal que le sientan?

Jeremiah Al-Kasim abre el sobre a la velocidad de un caracol muerto.

Lee.

Respira hondo.

Levanta la vista.

En sus ojos nada la tristeza.

–Alá es poderoso –cierra los ojos. Los vuelve a abrir–. Claro que, de todas formas, podéis pasar la noche en mi casa.

–Bueno, es muy generoso por su parte –dice Melvin, que está casi un poco decepcionado–, pero tenemos que llegar a coger el ferry nocturno para ir a Irlanda.

¿El ferry nocturno?

¿Irlanda?

40

El camarote es incómodo. Y pequeño, muy pequeño. O sea que así es como deben de sentirse las sardinas en lata. Maltrato animal. Otra vez en el mar, como si no hubiera sido todo ya lo suficientemente traumático. Por lo menos, el camarote tiene un ojo de buey. Aunque no haya mucho que ver, porque la noche es oscura, más que negra. Como si no quisiera marcharse, como si la luz hubiera dejado de tener ganas de seguir viviendo. Si, total, todas las mañanas, aunque diferentes, son iguales. A no ser que uno se crea la publicidad de los cereales; pero el envase nunca resulta atractivo de verdad.

La travesía durará siete horas y Harold no podrá pegar ojo en caso de cualquiera de las posibilidades previstas: a) iceberg, b) tsunami, c) torpedo. Y todas estas perspectivas de futuro irán seguidas de tiburones, a cientos, hambrientos y despiadados, sin conciencia de culpa ni de pecado, débiles de carácter hasta los cartílagos. Melvin sí que duerme; la forma en que cierra los ojos ante la inminencia del peligro resulta bastante ingenua. Pero aún es joven, aún no tiene todos los sentidos desarrollados. En posición embrional, con el pelo despeinado y las manitas cerradas formando dos puños parece casi inocente. Harold se pregunta de dónde le viene la rebeldía; por qué Melvin trata de vez en cuando a su prójimo como si fuera una enfermedad contra la que sólo hubiera una única vacuna: el desprecio. ¿No basta y sobra con la indiferencia? ¿Hay que ofender sin miramientos a cualquier pobre ser? Como al simpático sobrecargo que se limitó a preguntarle si quería ir al Paraíso de los Juguetes. Melvin le respondió que no tenía ninguna intención de bañarse en una piscina de bolas de colorines y entonar yupis a borbotones, a no ser que como huésped estuviera obligado a complacer la pulsión pedófila de la tripulación; en tal caso estaría a su disposición y reconocería el error de no haber leído la letra pequeña. Harold opina que un simple «no» habría podido ser una alternativa perfectamente válida.

Si Harold pudiera, le haría un padre a Melvin por arte de magia. Sería lo mejor para los dos. Pero no sabe hacer trucos. Nunca ha sabido. Es más, en realidad no está nada claro qué sabe hacer. Seguro que habrá un par de cosas, nada del otro mundo, claro, pero sí las suficientes como para hacer una reducida lista: puede estar sentado en un banco del parque completamente en silencio hasta que los pájaros se olviden de él. Puede hinchar 41 globos antes de caerse desmayado. Puede estar mirando por la ventana de la cocina más horas de las que tiene el día. Puede beberse tres litros de té sin tener que ir al

baño. Puede ocuparse de Mrs. Cardigan cuando está resfriada. Puede caminar durante horas por los campos de maíz sin encontrarse con nadie. Puede alegrarse cuando le hacen un regalo si la situación lo exige. Puede ir a la pata coja más de cuatro minutos sin caerse. Puede imaginarse no ser siempre espontáneo. Puede soñar con babosas extraterrestres que caen del cielo.

Puede quedarse dormido.

Puede que no pueda.

Puede quedarse dormido.

Puede que no pueda.

Puede quedarse dormido.

Puede que no pueda.

¡Sí que puede!

Jueves

41

Es la primera vez en su vida que Harold está en Irlanda. Y curiosamente está lloviendo. Desde la salida del sol, de la que es mejor no hablar. A las ovejas les da igual, sólo conocen eso. Harold no tiene ni idea de cuántos rebaños han visto ya. En cualquier caso, los suficientes como para no volver a tener problemas para coger el sueño en su vida. Han pasado más de tres horas desde que se pusieron de nuevo en acción, desde que se bajaron del ferry y se dirigieron a Dingle cogiendo algún que otro desvío equivocado y dando un pequeño rodeo por la costa hasta llegar aquí, al interior, justo antes de llegar a Limerick. Unos delgados tapices de niebla empañan la vista, el cielo brilla con un gris intenso y los limpiaparabrisas apartan la humedad con chirridos de disgusto. Y, aun así, Harold está fascinado por la pintoresca sencillez del paisaje irlandés, por las colinas y las bahías, los lagos y los acantilados, las casas de campo, los castillos y los monasterios en ruinas, los prados sembrados de piedras y los cementerios megalíticos. La hierba, tan apetecible, tiene matices que nunca había visto antes, ni siquiera en Harrods, ni en la sección de tés. Un monumento vivo de la fabulosa madre naturaleza. De aquí tienen que provenir los elfos. Harold puede perfectamente llegar a imaginarse pasando el ocaso de su vida en este país tan encantador, no muy cerca del mar, en una de estas casas desvencijadas en las que brilla la luz más cálida del mundo. Podría plantar lilas u ordeñar vacas, aunque tendría que aprender; también tendría que aprender que eso «se lleva-en-la-sangre». Pero quizá en algún momento se le conceda un deseo que por una sola vez se cumpla. Al fin y al cabo hoy es el cumpleaños de Harold. Y los 50 sólo se cumplen una vez. ¿O no?

A Melvin Irlanda le resulta kitsch. Su idílica leyenda puede provocar una fascinación barbullante en niños pequeños y jóvenes sencillos, ofrecer un escenario perfecto para cuentacuentos y paisajistas; en una palabra, deleitar a los espíritus simples con su acogedora campiña. Pero no le extraña nada que prohombres de la talla de Swift, Joyce y Beckett dieran la espalda a tan romántico erial para alcanzar el reconocimiento mundial en otros lares. El último bastión del catolicismo es para Melvin un mero panóptico neolítico de felicidad ramplona. Los propios irlandeses no le despiertan menos reticencias. En el transcurso de sus investigaciones sobre Jeremiah Newsom número cinco ha podido averiguar algún que otro dato sobre este pueblo de renegados. Que han tenido que superar terribles hambrunas, que votan a los políticos corruptos por tradición, que en algunas ocasiones son un poco cascarrabias, que no tienen cuartos de baño

bonitos y que poseen un instinto lúdico muy desarrollado. Apuestan no sólo a los caballos, los galgos, los pitbulls, las aves o los patos de goma, sino también a que el mundo se va a terminar un viernes 13 de octubre. Además, son adictos al bingo y se comen los riñones del cordero y sus músculos estomacales. Por regla general, el irlandés no es pelirrojo; sólo lo es como excepción. Toda una serie de informaciones de peso que Melvin ha recopilado de una guía de viajes del año 1984. Pero con su padre potencial ha dado en la prensa local. Como sabe que el irlandés es por naturaleza un cotilla, en los últimos meses se ha abonado a los periódicos locales, desde el *Irish Times* hasta el *Evening Herald*, todos medios de calidad que sienten predilección por los desmanes autóctonos y saben denunciar como es debido a los delincuentes. Con los datos de contacto incluidos. Criminales peligrosos en la mayoría de los casos. Como Flynn Sweeney, de Wicklow, 38 años, de ocupación parado, que siendo alcalde de su pueblo fue sorprendido penetrando a una oveja bajo los efectos del alcohol. En su defensa, Flynn alegó que también él mismo se había sorprendido pues su mujer no solía mostrarse tan accesible. O como Mary O'Malley, de Dublín, 44 años, trabajadora de los astilleros, que bajo los efectos del alcohol ofreció al amor de pago su cuerpo equino. A un sacerdote que estaba celebrando en ese instante la misa de ocho y que prefiere permanecer en el anonimato. O incluso como un tal Jeremiah Newsom, un mayor de Dingle, 81 años, británico de origen extranjero, jubilado, que bajo los efectos del alcohol había ondeado la bandera británica en un desfile mientras cantaba *A Londonderry Air*. El intento de tomarse la justicia por su mano fracasó porque el comando de linchamiento no fue capaz de ponerse de acuerdo en el árbol adecuado y sus componentes se disolvieron ofendidos. Melvin parte de la base de que un hombre de 81 años no puede ser su padre, pero donde hay un mayor tiene que haber un júnior.

En cualquier caso, la pregunta es si van a ser capaces de llegar tan lejos. Porque desde hace más de veinte minutos, el Saab se comporta como una cosechadora en un campo de nabos. Su velocidad punta no sobrepasa los treinta por hora. Y encima protestando. Pero tampoco puede quedar tanto para Limerick. Ya se ven las primeras casas. A la derecha hay un pequeño caserío con tres edificios; a la entrada cuelga un cartel que dice «Taller». A la izquierda...

–¡Frena!

42

A primera vista, el taller da una impresión de profesionalidad absoluta. Una nave amplia con plataforma elevadora, desmontadora de neumáticos, estación de aire comprimido y distintos aparatos de diagnóstico y de medición de emisiones.Todo en un estado impecable. Las herramientas más pequeñas son como si acabaran de salir ayer de unos grandes almacenes de bricolaje. En cambio, no hay quien encuentre trapos sucios,

ni la piscina para el cambio de aceite, ni siquiera una pizca de moho. Tampoco el propietario, aunque de gran estatura y barba poblada, parece un provinciano. Tiene un aspecto cuidado, unos pantalones de pana marrón y un jersey de cachemir verde que evidencia el olor a establo de la población rural adinerada y la presencia de un gran señor. Lleva ya cinco minutos examinando el Saab con ojos de profesional, sin tocar nada ni mucho menos levantar el capó, como si quisiera entrar en el interior del Saab y coger al toro por los cuernos con los métodos propios de la metafísica, como si fuera un encantador de coches trascendental, un médium capaz de encontrar en zonas ocultas el origen de los males que más duelen. En definitiva, un profesional.

–¿Es un coche japonés?

Melvin entra en shock.

–No, sueco.

–¿De los vikingos?

–¡Sueco!

–Vale –el profesional se mesa la barba y penetra una vez más en lo más profundo del Saab–. Seguro que se ha estropeado la caja de cambios.

Melvin empieza a desconfiar. Se empuja las gafas un poco nariz arriba y observa las manos del supuesto mecánico, sin mancha alguna y libre de toda callosidad.

–Una tesis muy aguda, pero quizá fuera aconsejable comprobar primero las bujías por si hubiera alguna que quizá no funcionara bien.

–Bueno. Dadme una hora.

–¿Una hora?

–Sí, creo que tenemos que empezar por el principio para analizar al detalle toda la cadena de posibles errores. Empezaré con el agua de la refrigeración.

Melvin empieza a desconfiar mucho.

–¿Qué oficio ha aprendido usted?

–He estudiado.

–¿Pedagogía social?

–No, Economía. Hasta hace medio año era corredor de Bolsa en Dublín. Hasta que me harté de la infamia del capitalismo y pensé ¿por qué no te dedicas a algo completamente absurdo?

–Estupendo. ¿Y cómo se ha preparado para trabajar de mecánico?

–He leído la bibliografía especializada.

–Ya. ¿Y ha arreglado muchos coches hasta ahora?

–Calculando por lo alto, podemos hablar de un estreno absoluto.

Melvin sopesa las distintas posibilidades. Sus conocimientos sobre motores de combustión son también de naturaleza estrictamente teórica. De Harold puede esperarse todavía menos. Podrían intentar llegar a Limerick confiando encontrar ahí un duendecillo competente que haya sido amamantado de bebé con lubricante. Pero ¿qué probabilidades

hay de que pase algo así? Además, le ruge el estómago; no han comido nada desde el atracón libanés.

–Bueno, vale, una hora. ¿Hay algún café por aquí cerca en el que se pueda desayunar como es debido?

–Claro que sí. Mi mujer tiene un pequeño café francés, La Baguette, a menos de quinientos metros.

Melvin contempla un punto negro en el horizonte. Hay por lo menos tres kilómetros de camino. A pie. Cuesta arriba. Es impensable que en esa zona un café francés despierte el más mínimo entusiasmo cuando lo único que quiere el paisanaje es puré de patatas. Sea. Por lo menos sí que sabrán hacer un té.

–¿No tendrá dos paraguas?

Su ceño fruncido indica incomprensión.

–Esto es Irlanda.

43

A Melvin le falta el aliento, Harold tiene problemas para respirar y alteraciones del ritmo cardíaco. El camino ha resultado mucho más agotador de lo que habían previsto. Además, a pesar de la lona azul, la lluvia irlandesa les ha bautizado hasta los huesos y no cabe ninguna duda de que tendrán que lidiar durante meses con una pulmonía. Pero ha merecido la pena. El café es pequeñísimo, sólo hay dos mesas con cuatro sillas cada una. Ambas están ocupadas por una sola persona. Los muebles son de madera, casi de anticuario, pero se conservan en un estado impecable. De las paredes cuelgan fotografías de parejas de enamorados en los Campos Elíseos, suena Edith Piaf de fondo y un horno de leña expande olor a manzanas, canela y bergamota. Les sale al encuentro una mujer joven con la silueta de un hada y la sonrisa más encantadora que haya visto Melvin en su vida.

–Hola, me llamo Gwyneth. ¿Os puedo sentar con Einar?

Melvin está que no se tiene en pie y dirige su mirada hacia Einar con cierto pesar. Einar debe de haber emprendido un viaje en el tiempo y haberse perdido. Parece un guerrero nórdico del siglo IX fuera de lugar. Tiene una complexión fuerte, aunque no gorda; lleva el pelo largo, entre rubio y rojizo, recogido en una coleta, y las greñas de la barba arrancan justo debajo de los ojos para acabar a la altura del ombligo. Tiene los ojos verdes y clavados en la nada. A primera vista, es un vecino introvertido que no emite ningún tipo de señal que pudiera dar pie a pensar en una inclinación a la locuacidad voluntaria. Se mueve a la velocidad de una estatua, quizá algo más despacio. Melvin se sienta. Harold duda un momento, presiente que se cierne sobre él un peligro desconocido y, justo en el momento en que toma asiento con cuidado, le salta un monstruo al regazo.

–No se asuste –dice Gwyneth sonriendo–. Se llama Tyree. Es una gata muy cariñosa.

Y eso sólo lo hace con las personas que le caen bien. ¿Qué quieren que les traiga?

–Querríamos dos desayunos ingleses –dice Melvin sonrojándose ligeramente–, para mí sin setas, por favor, soy frugívoro.

–Lo siento muchísimo, pero esto es un café francés. Les podría ofrecer una ensalada de frutas o una *baguette* a su gusto.

–Entonces tomaremos dos *baguettes* con jamón y un Earl Grey.

–Ahora mismo.

Gwyneth desaparece detrás de la barra, Melvin siente un curioso murmullo en el vientre y Harold adopta la misma posición rígida que Einar. La culpa es de Tyree. Harold no entiende por qué atrae tanto a los gatos. No se le ocurriría nunca acariciarlos y además ya ha tenido más que suficiente con el pesado de Kempowski. Pero este gato es distinto. Mira a Harold fijamente, como si lo quisiera hipnotizar, como si en vez de un gato fuera un pajarito recién caído del nido que se ofrece como voluntario para servir de desayuno. Le clava a conciencia las uñas en el poliéster del pantalón, hasta que se anclan en la carne desnuda y le arranca pedacitos con hábiles movimientos de extracción. Parece disfrutar y empieza a ronronear. A Harold le gustaría llorar un poquito de dolor, pero no le parece una buena idea, sobre todo porque la cola del animalito empieza a azotarle a intervalos irregulares la pantorrilla.

–Dos *baguettes* con jamón y el té. *Bon appétit* –dice Gwyneth, y deposita el desayuno en la mesa.

–*Merci* –responde Melvin. Le da un mordisco a la *baguette* y observa cómo desaparece Gwyneth detrás de la barra. ¿Eso es amor? Harold no cree que pueda llegar con vida a alcanzar el desayuno y se queda clavado en la silla. No es un suicida cualquiera. Tyree parece estar esperando que cometa un error para poder mostrar en todo su esplendor la amabilidad que la caracteriza.

–Pssst.

Melvin deja de masticar. Mira a Einar. Pero Einar sigue mirando la nada. ¿Ha sido una alucinación acústica? Da igual. De todas maneras Harold no ha oído nada, porque Tyree no ha mostrado en ningún momento el más mínimo interés en dar un carácter menos tenso a su breve relación. Al contrario. Se ha cambiado de postura y, sentada sobre sus patas traseras, se dedica con entrega a masajear el vientre y el pecho de Harold con unas uñas que harían del titanio mantequilla.

–Pssst.

Einar observa a Melvin de reojo. Parece afligido por algo. Melvin sorbe un poco de té y dice muy bajito:

–¿Sí?

–¿Queréis venir conmigo a mi arca? –le devuelve Einar en un susurro.

–¿Qué arca?

–Mi arca.

–¿Por qué?

–Por la ola.

–¿Qué ola?

–La del diluvio.

–No, gracias.

–Vale.

Einar vuelve a clavar la mirada en el infinito, Melvin intenta captar a Gwyneth con la mirada y Tyree ha empezado a marcar el territorio con el morro. A Harold no le gusta ser su territorio. Es su cumpleaños, y en tan señalado día Mrs. Cardigan suele hacerle una tarta de manzana. Si no se le olvida.

–Psssst.

Einar parece más afligido todavía. Debe de ser algo importante, porque una vez más consigue arrancar del pensamiento de Melvin a Gwyneth y un futuro maravilloso en un globo rosa.

–¿Sí?

–¿Queréis venir conmigo a mi arca?

¿Hola?

–¡No, gracias!

–Vale.

Tyree está furiosa porque Harold no interpreta su papel de víctima como es debido. A estas alturas, ya se ha erguido en su regazo apoyando las patas delanteras en los hombros de Harold, con la cabeza a la altura de los ojos. Sólo median cinco centímetros entre los dos, y ni siquiera Errol Flynn se atrevería a hacerse el héroe en semejante situación; seguro que para eso hay dobles. Harold deja de respirar.

–Psssst.

–¡¿Qué?!

–¿Queréis venir conmigo a mi arca?

Antes de que tanto Melvin como Tyree revienten, se abre de par en par la puerta y el mecánico entra deprisa y corriendo en el café. En su cara brilla el orgullo propio de un padre recién salido del paritorio.

–¡Ya funciona el japonés!

44

Melvin ya no está enamorado. Ya casi se ha olvidado de Gwyneth. De todas formas, a la larga seguro que no habría funcionado; sencillamente, la diferencia de edad era demasiado acusada. Además, a Melvin no le gusta comprar flores cortadas, y el contacto corporal tampoco sería de su agrado. Por lo menos ha parado por fin de llover, e incluso en algunos sitios la luz del sol se abre paso a través de la fuerza de las nubes. Después de haber circunvalado ampliamente Limerick para poder disfrutar dos horas más de su

paisaje barroco, llegan por fin a Dingle. Dingle tiene un aspecto tal que da la sensación de que un organizador de eventos ha reconstruido la pequeña península con la mayor autenticidad posible con el fin de que los visitantes puedan experimentar el romántico vínculo que une el alma irlandesa con la naturaleza. Y lo ha conseguido de verdad. El pueblo tiene menos de 2.000 habitantes, pero, además, como mínimo, otros tantos turistas. Se pueden visitar piedras míticas, ruinas célebres y magníficas playas. Quien quiera puede dar idílicos paseos en bicicleta, a caballo o en carricoche. O salir al mar en uno de los múltiples barcos de pesca para saludar con la mano a *Fungi*, un *flipper* que el organizador de eventos ha contratado para la bahía. Las casas de colores chillones son como para callarlas a bofetadas, y en el pub Murphy's seguramente se podrá comer como es debido.

También a Harold le parece muy bonito Dingle. Aún no ha visto ni un solo gato. En cambio hay una feria cerca del puerto. Es decir, un puesto de cervezas, un tiovivo para los niños y una tómbola. El objetivo de las atracciones es un maratón de donativos a beneficio de uno de los habitantes de Dingle enfermo de cáncer de testículos. No debe citarse el nombre del afectado porque el enfermo prefiere permanecer en el anonimato, como suele decirse. Por eso puede leerse en un estandarte de color lila: «Para Seamus Callum O'Rourke. ¡Que no te toquen los huevos!». A simple vista, no acaba de percibirse un éxito rotundo. Los turistas prefieren comprar *flippers* de plástico en la tienda de souvenirs y los lugareños tienen sed.

Melvin intenta dar con una nueva persona de contacto. Hasta ahora los rendimientos de la empresa han sido ínfimos, porque en cuanto nombra a la persona que busca la alegría comunicativa del interrogado se congela en un bloque de hielo. Jeremiah Newsom parece haber sido declarado en Dingle persona non grata. «¡Satán!» ha sido la reacción más amable.

El tipo que lleva la tómbola les hace un gesto con la mano. Si alguien se fía de la tabla pintarrajeada que hay debajo del mostrador, entonces puede llamarle Jacek. Jacek tiene pinta de vivir por decisión propia en una célula de seguridad. El ojo derecho se le pierde hacia el sureste, en comparación con los suyos Shane MacGowan tiene unos dientes preciosos y la mano izquierda le tiembla en torpes piruetas. Tras él, los estantes aparecen repletos de peluches, tazas de café de Dingle y tarros de conserva con mermeladas de muchos colores. Melvin y Harold se acercan a la barraca con reticencia, conscientes de que no les acompaña la razón.

–Ho-la –tararea Jacek–. ¿Vosotros también queréis hacer un donativo para el vecino de Dingle que tiene cáncer de testículos? Tres boletos por un euro.

–¿Es usted polaco? –pregunta Melvin.

–Sí.

–¿Hoy no le toca robar neumáticos?

Jacek sonríe avergonzado, como si efectivamente fuera su día libre.

–Es por una buena causa. Tres boletos por un euro.

–Sólo tenemos libras.

–No pasa nada. Tres boletos por una libra.

Melvin reflexiona un poco. Quizá debería ganarse primero la confianza de Jacek, no salirle de primeras con la pregunta, acercarse despacio. Y aunque el denominador común de todo el viaje empieza a parecerse mucho a Waterloo, saca un billete del monedero que lleva colgado al cuello y se lo entrega a Jacek que, muy contento, le señala el bombo, un tarro de conservas lleno de papelitos de colores. Melvin saca tres boletos y se los pasa a Harold sin decir ni mu. Harold los desdobla. Boleto número uno: nastis. Boleto número dos: nastis. Boleto número tres: primer premio.

¿Primer premio? A Harold hasta ahora no le ha tocado nada en toda su vida. Ni un simple aro para sujetar el vaso de los cepillos de dientes. ¡Albricias! Pero ¿cómo manifestar euforia? Suspira de manera casi imperceptible. Le da el boleto a Melvin, que mira confundido el papelito manuscrito y se lo entrega a Jacek, que pierde la compostura y grita a pleno pulmón: «¡Primer premio!». Una señora con un andador levanta cansada la mirada, para seguir enseguida su camino rodando. Jacek se sumerge debajo del mostrador y saca a todo correr un monstruo de color rosa, poseído por un ataque de megalomanía. Es el peluche más horrible que Melvin ha visto nunca, ni siquiera sabe muy bien qué es exactamente. ¿Alien 5?

–Enhorabuena –dice Jacek y le pone a Melvin el monstruo en los brazos–. Ésta es Miss Pink Flamingo; tenéis que llevarla todo el rato con vosotros durante todo un año. Trae suerte.

Melvin se queda sin aire y le da Miss Pink Flamingo a Harold. Harold se queda también sin aire, pero quedarse sin aire le alegra un montón. Ya debería ser suficiente. Para haberse ganado su confianza.

–Querido Jacek, seguro que en Dingle es usted todo un personaje.

–Sí.

–Y a lo mejor conoce usted a gente del pueblo.

–Los conozco a todos.

–Qué bien. Entonces seguro que nos puede decir cómo podemos dar con Jeremiah Newsom.

El color de la cara de Jacek cambia del blanco al cadavérico, se santigua y tira de una cuerda que cuelga cerca de la mermelada de fresa. El tejadillo baja haciendo un ruido espantoso y no se lleva por delante a Melvin y Harold por los pelos. Esto no puede estar pasando. ¿Están todos locos? Una niña pequeña, de unos seis años, le toca el brazo a Melvin y le pregunta:

–¿Buscáis al hombre del saco?

–Eso parece –murmura Melvin mientras observa esa cosa pequeña que habla.

–¿Me regaláis el pavo?

–¿Qué pavo?

La niña pequeña señala con el dedo a Miss Pink Flamingo, que tiente Harold en

brazos.

–Pues claro –dice Melvin encantado.

Harold no se siente tan feliz; ya se había hecho a la idea de la suerte tan grande que había tenido. Emocionado, le entrega Miss Pink Flamingo a la pequeña, que desaparece tras el muñeco.

–Tenéis que ir por la carretera del mar, hasta que veáis una casa roja con una bandera inglesa.

–Gracias.

–¿Por qué? Voy a rezar por vosotros.

45

La casa de los ladrillos rojos está ubicada en un rincón encantador, con vistas al océano, sin edificios al lado y libre de los vecinos molestos y las alegres y divertidas tardes de barbacoa. En la entrada hay un Landrover verde de los años ochenta, lleno de barro seco hasta las ventanillas, que están cubiertas de un moho tan denso que no permite ver el interior. El jardín delantero, si es que se puede llamar jardín, está completamente asilvestrado y huele a caca en descomposición. En una de las ventanas brilla una tenue luz; debe de haber alguien en casa.

No hay ningún detalle que proporcione alguna información sobre el o los inquilinos; no figura ningún nombre junto al timbre, no hay ningún ramo de flores o cualquier otro objeto que permitiera hacer pensar en un toque personal o al menos una cálida bienvenida. Reina una calma tan absoluta que angustia, y Harold preferiría no tener que acabar en el horno como Hänsel y Gretel porque no acaba de llevar bien el calor. Melvin no va a andarse con melindres, es la última oportunidad, el último lugar en el que poder encontrar a su padre.

Melvin llama al timbre.

Nada. No se produce ninguna reacción, ni un ruido, nada.

Melvin vuelve a llamar.

Espera.

La puerta se abre, chirriando.

Aparece en el umbral un viejo un poco más joven que Matusalén, que para eso llegó a los 969 años. Entonces no había pastillas de vitaminas. El viejo tiene que haberse pasado toda la vida en alta mar, porque los vientos y las mareas le han arado la cara hasta convertirla en un paisaje lleno de arrugas que oscila entre el gris y el amarillo nicotina. En la mano derecha sostiene una taza de té; en la mano izquierda, una escopeta de perdigones. No está solo. Tiene un pitbull a los pies.

–Tenéis exactamente tres segundos antes de que Betty os trague de guarnición.

Melvin y Harold observan a Betty, que tiene las patas en forma de «o». Pequeña,

gorda, con la lengua babeante y los ojos como canicas, mueve lo que le queda de rabo como una hélice. De puro nervio, Betty deja escapar unas gotitas de orina y emite unos sonidos profundos con la garganta. A simple vista, resulta difícil relacionarla con una sanguinaria máquina de matar a las puertas del infierno.

–Mr...

–Último aviso. A los irlandeses lo primero que Betty les arranca son los huevos.

–Somos ingleses.

–¿Ingleses? –el viejo achina los ojos y mira por encima de la cabeza de Melvin como si esperara una emboscada, pero no se ve a nadie aparte de esas dos siluetas–. ¿Compatriotas? Espero que seáis patriotas.

–Convencidos –dice Melvin.

–¿Anglicanos?

–En cuerpo y alma.

–¿*Reds*?

–*You'll never walk alone*[1].

–¿Un té?

–Encantados.

El viejo conduce a sus huéspedes por un largo pasillo hasta una habitación que respira bienestar. Las paredes están pintadas de rojo y de ellas cuelgan distintos retratos de la familia real. Un estilo naïf que le sienta especialmente mal al príncipe Carlos. Dos grandes sofás y un sillón Chesterfield constituyen el centro de la estancia. Hay libros repartidos por todo el espacio, en montones o sueltos; mucho teatro, Marlowe, Heywood, Webster... Gracias a la chimenea la temperatura es muy agradable y el té, que descansa en paz en una tetera de plata, despide un fuerte aroma. El viejo coloca la escopeta de perdigones en un paragüero, abre una vitrina de madera, saca dos tazas más y pide a sus invitados que tomen asiento.

Lo malo es que no hay bollitos y que alguien debería pasar el trapo del polvo, o eso opina Harold. Betty está en ese momento en pleno éxtasis: ha encontrado una pelota amarilla de plástico que emite unos pitidos agudos cuando la muerde. Empieza a dar vueltas sobre sí misma jugando, pero no pierde de vista a Harold en ningún momento.

Lo que faltaba.

–Por Dios, tírele de una vez la maldita pelota –le recrimina el viejo mientras sirve el té.

Betty casi se ahoga de alegría y apoya la cabeza en el regazo de Harold. Pasea sus potentes dientes por la pelota amarilla haciendo unos ruidos que ya se van pareciendo a auténticos gritos de expiación. Melvin y el viejo se quedan mirando a Harold. Betty también. Genial. Aproximarse con cuidado, nada de movimientos bruscos, concentración absoluta, pero, oh sorpresa, Betty no da señales de querer defender su presa, al revés, renuncia complaciente a su tesoro. Su saliva mucosa inunda la mano de Harold, que gotea y lanza la pelota en dirección al pasillo. Ya está, estupendo. Pero Betty no tarda ni dos segundos en volver a traerla gruñendo feliz.

–¿Limón?

–No, gracias.

–Bueno, ¿qué se os ha perdido por aquí?

–Estamos buscando a una persona desaparecida. Que las pistas nos hayan traído hasta aquí ha sido una sorpresa para todos. ¿Por qué vive usted en Irlanda?

–Alguien tendrá que defender el último bastión del Imperio, ¿no? No siempre es fácil.

–Y encima en la católica...

–Ja, los católicos. Aquí tienen hijos hasta los obispos, pero si una estatua de la Virgen María empieza a llorar, se arma la de Dios es Cristo. Comemierdas.

Harold vuelve a lanzar la pelota.

De alguna manera, a Melvin el viejo le resulta familiar. La falta de vista, el labio superior asimétrico, la voz ligeramente nasal... hay relación, sin duda. Melvin tiene la ligera sensación de haber acertado. No hay ninguna razón para alargar una cháchara sin sentido. Toma un poco de té, que está mucho más caliente de lo previsto y le produce pequeñas ampollas en el paladar.

–¿Tiene usted un hijo?

–¿Por qué? –pregunta el viejo mientras se frota pensativo los cañones grises de la barba.

–Podría darse el caso de que fuera usted mi abuelo.

–¿Pretendéis heredar de mí?

Harold vuelve a lanzar la pelota.

–¿Le suena a usted el nombre de Denise Bentham?

Por un breve momento el anciano parece sorprendido; se reclina, abre un estuche plateado, saca un cigarrillo y lo enciende con un Zippo. Huele a gasolina.

–Mi hijo hablaba todo el rato de una mujer que se llamaba así. También de un niño, pero, hasta donde yo sé, ella abortó.

–No abortó –el pulso de Melvin juega a las carreras de coches. ¿Será posible? ¿Lo habrá encontrado? ¿Estará su padre en casa o habrá salido a comprar bollitos? ¿Cómo le va a llamar? ¿Padre, papá, Mr. Newsom? ¿Se alegrará o se echará a llorar? Seguro que no es nada fácil tener un hijo adulto.

Harold vuelve a lanzar la pelota.

–¿Está en casa?

–No.

–¿Ha salido a comprar bollitos?

–No.

–¿Dónde le puedo encontrar?

El viejo le da a su cigarrillo una calada honda y lacerante, la brasa se ilumina en un naranja feroz, espira nubes de humo gris y su cara pierde definición y contornos. Mira por la ventana, las nubes parecen ovejas.

–Está muerto.

Harold vuelve a lanzar la pelota.

Melvin traga saliva. Unos puntos de colores le bailan en los ojos como si hubiera estado mirando demasiado tiempo al sol. ¿Por qué estará muerto? ¿No habría podido esperar? No puede ser verdad.

–¿Por qué? –pregunta Melvin, y, por primera vez desde el inicio del viaje, su voz suena algo insegura, casi desvalida.

–Un clásico. El whisky, el coche, un árbol...

–¿Cuándo fue?

–Hace tres meses.

–¿Puedo ver... la tumba?

–Lo encontraréis si bajáis por la colina hasta la orilla –dice el viejo mirando fijamente a lo lejos–. Ahí esparcí sus cenizas en el mar.

Harold vuelve a lanzar la pelota.

46

Es una playa pequeña metida en unos acantilados que se enfrentan con bravura a las mareas salpicados de moho y quebradiza elegancia. En la arena húmeda quedan huellas que no durarán mucho tiempo. A no ser que a partir de ahora se detenga el tiempo para siempre, como mínimo una eternidad. Las nubes se han hecho de nuevo más pesadas. Vuelven a dar forma a su anterior fortaleza y sólo cae un cono de luz sobre Great Blasket, que ni el mismo Dios podría haber pintado mejor. El mar brama con olas de espuma que llegan hasta sus pies y se vuelve a retirar rezongando. Huele a pescado podrido, como si se hubiera quedado olvidado después de descongelarse. Los chillidos de las gaviotas no resultan comprensibles, lo más probable es que sólo estén cotorreando. Durante un fugaz instante, no más largo que un pestañeo, todo se olvida, y la brusca naturaleza es un raro tesoro en el corazón.

Melvin mira el mar. Su padre está ahí, pero no lo puede reconocer. No hay más que agua. Una cantidad inmensa de agua. Cubre hasta el horizonte. No puede buscar sus cenizas. Hace tiempo que se ha ahogado y es como si todo resultara distinto de lo que se había imaginado. ¡Pero si se había planteado todas las posibilidades! Ésta es la única que no había previsto, porque le parecía demasiado *kitsch*. Y ahora sí que resulta un poco triste, no mucho, sólo un poco; como cuando no puedes llorar en el cine y tienes palomitas. ¿Habrían tenido cosas en común? Por ejemplo, la complexión esbelta, el porte señorial, la retórica aguda, la fina inclinación a la ironía o una memoria privilegiada. ¿Su padre también habría sido un genio? No lo tiene claro, hacen falta varias generaciones y un poco de suerte con la genética.

Llega tres meses tarde para decirle hola. Tres meses. Mañana volverá su madre y, si sale el tema, tendrá que explicarle por qué no ha estado yendo al colegio durante toda la

semana. A ella el colegio le parece muy importante, aunque no tenga gran cosa que aprender. Al revés. Da clases de apoyo gratis, sobre todo a Mr. Windish, su profesor de mates, que en geometría diferencial tiene la formación de un niño de tres años. En realidad deberían pagarle por ir al colegio. El compromiso social no está bien remunerado. ¿Tendrá que contarle a ella lo de su padre?

Harold está triste porque ahora va y resulta que Melvin no conocerá nunca a su padre. Es una vergüenza. Y el puzzle sin terminar. Si la vida fuera un concierto a la carta, nunca sonaría como una fresadora. Pero también está contento porque el viaje por fin se ha acabado. Va a poder volver a casa, jugar otra vez al bridge los jueves, esperar a que pongan *Desayuno con diamantes*, colgarse de vez en cuando en la escalera y volver a comprar de pascuas a ramos aceite de árbol de té. Igual encuentra un trabajo diferente, sin animales muertos; podría trabajar en el Sistema Nacional de Salud o hacer cualquier cosa con fresas. Ahora que la gente mira mucho más por su alimentación.

Pero le gustaría no volver a viajar. Al menos de momento. Con lo de los últimos días, tiene suficiente para las dos o tres próximas décadas. Incluso para más. Las aventuras son agotadoras. ¿Habrá envejecido Mrs. Cardigan? Ojalá no se haya enfriado. Siempre ha sido un poco inconsciente al elegir la ropa en otoño. Aquí en Irlanda la humedad resulta todavía más dañina, sobre todo ahí, a orillas del mar.

–Ah –rompe Melvin el mágico silencio–, casi se me olvida –revuelve en sus bolsillos, busca algo, lo ha encontrado–. Como usted ya sabe, soy un genio, y por eso sé también que hoy es su cumpleaños, y como todo cumpleañero que se precie usted también va a tener un regalo.

Melvin le entrega a Harold un paquete pequeño. El lazo rosa y el papel amarillo brillante lleno de ositos no es un delito que haya cometido él. Fue la señora enferma del barco. En la tienda de souvenirs. Souvenirs para la clase baja. Por lo menos Melvin había conseguido encontrar dos cosas útiles. Harold está emocionado. Desata el lazo y despega con cuidado el celo del papel. Uno de los ositos pierde la cabeza, otro la pierna.

¡Sorpresa! Son dos regalos. Un paquete de caramelos y un callejero de Viena. Harold aún no lo tenía. En realidad no tenía todavía ningún callejero. Qué idea más bonita. Pero ¿por qué precisamente el de Viena? ¿Estaba de oferta? Bueno, lo que cuenta es la intención.

–¿Le he comentado ya –dice Melvin– que aún no conozco en persona a mi tía Eleonore Gershwin? Me parece que ahora está viviendo en Viena. Y, hasta donde he podido averiguar, sólo hay cuatro Eleonore Gershwin en toda Austria. ¿No es genial?

Harold se muere.

1 Título de una canción grabada originalmente en 1945 para el musical *Carrusel* y que fue adoptada como himno por los seguidores del Liverpool FC. De ahí el juego con *Reds*, denominación que reciben los jugadores por el color de su equipo. *(N. del T.)*

Título original: *Harold*

Edición en formato digital: octubre de 2011

© Verlag Klaus Bittermann, Berlín 2010
www.edition-tiamat.de
© De la traducción, Javier Sánchez-Arjona Voser, 2011
© Ediciones Siruela, S. A., 2011
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-702-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Jueves	7
Viernes	24
Sábado	37
Domingo	52
Lunes	67
Martes	82
Miércoles	101
Jueves	123
Notas	136
Créditos	138